

**LA PREGUNTA POR LA IDENTIDAD.
UNA BÚSQUEDA FILOSÓFICA A PARTIR DE *LOS ENSAYOS* DE MICHEL
DE MONTAIGNE**

MAURICIO ARRECHEA RODRÍGUEZ
Estudiante Maestría

FRANCOIS GAGIN
Director Tesis de Grado

PARA OPTAR AL TÍTULO DE MAGISTER EN FILOSOFÍA

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA
Junio de 2019**

DEDICATORIA

Este trabajo está dedicado a mis padres quienes a través de su esfuerzo y dedicación han hecho posible que este anhelo se hiciera realidad. Gracias por los consejos, el apoyo, la comprensión y el amor recibido.

De igual manera dedico este trabajo a Carmen Jimena, quien estuvo a mi lado de manera amorosa, comprensiva y solidaria durante el proceso de formación en la Maestría.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Maestría en Filosofía y a sus docentes por permitirme ampliar la mirada sobre el ser humano, sus relaciones, dinámicas y lógicas de actuación frente a su realidad material y espiritual. En particular, al profesor Francois Gagin; sus aportes, comentarios, retroalimentaciones y apoyos académicos y personales, fueron fundamentales para que pudiera erigir una pieza de escritura en perspectiva reflexiva, la cual seguirá ampliándose a partir del gusto obtenido por la contemplación filosófica. Al él, mis más sincera gratitud; gracias por aportarme conocimientos filosóficos para enriquecer mi rol como Trabajador Social y como docente universitario; gracias por confiar en mí y por apoyarme en el proceso de lucha contra mis demonios.

Al profesor Mauricio Zuluaga por sus comentarios y retroalimentaciones frente a la propuesta de investigación, por su mirada aguda frente a Montaigne y la categoría identidad.

Gracias Silvia y Ana Isabel por su labor en los asuntos académico-administrativos de la Maestría; su diligencia, respeto y apoyo al estudiante es de destacar.

A Dios por iluminarme el camino y colocar en él personas maravillosas que aportaron en este sueño.

TABLA DE CONTENIDO

	Página
INTRODUCCIÓN	1
1. SOBRE EL ENSAYO Y EL ENSAYARSE	4
1.1 La construcción del texto y del sujeto en <i>Los Ensayos</i>	4
1.2 Del contexto al texto: el proyecto del autorretrato	16
2. LA PREGUNTA POR LA IDENTIDAD EN <i>LOS ENSAYOS</i>	35
2.1 Sobre la identidad	35
2.2 <i>Los Ensayos</i> de Montaigne como forma de indagación del mundo subjetivo	46
2.3 La actividad de ensayarse como tarea moral	57
3. LA IDENTIDAD NARRATIVA: VIAJE Y APRENDIZAJE PERSONAL	62
3.1 <i>Los Ensayos</i> como ejercicio de sí y como posibilidad de autoedificación personal	71
3.2 Escritura, identidad y alteridad	75
4. CONCLUSIONES	80
5. BIBLIOGRAFÍA	85

INTRODUCCIÓN

Por parte de los estudiosos del tema, la obra de Michel de Montaigne se considera fundamental en vista que en ella se puede evidenciar el nacimiento del hombre moderno, particularizado a partir de sus capacidades de agencia y de autorreferenciación en función de un ideal en donde prima la búsqueda de la felicidad individual.

En este panorama, uno de los aspectos que llama la atención tiene que ver con las disquisiciones en relación al conocimiento que tiene el hombre de sí mismo, el cual es necesario dilucidar en función de tener el sustento suficiente para hacerle frente a los avatares de la existencia individual y social.

Para Montaigne, el rastreo de la identidad supone una movilización permanente, un ejercicio constante de inmersión en las profundidades del yo para sacar a flote aquellas señales que posibiliten ilustrar lo que significar ser un hombre; señales que permiten que se autoinvente, imprimiéndole múltiples significaciones a su vida, a su entorno y a su relación con los demás.

Al lograr lo anterior, el hombre ha podido proyectarse en un presente-futuro compartido, que si bien no es idílico ni mucho menos prometedor, procura dilatar los intersticios dentro de las fronteras en las que se asoman los espacios de ubicación y expansión de su subjetividad, los cuales se encuentran enraizados en una espacio-temporalidad contingente que lo constituye, lo influencia y lo determina en compañía de unos otros encarnados en él.

En este panorama, la conquista de la identidad se expresa en una permanente travesía, en una tensión agobiante al estar supeditada a las cambiantes reglas de juego de la vida en sociedad, las cuales promulgan la concepción de una humanidad deshumanizada, tecnificada y en permanente destrucción de sí misma, mostrando entonces que la conquista del hombre por el hombre no es sino una utopía, una irrealdad, puesto que el hombre está asfixiado y aprisionado en los avatares prometeicos de un futuro mejor (soportado en la acumulación de saberes y desarrollos técnico-científicos), y en donde la dicotomía construcción-destrucción muestran que está llegando a los límites de su propia conquista.

En este escenario, donde el hombre no tiene conciencia de lo que es y tampoco tiene confianza en lo que es, indagar por la identidad se erige como tarea de suprema importancia. En vista que el hombre se autoproclamó amó y señor de sí, retrotraer la pregunta por el conocimiento propio, íntimo y personal, se convierte en una tarea inagotada y permanente si se quiere fundar una concepción de humanidad que no se destruya a sí misma.

Así pues, se soporta la indagación sobre la identidad a partir de *Los Ensayos* de Montaigne, en vista que se asiste el interés intelectual de colocar ante la temporalidad de la experiencia subjetiva del lector, la comprensión de la articulación entre el hombre y el mundo, en sincronía con fronteras de sentido, las cuales permitirían sustentar posturas de cara a romper las cadenas que aprisionan el ánimo y el espíritu.

Visualizar lo anterior a la luz de los planteamientos del autor bordelés, presupone pensar en una política de humanidad y en humanidad; implica recorrer caminos de encuentro y desencuentro individual y colectivo con la intencionalidad de fundar sueños, deseos, intencionalidades y voluntades, para de esa manera, reposicionar y recrear el mundo de lo humano, el mundo de la vida desde lógicas y posturas diversas y complementarias, que tengan en cuenta las condiciones vitales del hombre y de la esfera planetaria que lo cobija y lo rodea.

En concordancia con lo enunciado, discurrir sobre la relación ensayos-identidad evidencia el interés por emprender un viaje comprensivo alrededor del hombre, de sus posibilidades de sentido, sus niveles de conciencia, sus lecturas de vida en función del goce y el dolor de la existencia. Dicho viaje está organizado en tres momentos, de cara a permitirle al lector comprender, no solamente el contexto en que emergen *Los Ensayos*, sino algunas de las intencionalidades que Montaigne desarrolló en ellos.

En este propósito, el primer capítulo rastrea algunas posturas en relación a la manera de concebir el ensayo y el ejercicio de ensayarse. De aquí se deriva la forma propia y singular en que Montaigne los ideó, asumió y desarrolló. Posteriormente, el segundo capítulo centra su atención en dar cuenta de la categoría identidad y las maneras en que tradicionalmente se la ha concebido, para acto seguido indicar que en Montaigne la búsqueda de la identidad presupone la indagación de la subjetividad de quien decida acometer dicha tarea, la cual evidencia un componente moral. Finalmente, el tercer capítulo hace énfasis en la relación identidad-ensayos, al enunciar una forma particular de asumir la identidad, vista esta como narración permanente y nunca inacabada de sí.

Las elaboraciones que se condensan en el presente documento estuvieron acompañadas de la revisión de autores y estudios críticos, los cuales permitieron tener una visión amplia de las diferentes reflexiones que se hacen de Montaigne y sus ensayos. De igual manera es de acotar que para el desarrollo de los planteamientos que aquí se explayan se trabajó teniendo como base *Los Ensayos* de la editorial Acantilado, los cuales siguen la edición de 1595 de Marie de Gournay.

En la parte final del documento se disponen las conclusiones y la bibliografía que fue utilizada en el proceso.

1. SOBRE EL ENSAYO Y EL ENSAYARSE

Se habla de Montaigne y la importancia de *Los Ensayos* a partir de caracterizarlos como la forma en que se denota ‘fielmente’ la subjetividad, encarnada en un hombre que no tiene más propósito que desnudarse y darse a conocer. Desde esta perspectiva *Los Ensayos* funcionan como una reproducción fidedigna de un ser interesado en retratarse, en conocerse, en anunciar los pormenores de la condición humana.

Al tenor de lo anterior, el presente capítulo expondrá de manera sintética algunas consideraciones frente al ensayo, las miradas que sobre él se identifican, para acto seguido, ilustrar la manera como Montaigne los asumió. Para dar cuenta de lo anterior se retomarán algunos autores y estudios críticos que permiten poner en contexto el lugar del ensayo y su relación con la subjetividad emergente del hombre moderno, los cuales revelan a un hombre que se moviliza a partir de sus capacidades de agencia y autoedificación.

1.1 La construcción del texto y del sujeto en el ensayo

De manera general al ensayo se lo caracteriza como un escrito breve en el cual su autor se da a la tarea de discurrir sobre diversidad de temas en los que plantea un punto de vista que apunta a variados fines. No obstante es necesario indicar que hay posturas en relación al género que expresan más sus debilidades o limitaciones que sus fortalezas. Por ejemplo la definición del *Diccionario de la Real Academia Española* de 1981 que Gómez referencia en su texto, caracteriza al ensayo como “escrito, generalmente breve, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia”¹.

Esta forma de entender el ensayo lo muestra como hermano menor del tratado (obra escrita que trata extensa y ordenadamente sobre una materia determinada) y hace hincapié en la forma, es decir la manera en que el ensayo puede llegar a ser. Al hacer énfasis en lo anterior Gómez sostiene que dicha caracterización es inoperante y más aún porque muestra que los asuntos de los que se habla en el ensayo son abordados de manera ligera y superficial debido a que no tratan con toda profundidad los temas sobre los cuales versan. A partir de la definición se puede vislumbrar cierto desdén frente a este género en tanto se concibe lo escrito como borradores o

¹ Gómez (1981, p. 29).

primigenias líneas en donde se intenta abordar algún asunto desde una perspectiva ligera.

Al revisar lo estipulado actualmente en el Diccionario, “escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales”² se identifica la eliminación de unos de los aspectos de forma ligado a la extensión del documento para darle paso a la inclusión del autor, a las ideas que este presenta y desarrolla, y a la manera propia de su escritura. Esta consideración de las definiciones del diccionario no son para nada ligeras; por el contrario, pretenden poner en escena los cambios y las implicaciones que conllevan, los cuales muestran las limitaciones del género más que sus posibilidades de expresión.

Por ejemplo Bleznich concibe el ensayo como “una composición en prosa, de extensión moderada, cuyo fin es más bien el de explorar un tema limitado que el de investigar a fondo los diferentes aspectos del mismo”³. En esta definición se muestra como de nuevo se pone el acento en la forma, en el despliegue del escrito y en la manera en que se examina el tema en cuestión a partir de la exploración del mismo; sin embargo, es de apuntar que este intento de delimitar el género no tiene una consideración negativa frente a la extensión del texto en tanto que se asume como opción válida el recorrer un tema para conocerlo o estudiarlo. De igual manera se observa que la definición deja por fuera el pensamiento o carácter del escritor, su estilo artístico, ameno y emocional.

Por su parte Nicol caracteriza el ensayo como “un artificio literario que sirve para hablar de casi todo diciéndolo casi todo”⁴. Esta forma de entenderlo expresa una concepción amplia del género en donde es posible referirse a una diversidad de temas, presuponiendo entonces la libertad de elección que tiene el ensayista frente a los asuntos sobre los cuales pretende referirse. No obstante, cabe anotar que esta libertad no refleja que el autor plasme en su escrito lo primero que se le pase por la mente en tanto tiene un compromiso con la canalización de su imaginación en perspectiva de enunciar elementos de verdad. Dicho de otra manera, el ensayista “puede decir algo de lo cual no está muy seguro, pero no debe inventar algo de lo cual no pueda estar seguro nunca”⁵.

² Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2018).

³ Bleznich citado por Gómez (1981, p. 7).

⁴ Nicol (2008, p. 211).

⁵ *Ibid.*, p. 211.

Lo anterior indica que el autor puede hablar de cualquier tema, aunque no puede ser un tema cualquiera sino uno que sea pertinente, relevante, y de él se puede decir casi todo, pero no todo. Lo denotado evidencia entonces la confluencia de dos dimensiones, la literaria y la científica, mostrando entonces al ensayo como un género híbrido (en palabras de Nicol, es casi literatura y casi filosofía).

En las consideraciones anteriores en relación a la definición del ensayo se puede identificar cierta dificultad con respecto a encontrar una acepción consensuada frente a la definición del término, dificultad que Starobinski aborda en su documento titulado “¿Es posible definir el ensayo?” En este escrito el autor lanza la pregunta en tanto afirma que el ensayo al no estar sometido a ninguna regla, la forma de su escritura, sus condiciones, deberes y apuestas no corresponderían a lo que se espera de un género literario formal. Esto se sustenta a partir de la consideración del mismo, entendido como un género literario libre que supone desde la óptica de su autor “riesgo, insubordinación, imprevisión, peligrosa personalidad”⁶, puesto que es una aproximación preliminar, una interpretación de una situación. Desde lo enunciado se comprende el ensayo como un escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales, por consiguiente, no científico. La escritura entonces correspondería al deseo y gusto del autor en pro de realizar unos ejercicios preliminares de reflexión frente a los fenómenos del mundo.

Un representante de esta manera de concebir y asumir el ensayo es Michel de Montaigne⁷ quien intentó a partir de la escritura fundar una obra en la cual buscó la ejercitación del juicio, como se ilustra en el siguiente apartado del ensayo denominado “Demócrito y Heráclito”,

“El juicio es un instrumento que vale para cualquier asunto y que se inmiscuye en todo. Por este motivo, al ponerlo aquí a prueba, aprovecho toda suerte de ocasiones. Si se trata de un asunto que no entiendo, lo pongo a prueba en eso mismo: sondeo el vado desde la distancia, y después, al encontrarlo demasiado hondo para mi estatura, me quedó en la orilla.

Y el reconocimiento de no poder cruzar al otro lado es una muestra de su acción, incluso una de aquellas de las que más se ufana. A veces, en un asunto vano y nulo, pruebo a ver si encuentra con qué darle cuerpo y con qué apoyarlo y

⁶ Starobinski (1998, p. 38).

⁷ Montaigne (2007).

*sostenerlo. A veces, lo paseo por un asunto noble y trillado, donde nada debe encontrar por sí mismo, pues el camino está tan desbrozado que no puede andar sino sobre huellas ajenas. Ahí su juego consiste en elegir la ruta que le parece mejor, y, entre mil senderos, dice que éste o aquel fue la mejor elección*⁸.

La ejercitación del juicio le permitió a Montaigne cavilar en relación a diversos asuntos de cara a aprenderlos, a volverlos fuente de conocimiento e interpretación. Al explayarse en *Los Ensayos* una opinión razonada sobre los asuntos del mundo, se podría decir que el ensayo es un juicio, es la ejercitación del juicio.

Al respecto, en el fragmento referenciado se identifica la esencia del ensayo, a saber, dar una opinión razonada sobre algún asunto de cara a hacer una aseveración frente a los mismos; como instrumento es un medio que posibilita tratar cualquier tema, ponerlo a prueba de manera tangencial, sin profundizar en el mismo.

Este es quizás el aspecto de crítica que se le hace a esta manera de considerar al ensayo, al afirmar que el no tratamiento con profundidad ni seriedad de los temas, da cuenta que la forma en que se refiere la materia sobre la cual se versa correspondería a un primer abordaje, a las primeras líneas de algo que se asume con cautela y sin mucha rigurosidad.

Un lector desprevenido podría argüir que *Los Ensayos* de Montaigne calan en esta perspectiva, sin embargo nada es más distante de la realidad en tanto este autor francés sienta las bases para considerar el género literario desde una postura la cual se articula con una forma particular de hacer filosofía. La construcción del texto se da a partir de la ejercitación de sí, de la recuperación de experiencias interpretadas, lo cual supone una forma personal de explicar el mundo, de entenderlo y situarse en él, mostrando entonces una relación introspectiva embebida de historia, cultura y sentido⁹.

Lo anterior pone sobre la palestra la importancia de la ejercitación del juicio en tanto se concibe como ejercicios que posibilitan la indagación y comprensión de aquella realidad personal que se desconoce la cual está en

⁸ L. I, 50, "Demócrito y Heráclito", p. 362.

⁹ Al respecto Weinberg (2009) menciona que "el ensayo hace siempre ostensible la existencia de una perspectiva sobre el mundo que habrá de interpretar" siendo entonces "un viaje intelectual por un mundo de significados y valores cuyo punto de partida es decisivo en cuanto a partir de él se sientan las bases del texto así como de su puesta en diálogo y contexto" (p. 22).

función de develar el sentido del lugar del hombre en el mundo. Si “... *nunca increparemos bastante el desorden de nuestro espíritu*”¹⁰, Montaigne plantea la alternativa de volver la mirada hacia nosotros mismos, en tanto es necesario que el alma que tenga un objetivo establecido, porque sino, se pierde, “*porque, como suele decirse, estar en todas partes es no estar en lugar alguno*”¹¹.

Al articular sus experiencias para alcanzar este propósito, Montaigne evidencia una búsqueda anclada en un eterno presente, que lejos de determinarse en referencias históricas, coloca su peso en la experiencia meditada, razonada, en la cual se articula lo particular y lo general, los asuntos concretos con los asuntos del mundo.

*“He observado con mis propios ojos que, en los momentos de confusión pública, los hombres, aturdidos por su fortuna, abrazan cualquier superstición, entre ellas la de buscar en el cielo las causas y las antiguas amenazas de su desdicha”*¹².

En esa línea interpretativa la ejercitación del juicio no es otra cosa que “los registros de los sueños de la mente vagabunda, registros sin fin”¹³, una forma de vida en la cual se evidencia una introspección permanente de cara a intentar describirse tal como se ve, de poner por escrito sus impresiones, su propia existencia. Este relato retrospectivo, fiel a su propia naturaleza, está en concordancia con el pensamiento que indica que cada uno es quien mejor se conoce; por ello, el autor al retratarse da cuenta no solamente de los hechos cotidianos, sino de la búsqueda en el interior de estos hechos, enjuiciarse.

Los Ensayos, desde la forma en que Montaigne los asumió, se caracterizan como examen atento, prueba, comprobación y experimentación de múltiples asuntos en la cual la pluralidad tiene un asiento en las divagaciones mentales que reflejan la intencionalidad, energía y compromiso de su autor. Al respecto es necesario indicar que la voz ensayo quiere decir “prueba, examen, inspección, reconocimiento”, como se puede observar según la etimología de la palabra, que viene del latín *exagium* ‘balanza’, ‘comprobación’ y de ahí ‘prueba, intento’; en tanto que ensayar deriva de *exagiare* que significa pesar.

¹⁰ L. I, 4, “Cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos”, p. 69.

¹¹ L. I, 8, “La ociosidad”, p. 77.

¹² L. I, 11, “Los pronósticos”, p. 90.

¹³ Llinàs (2012, p. 101).

Lo anterior se muestra en el siguiente extracto del ensayo titulado “El amor de los padres a los hijos”,

“Es el único libro del mundo de su especie, y tiene un propósito feroz y extravagante. Por lo demás, nada hay en esta obra digno de señalarse salvo esta rareza”¹⁴.

En esta postura de Montaigne se identifica el desafío por sentar las bases de un conocimiento íntimo y personal alrededor de un texto que se erige inacabado, que ofrece experiencias inconclusas, ejercicios preliminares del espíritu. Desde esta perspectiva los temas que se abordan no son ligeros puesto que su autor no muestra ligereza al abordarlos, sino que los asume desde una óptica íntima, propia; como bien lo expresa Nicol: “el ensayo es un género ligero, pero no siempre es ligero el tema, ni ha de dar muestra de ligereza quien adopte para tratarlo esta forma de expresión”¹⁵.

Este conocimiento refleja un dialogo intelectual que Montaigne expresa de manera explicativa e interpretativa; por un lado, las vivencias, las experiencias, las emociones buscan exponerse, comentarse y aclararse, para darle paso al desentrañamiento de los significados y sentidos en pro de construir una representación de sí que desemboque en un conocimiento propio. Este dialogo que refleja el ejercicio del vivir y del pensar, se despliega de manera creativa a través del texto, asumido entonces como depositario de ideas e intenciones sinceras y honradas que se comparten a un lector, el cual se convierte en testigo mudo de las búsquedas de Montaigne, de su manera de ver el mundo, su mundo.

“Lector, éste es un libro de buena fé. Te advierte desde el inicio que el único fin que me he propuesto con él es doméstico y privado...”¹⁶.

“El más dilatado de mis planes no se extiende más allá de un año. Ahora no pienso sino en acabar. Me deshago de todas las nuevas esperanzas y empresas; me despido por última vez de todos los lugares que dejo; y renuncio todos los días a lo que tengo”¹⁷.

¹⁴ L. II, 8, “El amor de los padres a los hijos”, p. 446.

¹⁵ Nicol (2008, p. 212).

¹⁶ Palabras de advertencia al lector con que abre la obra (p. 50).

¹⁷ L. II, 28, “Todas las cosas tienen su hora”, p. 812.

“La acción pronta y repentina parece ser más propia del ingenio, y, más propia del juicio, la lenta y pausada”¹⁸.

Las referencias citadas muestran como la postura de Montaigne se aleja de las reglas de escritura soportada bajo cánones de formalidad en la cual se busca por parte del escritor tratar los asuntos en su real y completa dimensión, sin ambigüedades y sin subterfugios; por ello, quienes detractan el género aducen la superficialidad con la cual Montaigne aborda su obra, superficialidad que es inherente a la manera en que Montaigne asume la tarea de poner bajo el manto de la duda su juicio.

De igual manera esta forma de escritura es caracterizada por algunos académicos como no científica, como algo que no hace parte de la filosofía. Por ejemplo Adorno señala el rechazo que la comunidad académica alemana tiene frente a aquellas formas de filosofía no científicas, no universales, que buscan la exhortación y la libertad del espíritu. Menciona que las objeciones al ensayo se dan, por ejemplo, con respecto a la manera metodológica de asumir los temas y el escrito del mismo, "No empieza por Adán y Eva, sino con aquello de lo que quiere hablar; dice lo que a propósito de esto se le ocurre, se interrumpe allí donde él mismo se siente al final y no donde ya no queda nada que decir"¹⁹, siendo esto un rasgo simple que no correspondería a una actitud científica, filosófica, sino ociosa, que muestra el aspecto subjetivo del autor²⁰.

Para Adorno el ensayo se enfrenta a la tensión generada por sus detractores y a su condición de posibilidad, de creación forzadora de los límites preconcebidos de la ciencia y de la filosofía que buscan controlar todo y a todos y que excluye lo intuitivo, lo subjetivo, la confrontación con lo ortodoxo en comunión con lo herejético; "el ensayo se ocupa de lo que hay de ciego en sus objetos. Le gustaría descerrajar con conceptos lo que no entra en conceptos o que, por las contradicciones en que éstos se enredan, revela que la red de su objetividad es un dispositivo meramente subjetivo. Le gustaría polarizar lo opaco, desatar las fuerzas latentes en ello"²¹.

¹⁸ L. I, 10, "El habla pronta o tardía", p. 84.

¹⁹ Adorno (1954, p. 12).

²⁰ En relación con el ocio Gagin (2011) menciona que es propio de la filosofía y del filosofar, que quien busque conocerse a sí mismo debe prestar atención a la experiencia propia, a las vivencias que se desarrollan con otro y con el mundo, en tanto que la filosofía se concibe como una "obligación de pensar y vivir la vida" (p. 8), mandato que no puede realizarse si no se da paso a un proceso de meditación que facilite la exploración del hombre. Dicha meditación no se concibe a expensas de tener tiempo libre para..., o las vacaciones, por el contrario, se expresa como el tiempo que el hombre se destina a sí mismo (por fuera de las tareas cotidianas y mundanas) para dar cuenta de sí, para adentrarse en los recovecos de su subjetividad.

²¹ *Ibíd.*, p. 34.

En esta línea de pensamiento Starobinski manifiesta que el ensayo es expresión de un autor que desea poner su espíritu en suspenso con la intencionalidad de probar, comprobar y experimentar; aproximarse preliminarmente a una realidad a partir de una perspectiva de gozo y placer, como lo hace Montaigne, de ahí que se asuma la escritura de Montaigne no como la de un especialista, sino como la de una persona común y corriente que “escribe por placer, sin buscar una retahíla de citas y comentarios”²².

"Una fuerte imaginación genera el acontecimiento, dicen los doctos. Soy de los que sienten mucho el embate de la imaginación. Golpea a todo el mundo, pero a algunos los derriba. A mí su impresión me traspasa. Y mi arte consiste en escapar de ella, a falta de fuerza para oponerle resistencia. Yo viviría con la única compañía de personas sanas y alegres. Ver las angustias ajenas me angustia materialmente, y mi sentimiento ha usurpado con frecuencia el sentimiento de un tercero”²³.

El trabajo personal no es un esfuerzo realizado en vano, por el contrario es una invitación, un reto para el lector de cara a descifrar las claves de un libro inacabado, que ofrece la experiencia reflexiva del escritor en el marco de su existencia²⁴.

Desde la mirada de Montaigne lo que está en juego no es el carácter científico o no de *Los Ensayos*, sino la consideración de estos como material múltiple y diverso que retrata la condición humana de su autor en medio de los desórdenes del mundo. “El campo de experiencia, para Montaigne es, ante todo, el mundo que se le resiste, son los objetos que el mundo le ofrece, es la fortuna que juega con él”²⁵.

En este panorama Montaigne se erige como objeto de indagación en procura de asir y comprender su naturaleza, explayada en un mundo que también se busca aprehender. Este ejercicio de autovigilancia es lo que caracteriza al ensayo desde la postura de Montaigne, en tanto que se presupone que para

²² Starobinski (1998, p. 32).

²³ L. I, 20, “La fuerza de la imaginación”, p. 124.

²⁴ Para Weinberg (2009) el ensayo se asume “como interpretación y como puesta en valor” (p. 124), lo que dejaría ver a un ser humano que muestra sin temor o pudor sus carencias, debilidades y temores de cara a la recuperación-reconstitución de su subjetividad. En Montaigne la experiencia íntima y privada que se concreta en la escritura es volcada al dominio público, siendo la lectura el ejercicio que permite dar fé de la seriedad y autenticidad de lo expuesto por él en sus escritos.

²⁵ Starobinski (1998, p. 34).

poder ensayar el ensayista debe ensayarse a sí mismo. En ese orden de ideas, lo que se evidencia es que a partir de su subjetividad Montaigne construye el sujeto del ensayo, que en últimas es él mismo.

Al presentarse la elaboración del texto y del sujeto de manera simultánea, se puede denotar una operación del pensamiento en donde la narración de sí reconfigura al narrador, lo amolda a una imagen que se quiere construir. Por su parte el texto es la prueba viva de dicho proceso en tanto muestra el recorrido emprendido, las siluetas que anuncian la esencia de su autor. Esta doble implicación muestra un proceso laborioso de autoobservación-reflexión-evaluación-resignificación-reconfiguración en donde lo escrito se funde con el autor que enuncia y elabora la obra, y así, en palabras de Weinberg, el ensayo “se vuelve escritura de una lectura y lectura de una escritura”²⁶.

Para la autora “hay en el ensayo una representación, una auténtica performación del acto de pensar, de la experiencia intelectual, de la búsqueda de enlace entre lo particular y lo universal, entre la situación concreta y el sentido general”²⁷ que evidencia la tensión entre el campo literario y el intelectual. Lo anterior en vista que el ensayo tiene la característica de ser heterogéneo en función de los temas que trata y desde ahí tiene se gesta la posibilidad de articular experiencias y mundos de sentido.

En esta perspectiva el ensayo se abre al mundo como posibilidad de un conocimiento subjetivo, reflexionado y resignificado, como expresión estética y como recuperación de las vivencias íntimas, éticas y morales en función de una libertad recobrada, desprendida de los designios divinos en donde la visión cerrada del mundo da paso a una visión de apertura a la incertidumbre y a la búsqueda permanente de asideros a partir de las capacidades humanas.

Al ser esto así, el ensayo es entonces un ejercicio soportado en los actos de quien escribe, el cual se asume desde una posición de responsabilidad consigo mismo, con lo que escribe y con aquellos a quienes va dirigida la obra. Dicho de otra manera, el autor asume un deber, un compromiso con respecto al destino del escrito, lo cual evidencia entonces que el acto de escritura es un acto con sentido, en tanto está en correspondencia con una mirada particular y personal del mundo y de la vida que se ofrece al lector como novedad, como referente, o como otra manera de asumir lo conocido.

²⁶ Weinberg (2009, p. 25).

²⁷ *Ibíd.*, p. 11.

Este aspecto es el que contribuye a contrarrestar aquellas opiniones en contra del ensayo, en tanto que lo que se está postulando es que el ensayo reviste una formalidad que no es la propia de los géneros literarios, su formalidad radica y se expresa en la responsabilidad que asume el escritor, la cual va de la mano con su libertad. Ya lo indica Frankl cuando expresa que la libertad está en consonancia con “la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias para decidir su propio camino”²⁸.

La libertad que tiene el ensayista es la libertad de quien busca su propio rumbo y erige su propia vida en función de sus intereses y necesidades. En Montaigne esto está en correlación a mostrarse tal como es, lo cual refleja la singularidad y especificidad de *Los Ensayos* al igual que el propósito que en ellos se asiste.

*“Quiero que me vean en mi manera de ser simple, natural y común, sin estudio ni artificio. Porque me pinto a mí mismo. Mis defectos se leerán al natural, mis imperfecciones y mi forma genuina en la medida que la reverencia pública me lo han permitido. De haber estado entre aquellas naciones que, según dicen, todavía viven bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiera gustado muchísimo pintarme del todo entero y del todo desnudo”*²⁹.

Esta característica tiene la finalidad de hacer de sus escritos algo accesible, entendible para el lector en tanto lo que hay en ellos es la prevalencia de una constelación de representaciones y significaciones asociadas a vivencias y reflexiones. Para Frankl “la búsqueda por parte del hombre del sentido de la vida constituye una fuerza primaria y no una racionalización secundaria de sus impulsos instintivos. Este sentido es único y específico en cuanto es uno mismo y uno solo quien tiene que encontrarlo; únicamente así logra alcanzar el hombre un significado que satisfaga su propia voluntad de sentido”³⁰.

Sin embargo el sentido -o más bien, los sentidos- asociados a *Los Ensayos* no solamente están en correspondencia con la subjetividad y orientación de su autor, sino también con una constelación de significantes contextuales que imprimen a este (el ensayo) su carácter de ser expresión del mundo vigente; Weinberg³¹ lo vislumbra como el más acá y el más allá del ensayo,

²⁸ Frankl (1991, p. 41).

²⁹ Palabras de advertencia al lector con que abre la obra (p. 50).

³⁰ Frankl (1991, p. 57).

³¹ Weinberg (2009, p. 14).

queriendo expresar con esto que el ensayo es más que el resultado de unos procedimientos relacionados con el ejercicio de la prosa en tanto que su particularidad está vinculada a reflejar configuraciones de sentido. De lo anterior se desprende entonces que el más acá del ensayo corresponda a su inscripción en la lengua y en la prosa, en una producción discursiva asociada a una época, a un espacio público, a la vida social como tal (que para el caso particular está ubicada en la Francia del siglo XVI). En tanto que el más allá muestra la pertenencia del ensayo a un horizonte de valores que recupera una determinada visión del mundo en torno a continuos actos interpretativos, los cuales son fundamentales en tanto permitirían comprenderlo y considerarlo como construcción de sentido.

El ensayo es pues un viaje por un cúmulo de significados y valores, que parte de la observación del mundo para su posterior interpretación; es un juego cíclico en donde se observa y a la vez se evalúa lo observado, para finalizar en el escrito, retrato fidedigno del proceso de ubicarse en postura reflexiva frente a él. Siendo esto así, el ensayo es un camino, un paseo intelectual, una travesía que muestra el riesgo y al mismo tiempo la seguridad de quien pretende transitar por ellos, en tanto se está frente a un sujeto que conoce, piensa, comprende e interpreta el mundo y a sí mismo en él.

En Montaigne este llamado es evidente, tanto así que el recorrido que emprende pone como centro de atención su propia humanidad, su propio ser alrededor de “una aventura intelectual individual donde se presencia y se confronta a sí mismo”³², por consiguiente, es comprensible que se conciba al ensayo como forma de indagación del mundo subjetivo que transita en la recuperación reflexionada de la experiencia y en la ejercitación del juicio en conexión con la aprehensión del mundo desde la propia vivencia. Este juego dual (sujeto y mundo por descubrir, por conocer, por asir) se concreta en el texto, el cual refleja la forma en que su autor -desde una óptica afectiva e intelectual- ve el mundo, dialoga con él para mostrarnos sus incongruencias, los abismos, la inestabilidad, la desazón, la falta de futuro, y el lugar del hombre en la incertidumbre de su existencia.

“Al cabo, ni nuestro ser ni el de los objetos poseen ninguna existencia constante. Nosotros, y nuestro juicio, y todas las cosas mortales, fuimos y rodamos incesantemente. Por lo tanto, nada cierto puede establecerse del uno al otro, siendo así que tanto el que juzga como lo juzgado están en continua mutación y movimiento. No tenemos comunicación

³² Gagin (2002, p. 174).

alguna con el ser, pues toda naturaleza humana se halla siempre en medio, entre el nacer y el morir, y no ofrece de sí misma más que una oscura apariencia y sombra, y una incierta y débil opinión. Y si por fortuna fijas tu pensamiento en querer atrapar su ser, será ni más ni menos como si alguien quisiera empuñar el agua -porque cuanto más apriete y oprima aquello que por naturaleza se derrama por todas partes, tanto más perderá lo que pretendía coger y empuñar-”³³.

Montaigne al ver que el hombre no tiene asideros fijos se asume como referente, como protagonista de una aventura que le permitirá “reestablecer el contacto con la esencia permanente, estable e inmutable que anida en cada uno de nosotros”³⁴.

Al emprender esta tarea Montaigne realiza un ejercicio de introspección buscando reconocer su finita, inestable e imperfecta condición, la cual está en conexión con las acciones concretas y las influencias de los sucesos cotidianos, y aquí la escritura, sus ensayos, son reflejo de una experiencia que anuncia y recrea una filosofía práctica en función de la construcción antropológica de un nuevo tipo de hombre en consonancia con los albores de la modernidad; esta posibilidad de gestación, de nacimiento de una versión de hombre que al saber y ser conciente de su humana condición, podrá asumirse de manera auténtica y original; aceptarse tal como es. El ensayo es la consumación ética y estética de la posibilidad del autodescubrimiento en función de un determinado ideal de vida individual. Lo denotado, muestra, entonces al ensayo como posibilidad de liberación de lo establecido y de lo socialmente determinado, como medio de transformación individual, como piedra angular de la redefinición de lo que significa ser hombre.

Dicho lo anterior, en el siguiente apartado se contextualizará el proyecto de autoretrato al tenor de la época que los albergó, así como las motivaciones de Montaigne en función de revelar el conocimiento de sí.

³³ L. II, 12, “Apología de Ramón Sibiuda”, p. 704.

³⁴ Taylor (1996, p. 194).

1.2 Del contexto al texto: el proyecto del autorretrato

El proyecto del autorretrato se concreta en el ejercicio realizado por Montaigne en relación a la indagación de su subjetividad, ejercicio que está circunscrito en una época de ampliación de las posibilidades del hombre. La génesis de *Los Ensayos* se encuentran enmarcados en el Renacimiento, más precisamente en el ocaso del mismo, en donde se evidencian expresiones sociales, culturales y religiosas que hicieron de este momento un periodo de gran agitación³⁵. Por una parte se presentaba el conflicto religioso entre hugonotes y católicos derivado luego en las guerras de religión que tenían sus raíces en el movimiento de reforma religiosa, las cuales fueron experiencias desgarradoras que se mostraron en su máxima expresión, por ejemplo en la masacre de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), suceso que muestra la barbarie del hombre, lo cual está en contradicción con los ideales de progreso y un futuro mejor, con su condición racional. En el plano político el conflicto religioso se correlacionó con la defensa de la monarquía.

Por otro lado, se manifestó un aumento de las poblaciones urbanas; desde mediados del siglo XV hasta mediados del siglo XVI Francia experimentó una expansión demográfica y económica que le permitió recuperarse de los desastres del siglo anterior (la Muerte Negra y la Guerra de los Cien Años). Sumado a lo descrito se advertían nuevos desarrollos de las ciencias y las artes que enaltecían la razón humana y aumentaban el despliegue de las posibilidades mentales y materiales del hombre³⁶.

En el renacimiento se desarrolla una perspectiva dinámica del hombre en la cual es posible gestar las bases para configurar una historia personal, un proyecto de vida a partir de gozar de mayor autonomía y libertad en tanto no está sujeto a designios divinos o al temor de Dios: el hombre tiene y construye alternativas que expresa en actos los cuales amolda según sus intenciones y deseos³⁷. Así la elección del propio destino se vuelve

³⁵ Langer (2006, p. 9) plantea que “el siglo XVI fue testigo de un conjunto notable de cambios políticos y religiosos, alimentados por una expansión económica temprana que produjo una movilidad social excepcional en los niveles superiores”.

³⁶ Según Hankins (2007) durante los siglos XV y XVI se presenta la invención de la imprenta, el descubrimiento de un nuevo hemisferio por los europeos, las revoluciones religiosas de las Reformaciones protestantes y católicas, y el surgimiento del absolutismo y un estado centralizador.

³⁷ Al respecto Heller (1994) menciona que esta naciente concepción del hombre se deriva de las nuevas relaciones sociales y económicas de la época. Para la autora “la riqueza como objetivo, la producción en beneficio de la producción misma, es decir, la producción como proceso infinito que disuelve y transforma las cosas sin parar y, por consiguiente, la disolución de todas las comunidades establecidas y naturales: todos los problemas que la

referencia, se asume como posibilidad infinita en tanto da cuenta de lo que el hombre puede hacer por sí mismo en función de la conformación de nuevas respuestas en torno a cómo vivir. Lo anterior, si bien supone una búsqueda individual, también denota la elección de puntos de vista, de valores y formas de conducta alrededor de lo que Heller menciona como '*individualismo renacentista*', fundamentado a partir de la transformación de la conciencia de clases que presupuso la individualización de la vida humana en función de la construcción del propio destino a fin de dar cuenta de la grandeza del hombre.

Se habla entonces de ideales de hombre que responden a la concepción dinámica del mismo, en la cual hay confluencia de valores e intereses individuales que no siempre son consecuentes entre sí, en contraposición con los valores e intereses que se expresaban, por ejemplo, en el mundo griego, en donde "el hombre se identificaba, de una manera limitada y precisa, con las posibilidades ideales de un sistema de valores establecido e inmutable"³⁸.

Esta forma de caracterizar al hombre implica pensarlo a partir de la articulación entre sus intenciones, acciones, opciones y consecuencias, todo ello en función de una soberanía emergente que responde a la pregunta por el "¿qué hacer?", en donde los actos se articulan a partir de posibilidades dadas en una realidad determinada, en la cual libremente el hombre se lanza a la búsqueda de su destino³⁹. Al respecto se podría plantear que esta capacidad productiva y autoprodutora del hombre lo deifica en tanto exhibe una grandeza en la cual puede ser un Dios humano puesto que puede crear una realidad partiendo del supuesto de poder llegar a la perfección, para ello se sirve de una vida contemplativa y de una vida activa, es decir de la inherencia en los asuntos que le atañen y de los cuales sustenta su devenir.

nueva situación colocaba delante de los hombres conducían al desarrollo de nuevos tipos de hombres y, en consecuencia, de un nuevo concepto de hombre, distinto tanto del concepto antiguo como del medieval: el del hombre dinámico" (p. 14).

³⁸ Heller (p. 28).

³⁹ Puede plantearse que este hombre del renacimiento se configura en un héroe del conocimiento al mismo tiempo que de la libertad, como lo manifiesta Cardano citado por Heller (1994, p. 76), "Fiel a mis intenciones, no he adoptado el género de vida que hubiera deseado, sino el que he podido; no he orientado mi vida según el deber, sino según la utilidad, y ni siquiera he seguido siempre la misma, sino que en medio de los peligros, las dificultades y las escaseces he ido tomando el camino que me pareció más oportuno". En el contexto del renacimiento el asunto que pone Montaigne se concreta en la tarea de lograr la tranquilidad del alma, de conquistar la sabiduría.

Lo anterior contrasta -según Heller- con un proceso global de degeneración moral, de decadencia de las costumbres en tanto “el desarrollo de las fuerzas de producción capitalistas anulaba los lazos, las tradiciones y las normas de conducta del feudalismo; encarados con alternativas nuevas, los hombres rechazaban cada vez más claramente las normas abstractas y absolutas del cristianismo. La disolución de los viejos sistemas de valores condujo a una situación de desorientación axiológica que dio paso al triunfo de las motivaciones éticas que promovía la producción burguesa: el afán de lucro, el interés y así sucesivamente”⁴⁰, frente al cual se contraponen -desde Montaigne- una revitalización de las actitudes morales, una creación de una moralidad privada.

En la perspectiva denotada, Lázaro⁴¹ expresa que este escenario, fuente de dolor y sufrimiento humano, refleja la pérdida del optimismo renacentista en lo humano para darle paso a la muestra de las paradojas de la propia existencia, de las contradicciones del hombre. Por su parte Rodríguez⁴² refiere a este momento como generador de una crisis de la existencia; es una época sin logos, sin espiritualidad, que lleva en sí la imposibilidad que el hombre se reconozca en el mundo, debido a que habita en la angustia y la duda de su pensamiento, en la inconstancia e irresolución.

Es en este contexto donde se ubican *Los Ensayos*, los cuales orbitan en función de la inquietud por el hombre, por la necesidad de encontrar otro sentido de la vida. En Montaigne se muestra una necesidad de repensar al hombre desde una perspectiva en la cual se cuestiona reflexivamente su lugar en el mundo, de cara a gestar condiciones de vida al tenor del momento histórico por el cual se atraviesa, caracterizado por la amplitud de posibilidades de despliegue de la vida contrapuestas con la concepción del hombre en el mundo antiguo en donde predominaba una concepción estática del mismo.

La apertura al mundo por parte del hombre en un escenario de desbarajuste religioso y político, sirve como excusa vital para que Montaigne se repliegue y de cierta manera se sustraiga de los dolores de la época, de cara a emprender un viaje en solitario.

“Es hora de desligarnos de la sociedad, puesto que nada podemos aportarle. Y quien no pueda prestar, que evite coger

⁴⁰ Heller (p. 88).

⁴¹ Lázaro (2007).

⁴² Rodríguez (2010).

prestado. Las fuerzas nos fallan; retirémoslas y encerrémoslas dentro de nosotros”⁴³.

Podría pensarse que lo mencionado por Montaigne da cuenta de la impotencia, de la imposibilidad del hombre de resolver (en nombre de la conservación de la vida y de la convivencia en sociedad) los asuntos que le competen, por ende habría que buscar otra forma de hacerle frente a los embates de la vida⁴⁴.

“De igual manera, parece que el alma turbada y conmovida se pierde en sí misma si no se le brinda un asidero, y hay que proporcionarle siempre algún un objeto al que atenerse y sobre el cual actuar”⁴⁵.

En este escenario expresa Zweig que “no existe seguridad en la tierra: este sentimiento básico se refleja necesariamente, desde el punto de vista de Montaigne, en lo espiritual, y por eso hay que tratar de encontrarla fuera de este mundo, fuera de la patria y fuera de la época, negarse a formar parte del coro vocinglero de los posesos y los asesinos, crear la propia patria, el propio mundo”⁴⁶. Para lograr lo anterior es necesario encontrar un espacio propicio para meditar, para que el alma dialogue consigo misma, para decir lo indecible, para vivir para sí mismo en lugar de vivir para el deber. Este lugar (la biblioteca), ubicado en el castillo de Montaigne era dicho espacio, su refugio, su trastienda, el lugar de observación de sí en concordancia con la aventura de llevar una vida contemplativa. Al respecto Bakewell menciona que los textos presentes en las vigas de la biblioteca “suponen un

⁴³ L. I, 38, “La soledad”, p. 282.

⁴⁴ ¿Puede alguien decirme dónde encuentro los cimientos del miedo y la inseguridad? Al unísono responderán: en tu interior. Y nuevamente preguntaré: ¿qué hay al interior?... miedo e inseguridad. El ángel caído que se pregunta por sí mismo, no tiene más remedio que batir sus alas e intentar volar, no para escapar, sino para buscar en su interior las preguntas a sus preguntas, con la seguridad, tal vez, de encontrarse de frente a cercos, trampas y hechizos que lo alejen de su camino. Un camino que anuncia la contemplación de lo no sabido, de lo no conocido, de lo no dado, y así, no hay más remedio que aceptar aquello que atormenta y aprisiona el corazón. Porque entre susurros, deseos y sueños, se levanta el ángel, convencido de su suerte, de su destino: luchar hasta vencer o morir en el intento. No hay otra posibilidad, no hay otra opción, solo luchar. Porque en el marco de la contemplación, los encuentros fugaces y repentinos muestran que no hay otra posibilidad, no hay otro destino, solo ser (Elaboración propia).

⁴⁵ L. I, 4, “Cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos”, p. 67.

⁴⁶ Zweig (2008, p. 18).

recordatorio muy vivo de la decisión de Montaigne de retirarse de la vida pública a una existencia meditativa⁴⁷.

El retiro implica el repliegue más que el abandono de la lucha, hacerse aparentemente a un lado, dejar que sean los demás quienes sigan intentando resolver los asuntos humanos a partir de la continuidad de aquellas formas exhibidas e implementadas que no han dado los resultados esperados. Así, para Montaigne la salida a la crisis del hombre implica necesariamente guardarse del mundo y de la decadencia que exhibe, de cara a darle lugar a actos reflexivos que buscan encontrar la esencia del hombre.

“... dado que las precauciones que podemos tomar están llenas de inquietud y de incertidumbre, más vale prepararse con una plena serenidad para todo lo que pueda ocurrir, y obtener algún consuelo de que no estamos seguros de que ocurra”⁴⁸.

“... puesto que nos proponemos vivir solos, y arreglárnoslas sin compañía, hagamos que nuestra dicha dependa de nosotros mismos; desprendámonos de todas las ataduras que nos ligan a los demás, forcémonos a poder vivir solos de veras y vivir a nuestras anchas”⁴⁹.

“... quien se retira aburrido y disgustado de la vida común, debe conformar ésta a las reglas de la razón, ordenarlas y ajustarla con premeditación y razonamiento. Deberá despedirse de toda suerte de trabajo, sea cual fuere su semblante; y rehuir en general las pasiones, que impiden la tranquilidad del cuerpo y del alma, y elegir la ruta que sea más conforme a su talante: Que cada cual conozca y siga su propio camino”⁵⁰.

⁴⁷ En las vigas se pueden leer las siguientes ideas: “Lo único seguro es que no hay nada seguro, y nada es más desdichado o arrogante que el hombre -Plinio el viejo-. ¿Cómo puedes pensar que eres un gran hombre, cuando el primer accidente que ocurra te puede eliminar por completo -Eurípides-. No hay vida más bella que la de un hombre que no piensa; no pensar, ése es un mal verdaderamente llevadero -Sófocles-” (2017, p. 46).

⁴⁸ L. I, 23, “Resultados distintos de la misma decisión”, p. 165.

⁴⁹ L. I, 38, “La soledad”, p. 279.

⁵⁰ L. I, 38, “La soledad”, p. 286.

El propósito de Montaigne es encontrar en sí mismo las respuestas, anunciando entonces la idea según la cual el escape frente a la decadencia del mundo se encuentra en el interior, por consiguiente hay que ser uno en otra parte, lo cual implica cesar las actividades cotidianas, las ocupaciones domésticas, las disposiciones populares; separarse de todo aquello que distraiga la mirada sobre sí mismo puesto que lo que hace al ser humano, humano, ya no está.

Desde Montaigne el desafío se concreta en la posibilidad de mirarse a sí mismo, en su condición particular, con sus limitaciones y posibilidades. Antes que mirar al otro, a lo otro, el replanteamiento debe ser interno, íntimo, en aras de cuestionar y movilizar las estructuras, lógicas y entramados de pensamiento y actuación, en pro de un posicionamiento diferente con respecto a la propia vida, a los demás y al entorno circundante.

En esta línea de pensamiento Buber expresa que “por su esencia, el conocimiento filosófico del hombre es reflexión del hombre sobre sí mismo, y el hombre puede reflexionar sobre sí únicamente si la persona cognoscente, es decir, el filósofo que hace antropología, reflexiona sobre sí como persona”⁵¹, por ello se pasa a un cerrarse al mundo, a la ocupación de los asuntos internos, a una reflexiva introversión.

"Recientemente me retiré a mi casa, decidido a no hacer otra cosa, en la medida de mis fuerzas, que pasar descansando y apartado la poca vida que me resta. Se me antojaba que no podía hacerle mayor favor a mi espíritu que dejarlo conversar en completa ociosidad consigo mismo, y detenerse y fijarse en sí. Esperaba que, a partir de entonces, podría lograrlo con más facilidad, pues con el tiempo se habría vuelto más grave y más maduro”⁵².

El replegarse de cara a ocuparse de sí mismo, tanto de sus pensamientos y estados de sensación, como de su cuerpo, le permite a Montaigne mostrar y reconocer una finita, inestable, fluctuante e imperfecta condición, la cual

⁵¹ Buber (2014, p. 20). Siguiendo con sus postulados, el autor expresa que “sólo se puede conocer la totalidad de la persona y, por ella, la totalidad del hombre, si no deja fuera su subjetividad ni se mantiene como espectador impasible. Por el contrario, tiene que tirarse a fondo en el acto de autorreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana. En otras palabras: tendrá que ejecutar ese acto de adentramiento en una dimensión peculiarísima, como acto vital, sin ninguna seguridad filosófica previa, exponiéndose, por lo tanto, a todo lo que a uno le puede ocurrir cuando vive realmente” (p. 21).

⁵² L. I, 8, “La ociosidad”, p. 77.

muta a partir de las acciones concretas y de la influencia de sucesos cotidianos. En consecuencia,

“Qué duda cabe de que el hombre es un objeto extraordinariamente vano, diverso y fluctuante. Es difícil fundar un juicio firme y uniforme sobre él”⁵³.

Sin embargo, y como lo indica Hale, “no es posible huir, “huir, ¿adónde? No hay escapatoria posible de los males del mundo, salvo haciéndoles frente activamente con un sólido conocimiento de uno mismo y un firme autodomínio y con constancia”⁵⁴. En este panorama Montaigne hace un llamado a admitir lo que somos, en tanto ello presupone un primer ejercicio de desprendimiento de aquello que creíamos saber, ejercicio que no es posible encontrarlo estando acompañados de otros, es un ejercicio que solamente se logra en soledad⁵⁵.

El retiro, la sustracción de la realidad agobiante y de las ocupaciones públicas que en ella se explayan, le posibilita a Montaigne tratar sus inquietudes, avanzar en pro de encontrar respuestas a sus preguntas existenciales, resolver lo que es y quiere ser a partir de hablar de sí mismo, de meditar. Para Nicol “... la meditación sobre el propio ser, en tanto que pensar filosófico, no puede quedar sólo en una reflexión local o particular sobre los acontecimientos, sino que ha de elevarse a materia de reflexión sobre lo que le sucede al hombre”⁵⁶.

En Montaigne la meditación se expresa y se concreta en *Los Ensayos*, medio por el cual el autor bordelés se refiere no al hombre prometico del Renacimiento, sino al hombre común y corriente, frágil, ambiguo y perenne. En esta línea de pensamiento *Los Ensayos* se fundamentan y se manifiestan de forma histórica en tanto emergen a partir de las posibilidades, condiciones y características de la época que muestran que el hombre produce el mundo, pero no reproduce la humanidad en vista que pone en peligro la civilidad y los referentes de la vida social.

⁵³ L. I, 1, “Puede lograrse el mismo fin con distintos medios”, p. 54.

⁵⁴ Hale (1996, p. 203).

⁵⁵ Ya bien lo expresaba Marco Aurelio, “se buscan retiros en el campo, en la costa y en el monte. Tú también sueles anhelar tales retiros. Pero todo eso es de lo más vulgar, porque puedes, en el momento en que te apetezca, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre se retira con mayor tranquilidad y más clama que en su propia alma” (Marco Aurelio, 1990, p. 81).

⁵⁶ Nicol (1998, p. 17).

"... ¿a quién creeremos hablando de sí mismo en una época tan corrompida, si a pocos o a nadie podemos creer hablando del otro, en lo cual mentir resulta menos provechoso? El primer rasgo de la corrupción de las costumbres es el destierro de la verdad"

"Nuestra verdad de hoy no es lo que es, sino aquello de lo que se persuade a los demás, del mismo modo que llamamos moneda no sólo a la que es de curso legal sino también a la falsa que circula. Este vicio se le reprocha desde hace mucho a nuestra nación"⁵⁷.

El desencanto del hombre es a su vez el desencanto del mundo construido por él, ante lo cual Montaigne busca salvaguardar su experiencia de cara a plasmarse desnudo, pintarse a sí mismo para dar cuenta de lo vivo de la vida, de las manifestaciones comunes, naturales y ordinarias que se encarnan en un hombre particular que se entrega de lleno a sí mismo (como estudio, obra y oficio), a partir de la indagación que realiza, la cual es personal e íntima.

"... nos debemos en alguna medida a la sociedad, pero en la mejor a nosotros mismos".

"Al moldear en mí esta figura, he tenido que arreglarme y componerme tan a menudo para reproducirme, que el modelo ha cobrado firmeza y en cierta medida forma él mismo. Al representarme para otros, me he representado en mí, con colores más nítidos que los que antes tenía. No he hecho más mi libro de lo que mi libro me ha hecho a mí -libro consustancial a su autor, con una ocupación propia, miembro de mi vida, no con una ocupación y finalidad tercera y ajena como todos los demás libros-"⁵⁸.

Este retiro puede entenderse como la necesidad de despojarse, de alivianar su vida de cara a emprender el camino del autoconocimiento, del autodescubrimiento. En esta perspectiva Montaigne toma como objeto la experiencia que tiene de sí mismo para lo cual reflexiona meditada y profundamente valiéndose del lenguaje escrito, permitiéndonos contemplar la complejidad de la condición humana, la suya, que es a la vez la de todos los seres humanos. Esta es una comprensión actual, de tiempo presente que en

⁵⁷ L. II, 18, "El desmentir", p. 775.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 774.

sí posibilita dibujar/plasmar un horizonte de defensa de la vida del hombre. Lo anterior permite comprender el actuar de Montaigne, hacer de su autoretrato un modo de explorar el tiempo, de mostrarnos el sentido y la transparencia de su vida, ampliando con esto la mirada del hombre y del mundo.

Este ejercicio realizado a título personal tiene implicaciones y proyecciones más allá de sí, en tanto que con su actuar busca servir de referente para los demás.

"No es decoroso darse a conocer salvo si se tiene algo en lo que hacerse imitar, y una vida y unas opiniones que puedan servir de modelo"⁵⁹.

Referente en el cual la noción de lo verdadero, de lo auténtico, se soporta en la amalgama de experiencias, de ahí que *Los Ensayos* expresen el cúmulo de vivencias de su autor, quien se pone a prueba a sí mismo en función de develar y mostrar lo auténtico de su vida⁶⁰.

"Los demás han osado hablar de sí mismos porque les ha parecido un asunto digno y rico; yo, en cambio, porque lo he encontrado tan estéril y tan pobre que no puede surgir sospecha alguna de ostentación"⁶¹.

La escritura de *Los Ensayos* le permiten a Montaigne amparar sus experiencias, las cuales al denotar una gran pluralidad y diversidad, deben consignarse como modo de dar fé del tránsito resignificado por el mundo, y también como referente de orientación para el buen vivir.

"Escucho mis divagaciones porque tengo que transcribirlas"⁶².

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 772.

⁶⁰ Nicol (1998) afirma que en la relación entre vida y pensamiento "se altera la idea de la vida y, a la vez, la idea del pensamiento. En este sentido, la esencia del hombre no sería propiamente esencia en el sentido tradicional del término, sino historia, y la historia de la filosofía sería la filosofía misma. Al absorber la realidad humana, la historia absorbería igualmente el pensamiento, que es una forma existencial de lo humano. Por consiguiente, la verdad sería histórica también. Así, la filosofía podría considerarse como el eje histórico de la expresión humana" (p. 15), como guía que preserva al hombre de los ultrajes del mundo y de los daños asociados a la existencia en él.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 773.

⁶² L. II, 18, "El desmentir", p. 774.

*"... se imprimen aún mejor en el papel que en la carne
viva"*⁶³.

En ese sentido, la escritura de sus experiencias refleja un movimiento de introversión, de adentramiento en las profundidades de sí en la cual intenta explicar el mundo, dilucidar quién es y lo que espera de la vida humana, de la existencia. En correlación con lo enunciado, Sábato afirma que "al escribir actuamos y esa actuación nos transforma. Algo parecido al cañón: la bala lanzada hace retroceder al cañón. Nunca la obra de arte es una mera contemplación: es una acción que se ejerce entre nuestro yo y el mundo, una acción que modifica el mundo y el yo"⁶⁴.

En esa misma perspectiva Nubiola indica que "se trata del crecimiento en hondura, en creatividad y en transparencia que se logra mediante el esfuerzo por expresar por escrito la reflexión de la propia vida: -Quien no desee descender adentro de sí mismo, porque esto le resulte demasiado penoso, permanecerá superficial en su escritura-"⁶⁵. Sobre la base de la consideración anterior podría plantearse que la escritura se convierte en filosofía puesto que lo que muestra Montaigne es su empeño por revelarse claramente, por mostrar una verdad que articula pensamiento y vida, un trabajo sobre sí mismo, donde la triada vivencia, expresión y comprensión se explayan en la escritura, siendo entonces *Los Ensayos* una obra de arte en tanto se nutren de la experiencia ordinaria de su autor.

*"Ningún deseo es más natural que el deseo de
conocimiento. Probamos todos los medios que nos pueden
llevar hasta él. Cuando la razón nos falla, empleamos la
experiencia"*⁶⁶.

Así pues, el actuar de Montaigne evidencia las búsquedas autónomas de un hombre en pro de construir su proyecto independientemente de los proyectos colectivos o de una determinada y englobante concepción de humanidad⁶⁷. Esta idea de autoproducción del hombre lo erige como amo y señor de su vida, como determinante de su trasegar y fortuna. Teniendo como base la razón, quiere bosquejar un escenario de despliegue de nuevas posibilidades las cuales van acompañadas de una tensión dramática, a saber, la

⁶³ *Ibíd.*, p. 775.

⁶⁴ Sábato (1964, p. 28).

⁶⁵ Nubiola (2010, p. 27).

⁶⁶ L. III, 13, "La experiencia", p. 1220.

⁶⁷ Como buen hombre del Renacimiento, Montaigne muestra que es consciente de sí mismo, de lo que puede conocer, descubrir, inventar, producir, crear, no en vano *Los Ensayos* muestran como pensador, investigador y creador se explayan y se recrean mutuamente.

reconfiguración del sentido de la existencia tras interrogarse sobre quién es, sobre las maneras de ser y estar en el mundo.

En conjunción con lo anterior Colomer menciona que “el individualismo ilimitado del hombre del renacimiento se enriquece con nuevos y significados rasgos, como, por ejemplo, la capacidad de observación científica, la atención hacia la naturaleza, la penetración psicológica, la creatividad estética, el espíritu lúdico”⁶⁸, propiciando en el hombre una impetuosa afirmación y dominio de la vida.

En esta misma línea de pensamiento, y en el marco de las influencias de la época renacentista, Giovanni Pico della Mirandola⁶⁹, en su discurso sobre la dignidad del hombre, denota una perspectiva del hombre en el cual este es alabado en el espectro de sus condiciones (la agudeza de sus sentidos, el poder de la razón y la luz del intelecto); contemplado como fruto de una obra divina en donde está puesto como el centro del mundo. Se le caracteriza como una obra de naturaleza indefinida; en su amplitud, en su inmensidad no está limitado, constreñido; es un camaleón que muestra una naturaleza cambiante, por tanto múltiple y contradictoria⁷⁰.

En Pico se identifica un humanismo en el cual hay una fascinación y exaltamiento del hombre a raíz de su versatilidad, de su grandeza, de su posibilidad de inventarse desde cero sin la referencia de toda esencia preestablecida. A partir de lo anterior el hombre no tiene límites, quedando abierto al sentido que quiera conferirle a su vida sustentado en la libertad de su voluntad, en su esencia; lo que será dependerá de lo que cultive en el presente; su suerte, estará en sus manos. Lo anterior está en correspondencia con saberse creado por Dios con la condición de ser lo que quiera y su deber es cuidar dicha condición; el hombre “se forja, modela y transforma a sí mismo según el aspecto de todo ser y su ingenio según la naturaleza de toda criatura”⁷¹.

Si el hombre es voluntad e indeterminación, su progreso y evolución está dado a partir de la propia praxis humana que se gesta en el devenir del tiempo, siendo lo anterior la vía para que aparte de ser dueño de sí, sea

⁶⁸ Colomer (1997, p. 7).

⁶⁹ Pico (2004).

⁷⁰ “¿Quién no admirará a este camaleón nuestro? O, más bien, ¿quién admirará más cualquier otra cosa? No se equivoca Asclepio el ateniense -en razón del aspecto cambiante y de esta naturaleza que se transforma incluso a sí misma- cuando dice que en los misterios el hombre era simbolizado por Proteo” (Pico, 2004, p.6).

⁷¹ *Ibíd.*, p. 7.

dueño del mundo. Desde esta mirada su libertad estaría subsumida en patrones de referencia fuera del mundo, obedecería a un despliegue interno y caprichoso que reivindicaría una existencia vacía y desnuda como única esencia de lo humano, frente a la cual el hombre habrá de inventarse a sí mismo, autoedificarse alrededor de un ideal de progreso que le obliga a superar sus limitaciones⁷².

Esta perspectiva antropocéntrica muestra entonces al hombre, quien valiéndose de su capacidad intelectual, se hace artífice de su propio destino. En consonancia con lo indicado, Castoriadis expresa que el hombre que se plantea a sí mismo, es un hombre que se produce a sí mismo, “la esencia del hombre es autocreación; y esta frase puede ser entendida de dos maneras: el hombre es el creador de su esencia, y esta esencia es creación y autocreación. El hombre se crea a sí mismo como creador, en un círculo en el cual la lógica aparentemente viciada devela la primacía ontológica”⁷³.

El hombre que se instruye a sí mismo, es aquel que retorna sobre su propia acción, sobre sus pasos de cara a mostrar que camino y caminante se definen y existen el uno por el otro. En esa perspectiva *Los Ensayos* muestran una narración personal con la cual Montaigne pone a prueba sus propias experiencias en aras de alcanzar un ideal de vida, el cual se esculpe al tenor de un modelo autoreferencial de vida filosófica. Si bien el hombre puede constantemente superar la mayoría de sus límites, Montaigne nos muestra que se debate entre no desear ser lo que es y estar en un constante proceso de llegar a ser. Desde esta óptica se pensaría a Montaigne como hombre moderno, en tanto que en el marco de su construcción centra su atención en las particularidades y características de aquel que en medio de un entorno cambiante, también se está configurando/reconfigurando como experiencia viva y cotidiana. Aquí el acento se coloca en aquello íntimo, particular, personal del hombre, que se convierte en relación a un modo de vida que le circunscribe a una existencia autoreferencial

De hecho, se puede entender cierta postura antropocéntrica en Montaigne, en tanto que el individualismo del autodescubrimiento se soporta en la narración que se hace de lo que es una vida ordinaria (su vida, común, doméstica, privada), en consonancia con una actitud que enuncia que el hombre es dueño de sí mismo y que se rige bajo su propia norma e inmanencia. Es así como la escritura posibilita una toma de conciencia de sí,

⁷² “No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses” (*Ibid*, p. 6).

⁷³ Castoriadis (2002, p. 30).

en vista que anuncia una manera de salvación del hombre ante la crisis; a partir de la escritura se pueden dar cuenta de verdades íntimas en conjunción con experiencias de vida frente a lo que el hombre puede llegar a ser en un contexto de posibilidades y de porvenir.

El hombre que se muestra en Montaigne no es el hombre exaltado en sus capacidades, sino aquel que se acepta a sí mismo por lo que es, lo anterior en articulación con el precepto según el cual hay que conocerse a sí mismo a partir de la experiencia individual, por consiguiente es menester describir al hombre antes que formarlo.

Para Nubiola, el adentrarse, el internarse en sí mismo, no como necesidad sino como llamado vital de la existencia, refleja una libertad creadora, el ejercicio del propio pensar “poniéndolo al servicio de la tarea más importante que es 'el vivir de acuerdo con la verdad'. En este sentido, frente a la expresión común que dice que 'cada uno es como es', parece mucho más acertado reconocer que realmente cada uno es como quiere ser”⁷⁴, puesto que el hombre no posee una determinada naturaleza, más bien, posee la libertad para determinar y fijar su propia naturaleza.

En esta misma línea de pensamiento Sartre menciona que el hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, en tanto que su existencia precederá a su esencia, lo que “significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y después se define”⁷⁵, puesto que no está anclado a una naturaleza humana dada y fija que le condene a su sujeción. Este presupuesto está muy en la línea de lo estipulado por Pico, en razón a que se asume que el hombre es el responsable de lo que es, de su existencia, de todos los hombres, puesto que es libre y a partir de dicha libertad está obligado a inventarse permanentemente, a responder al proyecto de comprometerse en la vida a dibujar su figura, en vista que fuera de esta figura no hay nada⁷⁶.

⁷⁴ Nubiola (2010, p. 27).

⁷⁵ Sartre (s.f, p. 3).

⁷⁶ Garin (1984) critica esta postura en tanto se pregunta por la relevancia de los pensamientos positivos en relación al hombre del renacimiento: “¿Es posible que todavía exista alguien incapaz de entender que la luz no es un alimento para los hombres, que el lujo y la denominada libertad de pensamiento jamás llegarán a ser vocación y fuente de felicidad para todo el mundo? Por el contrario, los auténticos motores humanos, instrumentos en manos de las circunstancias, son el sentimiento, el movimiento, la actividad, a pesar de que a veces pueda mostrarse privados de todo objetivo, aunque se hallen acompañados de choques y revoluciones, aunque vayan unidos a sentimientos que pueden tornarse aquí y allá en fanáticos, violentos, repelentes” (p. 32). Para el autor hay que desconfiar del progreso lineal de la humanidad, de las posibilidades de la razón y de la superación de la tradición

Frente a la ilusión del hombre que es responsable de sí mismo al configurar una imagen de sí, Montaigne muestra a un hombre caracterizado como sueño desilusionado al evidenciar crueldad, maldad, desconfianza hacia sus congéneres y una necesidad de tener más de lo que necesita, por ende, es menester que a él se le retrate en su real dimensión y condición, sin ningún adorno, sin ninguna máscara.

Para lograrlo Montaigne se toma a sí mismo como referente, como proyecto, como modelo de vida imperfecta en búsqueda de una sabiduría escurridiza, de un objeto itinerante y poco claro. Si bien se puede ver en Sartre matices relacionados con lo enunciado, al expresar que “para que haya una verdad cualquiera se necesita una verdad absoluta; y ésta es simple, fácil de alcanzar, está a la mano de todo el mundo; consiste en captarse sin intermediario”⁷⁷, la postura de Montaigne tensiona la imagen esperanzadora de Sartre en tanto no comparte la idea según la cual el hombre elige la imagen que quiere exhibir, el papel que quiere representar puesto que se carece de comunicación alguna con el ser, y lo que caracteriza al hombre es su inestabilidad agenciada en el marco de sus contradicciones, por ello no hay que exaltarlo sino aceptarlo por lo que es, como se anuncia en las palabras de advertencia al lector con que abre su obra⁷⁸.

De ahí que Montaigne acoja las banderas de la condición humana, la cual postula que cada hombre lleva en sí la forma entera de su condición, y a partir de ella no hay un comienzo desde cero, sino la recuperación de la vida del hombre, de sus tramas existenciales, de su finitud, incompletud e irracionalidad. En esta perspectiva se podría encontrar una identificación con los postulados de Heidegger⁷⁹, quien en su carta al humanismo rechaza colocar una vez más al hombre como el referente fundamental del mundo, puesto que se estaría haciendo gala de un antropocentrismo que desvía las reflexiones que sobre él se hagan.

Si bien el hombre es un animal racional (aspecto clave en la configuración del hombre del renacimiento), no se puede establecer por ello que esa sea su esencia puesto que se lo relega al ámbito de los animalitas. Siendo esto así se lo enmarcaría como un ente, como algo que es, delimitado y diferente

medieval que se anunció en el renacimiento, en tanto que lo único positivo de este periodo quedó circunscrito a algunos progresos técnicos.

⁷⁷ (Sartre, p. 13).

⁷⁸ Palabras de advertencia al lector con que abre la obra (p. 50).

⁷⁹ Heidegger (2006).

a otros entes, a otros seres vivos⁸⁰; es un animal más en medio de otros animales. La postura del autor es pensar al hombre no desde su animalitas, sino desde su humanitas, es decir, asumirlo a partir de aquello que lo hace radicalmente distinto a los animales, a saber, su capacidad para ponerse a la escucha del ser y permitir su desocultación. A la luz de este referente podría identificarse una relación con Montaigne puesto que se busca dejar aparecer al ser a partir de la reflexión en uno mismo, sin embargo Montaigne estaría más ubicado en pensar al hombre desde su animalitas en concordancia con ese ser que es carne, que siente placer y dolor, que se enferma y permanentemente evidencia la finitud de la existencia. A los efectos de la consideración anterior, se comprende el llamado que hace Montaigne en relación a la vida, a saber vivirla y administrarla para gozar de ella.

“... yo la gozo el doble que los demás, pues la medida del goce depende de la mayor o menor aplicación que ponemos en ella. Sobre todo en este momento, cuando percibo la mía tan breve de duración, quiero aumentar su peso; quiero frenar la rapidez de su huida mediante la rapidez de mi aprovechamiento, y compensar la celeridad de su disipación con el vigor del uso que hago de ella. A medida que la posesión de la vida sea más breve, tengo que volverla más honda y más plena”⁸¹.

El hombre de carne y hueso es en Montaigne aquel que perturba los cimientos de la concepción renacentista del hombre, puesto que al recuperar la animalidad de lo humano, se toma distancia de las perspectivas utópicas y proteicas emergentes en la época, para dar paso a un alejamiento que apunta a preservar la integridad del hombre en función de su propia historia recuperada, de su acción comprometida con lo que es, con sus congéneres, y con las circunstancias del momento.

En esa perspectiva el proyecto de Montaigne pone como centro al autor mismo, quien a partir de autoretratarse funda la génesis de su empresa la cual gira en torno a las disquisiciones de sí mismo; la materia de sus Ensayos proviene de él mismo, por ello habla de su yo. Expone sus defectos y virtudes, sus errores y sus aciertos y, sobre todo, las contradicciones que encuentra en su vida, lo anterior a partir de intentar responder a la pregunta ¿qué se yo?, pregunta que en sí engloba la necesidad de saber quién es el

⁸⁰ “... el hombre queda definitivamente relegado al ámbito esencial de la animalitas, aun cuando no lo pongamos al mismo nivel que el animal, sino que le concedamos una diferencia específica” (Heidegger, 2006, p. 26-27).

⁸¹ L. III, 13, “La experiencia”, p. 1278.

hombre, cuál es la verdad que se tiene de él, cómo hallar dicha verdad, cómo servir de guía y referente para encontrarla.

“porque hemos nacido para buscar la verdad; poseerla corresponde a una potencia mayor”, en tanto que “el mundo es sólo una escuela de indagación. La cuestión no es quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras”⁸².

Si bien Montaigne no desconfía de la existencia de la verdad, tampoco llegar a ésta es de competencia del hombre sino de Dios, por ello nunca podrá poseerla, sin embargo el reto está no en tener la razón, sino en la disposición que se emprenda para transitar en busca de ella, y en esa perspectiva es menester dedicar los esfuerzos en el conocimiento propio más que en el conocimiento del mundo de la naturaleza o del mundo de los hombres o del mundo divino.

“Debemos reservarnos una trastienda del todo nuestra, del todo libre, donde fijar nuestra verdadera libertad y nuestro principal retiro y soledad. En ella debemos mantener nuestra habitual conversación con nosotros mismos, y tan privada que no tenga cabida ninguna relación o comunicación con cosa ajena; discurrir y reír como si nouviésemos mujer, hijos ni bienes, ni séquito ni criados, para que, cuando llegue la hora de perderlos, no nos resulte nuevo arreglárnoslos sin ellos. Poseemos un alma que puede replegarse en sí misma; puede hacerse compañía, tiene con qué atacar y con qué defender, con qué recibir y con qué dar. No temamos, en esta soledad, pudrirnos en el tedio del ocio”⁸³.

El conocimiento propio que se gesta a partir del autoretratarse, es la forma que emplea Montaigne para acceder a una verdad, a la cual se llega a partir del establecimiento de juicios en relación a la experiencia íntima y personal, de ahí que se puedan asumir *Los Ensayos* como escenario que le permite a Montaigne establecer una mediación entre experiencias y mundos de sentido. Al tomarse a sí mismo como objeto de una experiencia reflexiva y meditada, avanza en la resolución a la inquietud por cómo vivir en medio de la incertidumbre y de lo cambiante del ser.

⁸² Lázaro (2007, p. 1).

⁸³ L. I, 38, “La soledad”, p. 280.

El ensayarse, entonces, se concibe como un proceso de aprendizaje, es praxis y ejercitación simbólica donde se juega el sentido mismo de la imagen del hombre, y es a partir del lenguaje, concebido éste como ámbito particular del narrar-se, "donde se decide el ser o no ser del ser humano"⁸⁴.

El pensar-se, experimentar-se y nombrar-se, posibilita que Montaigne sienta las bases para la interpretación de su mundo personal y subjetivo, alcanzar su verdad, o más bien, una certeza subjetiva lograda a partir de la propia experiencia. A partir de sus escritos busca dotar de sentido su existencia y anunciar una presencia reconfigurada que le concedería integrar los aspectos aparentemente heterogéneos que configuran su presencia en el mundo, pero también sería un medio que le otorgaría alejarse de la barbarie y construir escenarios de futuro más que condiciones reales y concretas para la misma.

*"Es hora de desligarnos de la sociedad, puesto que nada podemos aportarle. Y quien no pueda prestar, que evite coger prestado. Las fuerzas nos fallan; retirémoslas y encerrémoslas dentro de nosotros"*⁸⁵.

A partir de lo enunciado *Los Ensayos* son vistos como un tanteo, como una manera de hacer inteligible la realidad personal, como expresión viva y generosa de las diferencias, como un esfuerzo de nombrar la humanidad del hombre puesto que lo humano es una conquista o un llegar a ser. En este ejercicio Montaigne se apoya y se vale de los lenguajes ajenos de cara a construir uno propio. Las continuas referencias al pasado le posibilitaron traer y dar cuenta de lecciones históricas así como establecer un vínculo creciente a formas de actuar éticas y morales. Lo anterior en consonancia con el espíritu de la época, en el cual, según Colomer, "hay que ver el renacimiento como un fenómeno grandioso de renovación y reformatión espiritual, que se sirvió, como estímulo eficaz, del retorno a la antigüedad clásica. Pero la vuelta a los antiguos, como retorno a los orígenes, es el medio, no el fin del movimiento renacentista. Lo que se pretende a través de la renovación de la cultura clásica es la renovación y reformatión del hombre mismo"⁸⁶, y desde

⁸⁴ Duch, Lavaniegos, Capdevila y Solares (2008, p. 21).

⁸⁵ L. I, 38, "La soledad", p. 282.

⁸⁶ Colomer (1997, p. 9). Frente a la perspectiva denotada por el autor, Reale y Antiseri (1995) mencionan que "no se trata de renacer de la civilización en oposición a la incivilizada, de la cultura en oposición a la incultura y la barbarie, del poder saber en oposición a la ignorancia. Se trata, en cambio, del nacimiento de otra civilización, otra cultura, otro saber" (p. 35). Lo anterior deja entrever que este periodo histórico implicó innovación tanto como renovación a partir de la configuración de un proceso activo de asimilación y transformación de lo transmitido y lo recibido, en la cual se denotan procesos de apropiación, asimilación,

aquí se asiste a considerar la observancia de un hombre que se elige a sí mismo en conjunción con un hombre que se crea a sí mismo.

Creación que no es sinónimo de novedad sino de reinención, o más bien, de retorno y recuperación de formas de ser de lo humano en perspectiva de autoformación y autotranscendencia. A partir de lo esbozado *Los Ensayos* son un medio para establecer vínculos creadores y humanizadores entre lo que es antiguo y lo que es nuevo, en donde Montaigne ilustra sus pensamientos en el marco de una apuesta intelectual que le permite responder a las más diversas cuestiones de su cotidianidad. Al ser *Los Ensayos* una experiencia viva, Montaigne puede desplegarse -a través de ellos- bajo una variedad de formas de ser, estar, pensar y sentir, las cuales no son idílicas en tanto reflejan la tensión entre lo que se es y lo que se quiere ser o lo que se puede ser⁸⁷.

Como se ha ilustrado, el proyecto del autoretrato nace de una necesidad, del interés por vislumbrar aquello que hace al hombre ser lo que es, en esa medida el movimiento realizado por Montaigne a través de *Los Ensayos* reflejan un ejercicio espiritual, “una práctica voluntaria, personal, destinada a operar una transformación en el individuo, una transformación de sí”⁸⁸, la cual funge como preparación ante los embates de la vida, al igual que como ejercicio que orienta la acción. Por consiguiente, la apuesta de Montaigne reviste de un gran valor filosófico al mostrar la importancia de formar el espíritu, de orientarse en el pensar y el vivir a partir de la práctica voluntaria del autodescubrimiento, que le permite verse a sí mismo y al mundo desde otra óptica, de cara a que el hombre vuelva a situarse -como lo refiere Hadot- en el misterio insondable de la existencia.

En esta perspectiva *Los Ensayos* pueden concebirse como una zona de frontera, como un espacio fruto de las sensibilidades, las memorias y las identidades de quien los escribe; gracias a ellos el autor puede fundar lugares de reconocimiento de lo propio, de lucha por encontrar el sentido de la vida a partir de la expresión y circulación simbólica en las que explaya las búsquedas por ser. Al tenor de lo anterior, la confrontación que realiza Montaigne consigo mismo se desarrolla en forma narrativa, en vista que se asume el ensayo como un escenario de expresión de las propias contradicciones en el marco de su transfiguración, de la conversión de su

adaptación, reacción, respuesta e incluso rechazo. En esta línea de pensamiento Garin (1984) afirma que con el Renacimiento el mundo se ha ampliado, ha mudado de rostro.

⁸⁷ En conexión con lo estipulado Arendt menciona que “cualquier cosa que el hombre haga, sepa o experimente sólo tiene sentido en el grado en que pueda expresarlo” (2014, p. 32).

⁸⁸ Hadot (2009, p. 137).

propia vida, la cual busca esculpirse siguiendo un modelo autoreferencial de vida filosófica.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, es de indicar que dicho modelo de vida filosófica se sustenta en las permanentes indagaciones del autor bordelés en relación a develar el conocimiento que tiene de sí, teniendo como pregunta rectora ¿Qué se yo?. Lo anterior se desarrollará en el siguiente capítulo, previa consideración de la noción de identidad, aspecto necesario para entender el proceso permanente de indagación de la subjetividad que acomete Montaigne.

2. LA PREGUNTA POR LA IDENTIDAD EN LOS ENSAYOS

Las diferentes nociones que se tienen de la identidad expresan la diversidad de posturas que problematizan la manera de comprender y definir lo propio del hombre, lo que le diferencia y distancia con respecto a otros hombres. En este marco Montaigne muestra que la identidad se configura desde la interioridad mostrando en sí misma el dinamismo de la vida del hombre, puesto que cada hombre se autodefine y comprende de manera única e irrepetible.

Hecha la observación anterior, el presente capítulo abordará, desde una perspectiva general, la noción de identidad, para posteriormente ilustrar la forma en que Montaigne la asumió. Posteriormente se trabajará la idea según la cual se caracterizan *Los Ensayos* como forma de indagación del mundo subjetivo, como la manifestación del retorno del hombre sobre sí mismo en aras de encontrar una sabiduría personal en tiempos de crisis, de cara a vivir bien y justamente. Para ello se planteará la relación entre el ensayo y la construcción de sí mediada por el ejercicio de la libertad, en el entendido que en ellos se evidencia un ejercicio autoreferencial mediado por la escritura, vista esta como acto, proceso y resultado.

Finalmente se cerrará con el apartado en el cual se desarrolla la idea según la cual el ejercicio de ensayarse refleja una tarea moral.

2.1 Sobre la identidad

Se ha planteado la emergencia de la obra de Montaigne al tenor del momento histórico por el cual estaba atravesando Francia en el siglo XVI (y en general Europa), y en esta consideración se ha expresado el intento del autor bordelés de dar cuenta de la vida humana, de sus aristas y de las flujos afectivos, corporales y relacionales que ella conlleva. Como se indicó en el anterior acápite, el eje que guía sus indagaciones está soportado en la pregunta *¿qué se yo?*, la cual presupone el retorno del hombre hacia sí mismo, quien en el marco del gozo de su emergente libertad, fruto del desligue de las ataduras divinas, emprende la tarea de saberse⁸⁹.

⁸⁹ Guillén (2005, p. 175) indica que ante la tragedia personal de no saberse, es menester iluminar la vida con nuestros propios actos de cognición, de esperanza y de amor.

Dicho retorno se presenta en conjunción con las posibilidades de porvenir, mediado por la exaltación, por el triunfo de la razón humana⁹⁰. Lo anterior fue posible a partir de la reconfiguración de las bases en que se soportaba la vida en sociedad y el papel del hombre en ella, los cuales conllevaron a la desestabilización de los referentes que sustentaban la idea del mundo y del hombre. Dicha reconfiguración permitió colocar sobre la palestra la pregunta por la identidad, la cual interroga quién y cómo es el hombre, sus maneras de ser y estar en el mundo.

La pregunta se enmarca en un contexto en crisis, en el cual Montaigne proyecta dibujar los acontecimientos venideros a partir del despliegue de las potencialidades del hombre, las cuales orbitan en función de las respuestas a la pregunta sobre aquello que es particular y específico en él. En medio de la crisis en la que está inmerso, escarbar, curiosear, rastrear e indagar en torno a dicha pregunta se erige (desde Montaigne) como imprescindible, debido a que es la posibilidad del hombre para dar cuenta de sí, para encontrar las posibilidades de sentido y de conciencia que le permitan fundar otras lecturas de su vida y de la vida, otros ángulos y dimensiones desde donde pensarse, vivirse, determinarse, incluirse y autoexcluirse (fundar una nueva conciencia de lo que se es)⁹¹. En esta óptica, la pregunta mostraría la necesidad del hombre de autodeterminarse y autodirigirse como experiencia viva, que se moviliza en aras de encontrar diversos modos de ser, de estar y de moverse en el mundo, en últimas, de dar cuenta de su identidad, la cual es menester rastrearla, y una vez encontrada, fijarla para contener lo poco que queda de humanidad.

En alusión a lo señalado, podría esbozarse que la identidad sería ese horizonte último y particular que determinaría una manera de ser, un destino individual en el cual se fundamenta la conciencia que el hombre tiene de sí mismo distinto a los demás, un invento que se necesita para salir de la crisis

⁹⁰ En distintos periodos de la historia la razón se muestra como un aspecto importante en la vida de los hombres, por ejemplo Marco Aurelio indica que hay que venerar la facultad intelectual puesto que “en ella radica todo, para que no se halle jamás en tu guía interior una opinión inconsecuente con la naturaleza y con la disposición del ser racional” (1990, Libro III-9, p. 75).

⁹¹ Teniendo en consideración las reflexiones de Taylor (1996), la crisis puede concebirse como la pérdida de los horizontes morales del hombre a partir de la destrucción de los referentes en los que vivía su vida espiritual, frente a lo cual se asiste la necesidad de construir o recuperar los marcos referenciales que sustenten el sentido espiritual de la vida. Para el autor “carecer de un marco referencial es sumirse en una vida sin sentido espiritual. Por eso la búsqueda es siempre una búsqueda de sentido” (p. 32), de cara a hacerle frente a la crisis de identidad, a la desorientación del hombre en el mundo.

y recuperar aquello que lo vuelve humano⁹².

La conjunción entre ser (existir en el tiempo) y estar (condición o modo del ser en el tiempo) junto con las capacidades racionales conformarían al hombre, sin embargo Montaigne pone el acento en aspectos más subjetivos y menos caracteriológicos, los cuales estarían en consonancia con dilucidar el significado y el sentido de la vida. En este panorama se erige como imperativo recuperar la esencia de la vida en el mundo: *“Haz lo tuyo y conócete a ti mismo”*⁹³. Para ello Montaigne propone un adentramiento en las profundidades de sí para extraer una manera de vivir bajo el supuesto de la seguridad que brindaría el conocimiento de sí⁹⁴.

*“Quien deba cumplir lo suyo, verá que su primera lección consiste en saber qué es él mismo y qué le es propio. Y quien se conoce a sí mismo, deja de tomar lo ajeno por propio: se ama y se cultiva antes que a cualquier otra cosa -rehúsa las ocupaciones superfluas y los pensamientos y propósitos inútiles”*⁹⁵.

Al respecto Gagin expresa que “Montaigne habla de él y de las experiencias de su vida en búsqueda de la sabiduría. Él mismo es la materia de su libro. Se analiza con una perfecta lucidez. Nada de confidencias líricas o sentimentales, pues su objeto no es la exaltación del yo, sino la conquista de la sabiduría”⁹⁶, convirtiéndose entonces en su estudio, su obra y su oficio.

Dicha conquista muestra una movilización, una acción libre y consciente de cara a fundar una historia íntima y personal en el marco de un autoreconocimiento, lo que pone en una primera perspectiva el hecho que la identidad es resultante de un ejercicio individual⁹⁷. Desde esta mirada la

⁹² Al plantear lo anterior se anuncia y se afirma que no hay una respuesta satisfactoria que permita dilucidar la pregunta, siendo entonces una inquietud recurrente en tanto está ligada a las búsquedas personales en relación a develar aquello que conforma la particularidad humana por encima de la primacía de la razón, aspecto este que si bien nos erige como los animales más evolucionados dentro del reino animal no alcanza ni es suficiente para explicar quiénes somos, cómo somos y de qué manera conducimos y orientamos la vida.

⁹³ L. I, 3, “Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros”, p. 59.

⁹⁴ Lázaro (2012, p. 40) expresa que al haber también una crisis de la razón, que redundan en una crisis de lo humano, se da paso a la necesidad del hombre de preguntarse de nuevo sobre quién es él.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 59.

⁹⁶ Gagin (2002, p. 178).

⁹⁷ El volver sobre sí de cara a redescubrirse, se convierte para Montaigne en una misión que lleva a cabo acompañado de toda una tradición personal aprendida y heredada en su formación inicial, la cual se complementó con una activa vida pública. El aprendizaje del latín

identidad se encontraría emparentada con la personalidad al concebirla como aquellas características o cualidades de corte individual que destacan o distinguen a una persona en relación a otra, las cuales no son estáticas, sino que por el contrario se modifican a medida que la persona se desarrolla o avanza tanto cronológicamente como en el acervo de experiencias vivenciadas fruto de su relación con un entorno ambiental y social.

Esta perspectiva ancla la identidad desde una óptica psicológica, en tanto se asume que está en relación con el sentido que cada persona tiene de su lugar en el mundo y de su conexión con la significación que le otorga a los demás; es una organización interna que se autoconstruye en el tiempo, razón por la cual tiene un carácter dinámico en virtud que soporta y refleja una historia individual, en la cual se encuentran capacidades, creencias, vivencias, imaginarios, entre otros, que se desplazan frente a otros y con otros; es una concepción clara y nítida de uno mismo.

A partir de lo referenciado, la identidad mostraría un modo particular de ser a lo largo del tiempo, que posibilitaría establecer las similitudes y principalmente las diferencias con respecto a los demás, por ello se la caracteriza como identidad personal.

Entender desde esta óptica la identidad implicaría reconocer que ella está vinculada a la respuesta de la pregunta *¿Quién soy yo?*⁹⁸, inquietud que no es del interés en Montaigne puesto que no busca dilucidar aquello que le identifica y diferencia con respecto a los demás, sino de encontrar algunos rasgos de sus costumbres e inclinaciones; su esencia como hombre simple, natural y común, como se indica en las palabras de advertencia al lector.

No obstante es menester mencionar que la identidad también está sustentada en múltiples identificaciones que se tienen a lo largo de la vida, en donde se asimilan uno o más rasgos de otros individuos, quienes serían un modelo a imitar y seguir. En esta línea de pensamiento no sería posible la emergencia de la identidad si no está acompañada de identificaciones en relación a las creencias, actitudes, valores, roles, funciones y patrones de

antes que su lengua materna (debido al interés de su padre), posibilitó que Montaigne se ilustrara de una rica formación humanista en la cual pudo asirse de variados elementos ligados a un humanismo floreciente. Ya lo indica Gagin (2002, p. 169), al mencionar que en Montaigne se asiste la formación del juicio, el desarrollo de la personalidad y el ejercicio del cuerpo en la que se pretende la formación del espíritu, el enseñar a pensar, el perfeccionamiento de la humanidad de un hombre -el hacer que un hombre sea un hombre-.

⁹⁸ La respuesta se podría desplazar en la frase: soy lo que soy o yo soy yo, la cual mostraría una autoafirmación del hombre en relación a sí mismo, indicando entonces que el hombre es el amo de su propia morada.

comportamiento de otra u otras personas o grupos; es un aprendizaje a través de las experiencias de los demás y con los demás que se proyecta continuamente. Esta identidad (social), estaría embebida por la incorporación de aquellos determinantes sociales que le imprimirían un sello cultural y social a aquel que se requiere transformar en un ser humano⁹⁹.

Al respecto Williams indica que la identidad social se enmarca en la pregunta *¿qué soy?*, en vista que presupone una respuesta asociada a los rasgos generales que se comparten con los demás; su sentido “se relaciona con un tipo o una cosa general”¹⁰⁰. Bajo esta enunciación la identidad se podría adquirir o perder a partir del influjo de los demás, pudiéndosela objetivar.

En contraste, en lo estipulado por Montaigne, se encuentra que sus cavilaciones no orbitan en torno a saber qué es o quién es, en razón a que dichas preguntas quedan absorbidas por la indagación sobre el saber que tiene el hombre de sí mismo. Sin embargo, es de reconocer que el escrutamiento en torno al *¿quién soy yo y al qué se yo?* tienen un aspecto en común, el cual se concreta en la idea que afirma que la construcción de la identidad es un proceso individual, debido a que cada hombre es quien debe responder frente a dicho aspecto central y fundamental, en pro de su configuración subjetiva y social como ser humano. De cara a dicha configuración Montaigne emprende el camino de la escritura, la cual se

⁹⁹ No se podría ser un ser social hasta tanto no se evidencie la adscripción a un grupo humano y la repetición de aquellos constructos que dicho grupo ha creado. En ese orden de ideas, la identidad social reflejaría la adopción de un sistema de valores colectivos históricos que se integran en el hombre de cara a respetar el conjunto normativo y la organización social soportada en roles y funciones, lo que a su vez permite moldear la personalidad. En consonancia con lo enunciado Nietzsche (s.f) menciona que “la imagen de nuestra conciencia es lo único que, durante nuestra juventud, nos han exigido regularmente y sin razón personas a quienes respetábamos o temíamos. Por eso surge de la conciencia ese sentimiento de obligación (he de hacer esto, no he de hacer lo otro) que no se pregunta el porqué de dicho deber. En todos los casos en que se hace algo con su por qué y su para qué, el hombre obra sin conciencia, lo que no es una razón para que obre contra su conciencia. La fe y la autoridad constituyen las fuentes de la conciencia: esta no es, pues, la voz de Dios en el corazón del hombre, sino la voz de algunos hombres en el hombre” (p. 66). A partir de la referencia se puede concluir que la necesidad de conocerse es un imperativo que tiene su carga determinante en las necesidades y deseos de los demás, en donde el hombre está subordinado a los patrones y cánones culturales y sociales que hace de éste un ser pasivo, receptor y reproductor de dichos patrones. En consecuencia, podría concretarse esta manera de asumir la identidad en la frase: “*yo soy mis circunstancias*”, la cual pondría su acento en el carácter social del hombre. A partir de lo denotado la consideración de la identidad presupondría pensar en cierta uniformidad de comportamientos y de maneras de vivir la vida en tanto el hombre no tendría espacio para dar cuenta de sus intereses, necesidades y deseos; no podría orientar un rumbo de vida en función de su libre albedrío.

¹⁰⁰ (2011, p. 81).

articula teniendo como fundamento el asumir que todo conocimiento es conocimiento del hombre y que la comprensión de sí implica tomar posesión de aquello que se comprende, así no se tenga comunicación alguna con el ser, puesto que éste se encuentra permanentemente en movimiento.

“Al cabo, ni nuestro ser ni el de los objetos poseen ninguna existencia constante. Nosotros, y nuestro juicio, y todas las cosas mortales, fluimos y rodamos incesantemente. Por lo tanto, nada cierto puede establecerse del uno al otro, siendo así que tanto el que juzga como lo juzgado están en continua mutación y movimiento”¹⁰¹.

El flujo de la temporalidad como englobante de la identidad la delinea como algo volátil, inalcanzable, frente a lo cual solo es posible extraer algunos rasgos, en pro de delinear la silueta del hombre.

“No puedo fijar mi objeto. Anda confuso y vacilante debido a la embriaguez natural. Lo atrapo en este momento, tal y como es en el instante en el que me ocupo de él. No pinto el ser; pinto el tránsito”¹⁰².

Y aquí, dicho encuadre temporal sienta las bases de la discusión frente a aquello que cambia y aquello que permanece en el establecimiento de la identidad. Si *“el mundo no es más que un perpetuo vaivén. Todo se mueve sin descanso”¹⁰³*, entonces Montaigne estaría expresando que la identidad no podría asumirse como algo acabado, sino más bien, como una construcción permanente, como las pinceladas de un cuadro que nunca podrá terminarse. Por consiguiente, la descripción de las acciones, comportamientos y maneras de ser reflejarán la circunscripción a una subjetividad en la cual el hombre, no hace más que asumirse como centro del mundo, de su mundo, imposibilitando entonces ser objetivado. En consonancia con lo expresado, Rodríguez menciona que *“la inconstancia, los movimientos titubeantes, las fragilidades de los hombres impiden fijar parámetros universales a los comportamientos: la inconstancia establece las fronteras del tema”¹⁰⁴.*

Al enunciar lo anterior, la identidad se comprendería menos en una perspectiva definitoria concreta, y más en una perspectiva de mutación permanente en razón a que refleja la incoherencia de la vida humana.

¹⁰¹ L. II, 12. “Apología de Raymond Sebond”, p. 704.

¹⁰² L. III, 2. “El arrepentirse”, p. 923.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ (2010, p. 92).

“Pero, para volver a mi asunto, tenemos a nuestro favor la inconstancia, la irresolución, la incerteza”¹⁰⁵.

Sin embargo, si todo cambia y nada queda fijo, si no es posible visionar al hombre como una unidad, sino como partes en transformación, la identidad de la cual habla Montaigne sería aquella frente a la cual no es pertinente indagar por el *¿quién soy?*, sino más bien por el conocimiento que el hombre tiene de sí, siendo entonces el ejercicio de introspección fundamental para dar cuenta del acervo moral del hombre, y así, configurar una vida ética.

De hecho, el *¿qué se yo?*, se apuntala como la empresa a emprender, como una necesidad vital que se requiere para poder identificar la esencia del hombre. Para dar cuenta de lo anterior Montaigne pretende, de manera humilde y sincera, revelar los rasgos de su carácter, las pasiones, humores, preocupaciones y formas particulares de ver y asumir la vida. En consecuencia, desde Montaigne la búsqueda del conocimiento propio está en sintonía con una apertura al mundo, permanentemente en movimiento y cambio, lo cual incide en que el objeto de indagación sea difícil de aprehender.

“Me sucede también que no me encuentro donde me busco; y me encuentro más por casualidad que por la indagación de mi juicio”¹⁰⁶.

Lo anterior muestra entonces a un hombre que se asume como tarea de su propia realización, como alguien que gesta un modo singular y novedoso de comprensión de los rasgos humanos a partir de arrogarse él mismo como objeto de estudio. Este ejercicio introspectivo se soporta en divagaciones, discusiones y narraciones de diversos temas en los cuales es patente la suspensión del juicio, la aceptación de la experiencia desde posiciones no dogmáticas, el vivir según los dictados de la naturaleza, el seguir las reglas y costumbres de la sociedad en tanto ello le aleja de peligros y males.

El plasmarse en sus escritos, supone retratarse, consignarse en vida y en perpetuidad, siendo entonces la escritura de la subjetividad un reflejo de la condición humana. Es la operacionalización de un método en donde sujeto y objeto se funden, se complementan y retroalimentan entre sí; es una forma de comprensión que implica tomar posesión de aquello que se comprende¹⁰⁷.

¹⁰⁵ L. II, 12. “Apología de Raymond Sebond”, p. 561.

¹⁰⁶ L. I, 10, “El habla pronta o tardía”, p. 85.

¹⁰⁷ En línea con lo enunciado Sábato (1964, p. 21) plantea que “en la creación artística, como en el sueño, hay un primer movimiento que es de introversión, de sumersión en lo más

Al experimentarse como residente en el objeto (en tanto se le transfiere lo que es y busca ser) Montaigne se vincula de tal manera que se gestan las condiciones para pensar que el escrito es él y por tanto será imposible que dicho objeto le dañe o saque ventaja de él.

Al ser el escrito un fiel retrato de su autor, se presupone entonces que la identidad de Montaigne queda consignada en *Los Ensayos*, lo cual no da pie para albergar algún tipo de duda en relación a la validez de la misma¹⁰⁸. Es un ejercicio circular en el cual el escritor y lo escrito se construyen y retroalimentan mutuamente, evidenciando de esta manera una identidad que se gesta desde el interior y se proyecta en un exterior, que sigue siendo interioridad en tanto muestra un acervo de sentencias y reflexiones que son propias, personales, las cuales se van elaborando en el transcurrir del tiempo. Por ello la identidad es una construcción temporal en razón a que el hombre no es, sino que se hace hacia el futuro, se proyecta más allá de sí mismo, y al ser un objeto ondulante, fluctúa al tenor de una temporalidad determinada.

El llegar a ser lo que se es en tanto que se va a ser o se está siendo, expresa que la identidad es un proyecto en curso en el cual se transita por los recovecos y laberintos de la propia humanidad, de la propia subjetividad, y en este ir (avance, retroceso y relanzamiento) es fundamental y necesario dudar permanentemente, preguntarse qué tanto conocimiento se tiene de sí mismo en función de develar los rasgos propios, íntimos y personales que soportan la conciencia y dominio de sí mismo¹⁰⁹.

profundo del yo. Pero mientras en el sueño allí quedamos (y de ahí el carácter angustioso de la pesadilla), en la obra de arte hay un segundo momento que es el de ex-presión, de salida, de presión hacia fuera, que es liberador. En este segundo momento operan no solo las fuerzas oscuras del yo, como en el momento inicial, sino *todas* las fuerzas del espíritu: las inconscientes y subconscientes, claro, pero también las conscientes, la voluntad creadora, las ideas estéticas o filosóficas que inevitablemente el autor posee. Por eso, al final la obra es una -visión del mundo-, o sea más y menos que una -concepción del mundo-".

¹⁰⁸ En el aforismo titulado 'Saber sorprenderse', Nietzsche (s.f) indica que "quien quiera verse tal cual es, debe saber sorprenderse con la antorcha en la mano, pues con las cosas espirituales sucede igual que con las corporales: quien está acostumbrado a verse en el espejo se olvida de que es feo; sólo cuando le retrata un pintor, vuelve a tener la impresión de la fealdad. Pero se habitúa también al retrato y vuelve a olvidarse de su fealdad. Esto responde a una ley general que hace que el hombre no soporte lo que es invariablemente feo, de no ser por un momento: lo olvida y lo niega en cualquier caso. Los moralistas han de contar con ese momento para enseñar sus verdades" (p. 179).

¹⁰⁹ Recuperando las ideas de Unamuno (2017) se podría decir que la identidad hay que buscarla adentro, en las galerías del alma, en la exploración de los ámbitos de lo íntimo, de lo intrahistórico, "así llega el hombre a la penetración íntima de la verdad, a crearla, olvidando la lógica y las apariencias, conducido por la voluntad, por el querer" (p. 16).

En conjunción con lo expresado se podría plantear que el rastreo de dicha subjetividad sentaría las bases para pensar en una filosofía práctica y vital (una filosofía de la existencia), al ser evidente que *Los Ensayos* muestran ejercicios de introspección, embebidos de una reflexión solitaria y permanente por la vida y sus sentidos¹¹⁰.

Siendo esto así, dilucidar las respuestas a la pregunta por la identidad no podría hacerse desde una orientación filosófica científica, sino desde una perspectiva filosófica-literaria, es por ello que los escritos de Montaigne sirven de espejo para dar cuenta de sí mismo, en donde trata de dejar consignada su esencia, el concepto claro y nítido de lo que es¹¹¹.

En consecuencia, esta identidad subjetiva se concreta y desarrolla como identidad narrativa, en tanto es fruto de una construcción discursiva (que libera a Montaigne de un mundo con significados prefijados). Es una identidad que se escribe a sí misma; por ello, el escribir es tanto como juzgarse a sí mismo, y dicho juicio está en función de encarnar la pregunta sobre el conocimiento de sí y de intentar encontrar las respuestas a partir de practicarlas y vivirlas, de recuperar las vivencias, experiencias y emociones las cuales son reflexionadas desde el conocimiento propio acompañadas por el conocimiento y dominio de una vasta literatura adquirida durante su vida. La escritura de sí, siguiendo los planteamientos de Llinàs¹¹², es una manera de llevar a cabo la caza del conocimiento de sí al mismo tiempo que la formación de sí, recreando entonces la idea según la cual cada uno es quien mejor se conoce.

Sin embargo, concebir la identidad desde la mirada de Montaigne tensiona la manera en que filosóficamente se la ha caracterizado, a saber, como categoría que expresa la igualdad de un objeto, de un fenómeno consigo

¹¹⁰ La ejercitación de sí, la introspección continua de cara a acceder a una subjetividad esquiva es un ejercicio que se realiza en soledad, puesto que sólo en ella es posible encontrar el espacio que se necesita para la comprensión de sí mismo, como se expresa en el ensayo denominado "Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros": *"Platón alega con frecuencia este gran precepto: -Haz lo tuyo y conócete a ti mismo-. Cada uno de estos dos elementos implica en general el conjunto de nuestro deber, e implica también a su compañero. Quien deba cumplir lo suyo, verá que su primera lección consiste en saber qué es él mismo y qué le es propio. Y quien se conoce a sí mismo, deja de tomar lo ajeno por propio: se ama y se cultiva antes que a cualquier otra cosa, rehúsa las ocupaciones superfluas y los pensamientos y propósitos inútiles"* (L. I, 3, "Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros", p. 59).

¹¹¹ Como lo indica Llinàs (2012, p. 98), "quién soy yo depende de las circunstancias en las que me he encontrado, de cómo he jerarquizado mis vivencias, de cómo me veo en el mundo, de cómo valoro los hechos".

¹¹² *Ibid.*, p. 97.

mismo. Navarrete¹¹³ menciona que este vocablo, al tener un único significado, “el de su raíz etimológica –latina– *identitas*, es decir, ‘igual a uno mismo’ incluso ‘ser uno mismo’ o lo que se conoce como *principio ontológico (o metafísico) de identidad* ($A=A$)”, muestra las características, cualidades, atributos propios de un objeto o del hombre, los cuales se asumían como fijos e invariables.

Lo anterior se exhibe, por ejemplo, en los filósofos presocráticos como Parménides, quien al hablar sobre el movimiento expresa que éste y la realidad consisten en una sustancia simple, inmóvil e inmutable. Para él, el fundamento de la razón de ser de las cosas no es múltiple y cambiante, sino único y permanente; nada existe ni existirá ajeno aparte de lo que es.

Este planteamiento se puede identificar en el poema de Parménides¹¹⁴; en algunos fragmentos se observa con claridad lo expresado: “Y bien, yo diré -y tú, que escuchas, recibe mi relato- cuáles son los únicos caminos de investigación que hay para pensar: uno, por un lado, <para pensar> que 'es', y que no es posible no ser: es el camino de la persuasión, pues acompaña a la verdad; otro, por otro lado, <para pensar> que 'no es', y que es necesario no ser; te enuncio que este sendero es completamente incognoscible, pues no conocerás lo que no es (pues es imposible) ni lo mencionarás” (fragmento 2); “Queda entonces una sola palabra del camino: que 'es'. Sobre él, hay muchas pruebas de que lo que está siendo es inengendrado e incorruptible, total, único, inconvencible y acabado” (primera parte del fragmento 8)¹¹⁵.

A partir de lo esbozado se presupone, en la perspectiva de la identidad, que ésta es una construcción anclada a su permanencia temporal sin variabilidad alguna (lo que uno es no puede convertirse en lo que no es y si hay un cambio ya no sería lo que es), por tanto eterna e inalterable. Si ello es así la identidad sería un constructo que no tendría lugar a duda ni confrontación en tanto es y daría cuenta entonces de la relación que el ser humano mantiene consigo mismo. De igual manera expresaría que hay solamente un ser, el cual es eterno, inmóvil y no tiene principio ni fin.

Sin embargo, desde Montaigne la identidad adquiere una connotación que presiona y dilata la asunción clásica de este concepto, y consecuentemente el planteamiento de Parménides, en vista que el acento está más en el

¹¹³ Navarrete (2015, p. 464).

¹¹⁴ El poema de Parménides da cuenta de un viaje, de un recorrido emprendido por parte de un viajero el cual culmina exitosamente. Este recorrido es tanto físico como intelectual y representa la forma de obtener el conocimiento a partir de estar en camino como método de acceder a la verdad.

¹¹⁵ Cordero (2005, p. 219).

movimiento¹¹⁶, en los hechos de la vida humana, que en la certidumbre de lo inmutable. Este aspecto es expresado con amplitud en *Los Ensayos*: “Si mi alma pudiera asentarse, no haría ensayos, me mantendría firme; está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba”¹¹⁷.

En esta perspectiva, el concepto, al igual que su concreción fáctica, reflejan una aporía puesto que la identidad “tiene la condición de necesidad y a la vez de imposibilidad”¹¹⁸, mostrando entonces la dificultad de representarse y asumirse de una manera precisa y definitiva, quedando como única opción, hablar de ella. Y así, la identidad da cuenta de la diversidad humana, de la consideración de la pluralidad, del polimorfismo de la existencia¹¹⁹, sentencia que reafirma Montaigne al expresar permanentemente la fluidez de la vida, y a partir de ella, una identidad que hay que verla concretamente, como resultado de una realidad que cambia sin cesar, no desde una manera abstracta.

Visto de esta manera, la identidad no sólo manifestaría la confluencia entre lo particular y lo universal, entre lo individual y lo común, sino que sentaría los cimientos para que el hombre emprenda la tarea de autocomprenderse y autodefinirse como ser diverso que cotidianamente anuncia y enfrenta la novedad de su accionar.

Teniendo como base lo expresado, en el siguiente apartado se desarrollará la idea según la cual se caracteriza *Los Ensayos* de Montaigne como forma de indagación del mundo subjetivo, como la manifestación del retorno del hombre sobre sí mismo en aras de encontrar una sabiduría personal que soporte una vida buena y justa.

¹¹⁶ Podría decirse que la manera de asumir la identidad en Montaigne tiene una correspondencia con los planteamientos de Heráclito, quien afirma que en el mundo las cosas existen, se manifiestan y conservan gracias al cambio, puesto que todo fluye, todo está en movimiento. Guthrie (2010) menciona que para Heráclito “el movimiento y el cambio eran las únicas realidades” (p. 57).

¹¹⁷ L. III, 2, “El arrepentirse”, p. 923.

¹¹⁸ Navarrete (2015, p. 462).

¹¹⁹ Morin menciona que “todo individuo es uno, singular, irreductible. Y sin embargo, al mismo tiempo es doble, plural, innumerable y diverso”, es una unidad múltiple. *Ibid.*, p. 91.

2.2 Los Ensayos de Montaigne como forma de indagación del mundo subjetivo

La aventura intelectual de Montaigne se comprende a partir de *Los Ensayos*, en los cuales muestra bajo el signo de la sospecha los espacios de ubicación, reflexión y expansión de las características del hombre, quien se avizora en el Renacimiento como ‘un nuevo hombre’, el cual está permeado por la crisis de los referentes sociales y divinos, que lo aíslan y lo subsumen en la soledad y el desamparo, siendo un hombre sin metas ni porvenir, sin Dios ni un plan espiritual, y ante esto se refugia en sí mismo y se pregunta por su propia existencia en medio de un mundo desencantado.

Los Ensayos son la expresión de aquello que Montaigne vivenció, sintió o reflexionó en el marco de la época; son como “instantáneas desordenadas que, miradas en conjunto, son capaces de dibujarnos los rasgos esenciales de una fisionomía”¹²⁰, en el cual el hombre va emergiendo poco a poco. Dicha emergencia se facilita puesto que la escritura es un proceso sencillo, natural, ordinario, espontáneo, libre, de autorretrato de un ser humano inacabado. En esta fluctuación de experiencias, emociones y recuerdos se experimenta a sí mismo como algo inestable, como algo contradictorio en razón a que está sometido a las variaciones de sus estados de humor y ánimo.

De ahí que discurrir al tenor de la palabra escrita se convierta en una empresa intelectual que lleva en sí la disposición de quien escribe en relación a permitirse plasmar aquellos aspectos de su vida, de su realidad que denotan interés. Como lo plantea Teller, “quizá ser escritor, en sí mismo, consista en establecer un pacto fáustico. Vender el alma para poder engendrar algo singular y grande. Porque, ¿de dónde surge la idea para una obra? ¿De dónde nace la ficción si no es de la realidad circundante?”¹²¹.

Podría decirse, entonces, que a partir de la escritura Montaigne encuentra/inventa/construye los espacios de ampliación de sus posibilidades, los cuales se hallan enraizadas en su condición de hombre libre y de gentil hombre.

Dicha libertad engloba la responsabilidad de actuar en función con la decisión de haber asumido la iniciativa en pro de fundar una empresa de indagación personal, un espacio íntimo alejado de las determinaciones y responsabilidades sociales, autoregulado a partir del ejercicio de la

¹²⁰ Trias (2003).

¹²¹ Teller (2012, p. 29).

autonomía. El actuar de Montaigne entonces presupone una decisión en consonancia con su libre albedrío, con la posibilidad de ejercitación del juicio y con la elección de alternativas, lo cual lo ubica como amo y señor de su existencia¹²². A partir de lo anterior se caracteriza la escritura de *Los Ensayos* como resultado de un movimiento individual en donde se fusiona experiencia y pensamiento, acción y reflexión en correlación con la intencionalidad de desnudarse, de encontrar la esencia de la existencia¹²³.

Al estar en juego el sentido propio de uno mismo se podría plantear, siguiendo a Sartre¹²⁴, que el hombre está ligado a su existencia, concebida como la cuestión fundamental de su ser, puesto que el hombre empieza primero por existir, por encontrarse a sí mismo y a partir de ahí tiene la posibilidad de surgir en el mundo para posteriormente definirse.

En consideración de lo enunciado se puede expresar que, ante la soledad, al hombre no le queda más remedio que edificarse, constituirse, hacerse, siendo su existencia una creación ligada a su libertad más que a aspectos deterministas. La articulación entre experiencia, autodeterminación y pensamiento, entre idea y acontecimiento, posibilita entender dicha soledad, comprenderla y asumirla de cara a la realización de un ejercicio en donde se pretende liberarse de las ataduras del mundo en pro de reconciliarse consigo mismo.

“Si uno no se desembaraza en primer lugar, a sí mismo y al alma, del fardo que la oprime, el movimiento hará que la aplaste más, como en un navío las cargas estorban menos cuando están en reposo”¹²⁵.

¹²² Como bien lo indica Luckmann (1996, p. 12), “la parte más importante de la existencia humana descansa sobre los actos”; es la forma fundamental de la vida del hombre.

¹²³ A partir de lo expuesto por Arendt (2016) se podría decir que quien se desnuda se encuentra a sí mismo, por tanto ya no es menester seguir en la búsqueda de lo que se es o sentirse sospechoso de insinceridad puesto que se ha quitado el velo que la sociedad le impone a sus miembros. No obstante, en el caso de Montaigne, su develamiento no le permite encontrar de manera satisfactoria su esencia puesto que “... todas las cosas tienen muchos lados y muchas caras” (L. I, 37, p. 275). “No sólo el viento de los accidentes me mueve según su inclinación, sino que además me muevo y agito yo mismo por la inestabilidad de mi postura; y aquel que se observa minuciosamente, apenas se descubre dos veces en el mismo estado. Le doy a mi alma tan pronto un semblante como otro, según el lado al que la inclino. Si hablo diversamente de mí, es porque me miro diversamente” (L. II, 1, p. 394).

¹²⁴ Sartre (1946).

¹²⁵ L. I, 38, “La soledad”, p. 278.

“Retírate en tu interior, pero primero prepárate para acogerte; sería una locura confiarte a ti mismo si no te sabes gobernar”¹²⁶.

“Es una empresa espinosa, y más de lo que parece, seguir una andadura tan errante como la de nuestro espíritu, penetrar las profundidades opacas de sus íntimos repliegues; distinguir y fijar tantos aspectos menudos de sus movimientos. Y es una tarea nueva y extraordinaria, que nos aparta de las ocupaciones comunes del mundo, sí, y de las más valoradas. Hace muchos años que mis pensamientos no tienen otro objeto que yo mismo, que no me examino y estudio sino a mí mismo. Y si estudio otra cosa, es para aplicarla de inmediato a mí, o en mí, por decirlo mejor”¹²⁷.

Al ser esto así, la existencia de cada uno al ir realizando su libertad en las diversas situaciones que le toca vivir, determinaría lo que es; el hombre se hace a sí mismo, su ser no está predeterminado, lo que llega a ser depende de sus elecciones.

Este postulado concretado en la sentencia ‘la existencia precede a la esencia’¹²⁸ muestra que el hombre es ante todo un proyecto, será lo que habrá proyectado ser, y en ese sentido es responsable de sí mismo (no es otra cosa que lo que él se hace). Sin embargo Sartre expone que dicha responsabilidad genera angustia, la cual está asociada a saber que sus actos lo definen y que adicionalmente van a repercutir en sus semejantes, en toda la humanidad. La angustia se expresa al descubrirse desamparado, al recrearse menos en el gozo y más en la vivencia de una crisis que se expresa desde adentro, la cual concreta a un hombre que en sí es angustia, derivada de la obligación de hacerse, de tener la responsabilidad de actuar, de afrontar la carencia de forma y fundamento de la existencia.

En consecuencia el mundo del hombre se construye a partir de la acción individual, es decir, el hombre está en un mundo en el cual ‘es’, si actúa¹²⁹. En esa perspectiva Moran expresa que “la libertad reside en una decisión del intelecto, en el pensamiento autónomo, más que surgir en la acción. Uno puede ser libre y aun así ser incapaz de actuar. La libertad es una postura de

¹²⁶ Ibíd., p. 288.

¹²⁷ L. II, 6, “La ejercitación”, p. 439.

¹²⁸ Sartre (1946).

¹²⁹ El único sentido posible que una vida tiene es dado al vivirla, y por tanto el desafío de vivir auténticamente es el mayor desafío humano.

la conciencia, de hecho la postura fundamental”¹³⁰, puesto que es una autocreación ininterrumpida que expresa y refleja que el hombre está inventándose permanentemente; en ese sentido se está condenado a ser libre puesto que no se puede dejar de elegir, no se puede dejar de estar expuesto al triunfo o al fracaso, a ser un héroe o un cobarde frente al mundo y ante los otros hombres.

El estar ahí, arrojado en el mundo con otros, y con la tarea fundamental de elegir y de ser responsable de aquello que elija, soporta la idea en la cual no hay una esencia humana a la que los individuos se ajusten en razón a que el hombre es su libertad, pero esta libertad está en función de una actuación que sólo se puede presentar con otros y ante otros, por ende, sus elecciones son dirigidas por una proyección del yo ideal en tanto los otros están ahí, mirándole, objetivándolo, convirtiéndolo en cosa, juzgándolo, y ello le tortura, le genera angustia.

En esta perspectiva la conciencia del otro hace que el hombre tome conciencia de sí mismo y de la amenaza que se va a cernir sobre la propia libertad¹³¹, por consiguiente, la libertad constitutiva se reconoce en la angustia, es en ella donde el hombre comprende su ser como libertad originaria, donde tiene la obligación de escoger por sí mismo su ser, puesto que ser para él, es elegirse; así, la libertad de elección se exterioriza en la acción, la cual cobra su significación verdaderamente humana al integrarse en un proyecto que le confiere sentido y que refleja el compromiso del hombre por ser¹³².

Este compromiso muestra al hombre como legislador de sí mismo que se lanza en función de lograr fines trascendentales (la constitución de su subjetividad) a partir de rebasar sus determinaciones para centrarse en el autoconocimiento, en la liberación de las ataduras que le impiden reconocer que no importa si hay o no una divinidad eterna, omnipotente e inmutable, puesto que en últimas no cambia el hecho que el conocimiento propio de sí, la autoedificación es una responsabilidad personal.

¹³⁰ Moran (2011, p. 335).

¹³¹ El hombre es constantemente asediado, arrancado de sí mismo y no es más que lo que los otros quieren que sea, es decir, es un ser para otros; esto va a provocar una inestabilidad y la sensación que el infierno son los otros.

¹³² El hombre se hace, no está todo hecho desde el principio, se hace al elegir su moral, y la presión de las circunstancias es tal, que no puede dejar de elegir una.

Visto de este modo, la libertad de la cual se habla es aquella orientada a la introspección, a la voluntad, a concebirla como un espacio interior en el que se puede escapar de las coacciones externas; es la posibilidad de encontrar y cimentar un refugio en una interioridad en donde el otro no tiene acceso; es la salvaguarda del yo frente a los peligros del mundo. Al respecto Arendt expresa que “la región apropiada de la libertad humana es el dominio interno de la conciencia”¹³³, queriendo indicar con ello que la libertad radica en hacer lo que se quiere, el movimiento libre en la interioridad donde se tiene acceso sin restricción a un yo del que se puede disponer en cualquier momento.

En el siguiente extracto del Ensayo titulado “Unos versos de Virgilio” se muestra cómo dicha responsabilidad está soportada en un ejercicio filosófico vinculado a la búsqueda del conocimiento a través de la experiencia y de la reflexión de las acciones y pensamientos.

"En otros tiempos marcaba los días penosos y oscuros como si fueran extraordinarios. Ahora, para mí, son casi los comunes; los extraordinarios son los bellos y claros. Estoy llegando al punto de estremecerme, como si se tratara de un nuevo favor, cuando no me duele nada. Por más que me deleite, ya casi no puedo arrancarle una miserable risa a este pobre cuerpo. Sólo me alegro en la imaginación y en sueños, para desviar con este ardid la desazón de la vejez. Pero sin duda sería preciso otro remedio que uno en sueños -débil combate del arte contra la naturaleza-. Es una gran simpleza prolongar y anticipar, como hace todo el mundo, las incomodidades humanas. Prefiero ser viejo menos tiempo a ser viejo antes de serlo”¹³⁴.

Al tenor de lo anterior *Los Ensayos* se revelan como un testimonio histórico excepcional de los avances de la privacidad y el individualismo de cara al florecimiento de una subjetividad, en tanto Montaigne da cuenta de su naturaleza como hombre y de su lugar en el mundo. Expuesto de esta manera, *Los Ensayos* se conciben como una especie de moldeador del juicio, de la conducta y de las costumbres de la vida cotidiana, ofreciendo diversas formas de coherencia explicativa en progreso, que muestran la laboriosidad y el deleite de pensar y de desafiar dichos pensamientos, rechazando los caminos teóricos y especulativos de filosofar que prevalecieron bajo los escolásticos desde la edad media, para centrarse en

¹³³ Arendt (2016, p. 232).

¹³⁴ L. III, 5, “Unos versos de Virgilio”, p. 965.

una 'libre investigación', en una concepción de filosofía basada en la práctica del juicio libre.

“Saber de memoria no es saber; es poseer lo que se ha guardado en esta facultad. Cuando sabemos algo cabalmente, disponemos de ello sin mirar el modelo, sin volver la vista hacia el libro. ¡Qué enojosa capacidad la que es meramente libresca! Yo espero que sirva de adorno, no de fundamento, siguiendo el parecer de Platón, para quien la firmeza, la lealtad y la sinceridad son la verdadera filosofía, y las demás ciencias y las que tienen otros propósitos sólo artificio”¹³⁵.

La decisión de Montaigne de utilizar solo su propio juicio en el trato con todo tipo de cosas y su actitud distante hacia la memoria y el conocimiento, son elementos claves en la posición del autor, quien a su vez ratifica que su proceso de pensamiento no está atado a ningún principio doctrinario; por el contrario, practica la filosofía poniendo su juicio a prueba, con el fin de tomar conciencia de sus debilidades y de su fuerza. Aquí la escritura le permite cultivarse, educarse a sí mismo, dejar en libertad la mente de cara a darle paso a la tranquilidad del alma.

“En efecto, la filosofía, que, como formadora de los juicios y de la conducta, será su principal lección, tiene el privilegio de inmiscuirse en todo”¹³⁶.

Al respecto se podría plantear que el texto es una experiencia viva, en la cual Montaigne se expone de cara a encontrar las formas de inserción y acople a las cambiantes reglas de juego de la vida en sociedad en función de una constante búsqueda por dilucidar la condición humana. Preguntarse quién es el hombre remite a una tarea en la que se intenta comprender los elementos en que el hombre puede asirse a sí mismo (si antes era Dios el fundamento y soporte de la vida humana, y ahora es el hombre, ¿por qué el hombre se dedica a la destrucción y aniquilamiento de otros hombres?)¹³⁷.

¹³⁵ L. I, 25, “La formación de los hijos”, p. 187.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 182.

¹³⁷ Como dijera Porfirio Barba Jacob: Mi mal es ir a tientas con alma enardecida / ciego sin lazarillo bajo el azul de enero; / mi pena, estar a solas errante en el sendero, / y el peor de mis daños, no comprendería la vida (oh noche).

Esta búsqueda sustentada desde una perspectiva antropocéntrica, indaga sobre la esencia del ser humano, y aquí, en esta meditación del hombre sobre el hombre Montaigne se asume como objeto de indagación¹³⁸; más que hablar de los otros va a hablar de sí mismo¹³⁹. Lo interesante de este movimiento es que dicho objeto no se lo ve como algo externo al investigador puesto que está encarnado en él mismo. El tomarse a sí mismo como referente de indagación presupone asumirse en la comprensión autorreferencial de la esencia de la existencia humana, intento que se realiza en solitario, visto como aspecto necesario si se quiere encontrar la tranquilidad y sosiego que se requiere para acometer titánica tarea.

Dicha comprensión se debe realizar a partir de asumir la vida desde una perspectiva contemplativa, buscando en los recovecos las respuestas a las indagaciones existenciales. Como lo denota Hadot, “al cuestionar al individuo en los propios fundamentos de su obrar, éste toma conciencia del problema viviente que representa para sí mismo”¹⁴⁰. Problema del cual Montaigne sólo puede decir algo a partir de mostrarnos sus actos reflexionados en *Los Ensayos*, asumiendo entonces cierta postura socrática en la cual centra la mirada en lo que se es y no en los artificios que se poseen. Para Montaigne, al igual que para Sócrates, el preocuparse de sí mismo encierra una obligación moral y a la par es una invitación en pro alcanzar una vida virtuosa y la soberanía de la propia vida.

El llamamiento a la existencia, el valor de la empresa de Montaigne en pro de existir es similar -guardando las proporciones del caso- a lo expresado por el autor principal de la obra de Fallaci¹⁴¹, Alexandros Panagoulis quien en el

¹³⁸ Se puede decir que se instituye un conocimiento filosófico del hombre en tanto es reflexión del hombre sobre sí mismo, y al hacerlo se pretende dar cuenta de la totalidad del hombre a partir del abordaje de su subjetividad. Desde esta mirada el hombre se asume como actor y no como espectador puesto que se sumerge en su interior de cara a encontrar y autoreflexionar sobre su existencia, para poder dar cuenta y comprender la esencia de su vida. Al respecto Buber plantea que “sólo se puede conocer la totalidad de la persona y, por ella, la totalidad del hombre, si no deja fuera su subjetividad ni se mantiene como espectador impasible. Por el contrario, tiene que tirarse a fondo en el acto de autoreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana. En otras palabras: tendrá que ejecutar ese acto de adentramiento en una dimensión peculiarísima, como acto vital, sin ninguna seguridad filosófica previa, exponiéndose, por lo tanto, a todo lo que a uno le puede ocurrir cuando vive realmente” (2014, p. 21).

¹³⁹ El hablar de sí se evidencia cuando Montaigne refiere sobre su relación con el destino, con el mundo de los hombres, con el mundo de las cosas; cuando ilustra sus vivencias y las conecta con la conciencia de la finitud de las mismas en tanto ser que sabe que en algún momento ha de morir. En *Los Ensayos* Montaigne revela su actitud al mostrar el misterio que compone la trama de la vida.

¹⁴⁰ Hadot (2008, p. 37).

¹⁴¹ Fallaci (1983).

marco de su resistencia al régimen militar griego al finalizar la década de 1960, vivenció un permanente acoso y asedio de fuerzas externas que le coaccionaron, lo persiguieron, torturaron y encarcelaron. Montaigne al igual que Panagoulis denota preocupaciones personales sobre la vida y la muerte que lo inquietan, expresadas en un cuestionamiento permanente al tenor de responder a preguntas de la existencia humana. En ambos personajes la vida se muestra en su radicalidad en razón a que no es viable la aventura de la vida si no se la enfrenta de manera decidida y con la claridad que hay de por medio costos personales, como por ejemplo, el reconocimiento de la finitud del hombre, de su fragmentación y disolución¹⁴².

Indagarse a sí mismo denota cierta circularidad del proceso¹⁴³, puesto que desde Montaigne no es viable la fragmentación de la experiencia humana; por el contrario, dicha experiencia se la asume desde una totalidad, convirtiendo la empresa en algo problemático y comprometedor debido a su exigencia: no es solamente preguntar por el hombre, sino reconocer que en el marco de la pregunta se puede saber algo y por eso es viable la pregunta.

El conocimiento esencial de este ser pone de manifiesto una participación real en el saber de lo que hay por saber¹⁴⁴. Y en este panorama la pregunta por el hombre es la pregunta por el propósito de la existencia y también por los lugares que se ocupa en dicha existencia¹⁴⁵.

¹⁴² “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, / y más la piedra dura, porque ésa ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente” Rubén Darío (1982, p. 121).

¹⁴³ La circularidad avoca reconocer que el objeto de indagación es el mismo sujeto que indaga; en esa perspectiva sujeto y objeto se recrean y se buscan mutuamente. Esta implicación dual encuentra asidero en la idea expresada por Hadot (2008) frente a la cual no es posible evadirse de uno mismo. En esta perspectiva, lo que se busca está al alcance de aquel que busca, y la tarea a emprender no es sino develar aquello que se encuentra a la espera de que su dueño descifre las claves para hacer emerger lo oculto. Duda y respuesta se circunscriben en el mismo individuo, mostrando entonces un conocimiento del sujeto mismo que conoce.

¹⁴⁴ Al respecto Buber (2014, p. 20) menciona que “el conocimiento filosófico del hombre es reflexión del hombre sobre sí mismo, y el hombre puede reflexionar sobre sí únicamente si la persona cognoscente, es decir, el filósofo que hace antropología, reflexiona sobre sí como persona”. “Sólo puede conocer la totalidad de la persona y, por ella, la totalidad del hombre, si no deja fuera su subjetividad ni se mantiene como espectador impasible. Por el contrario, tiene que tirarse a fondo en el acto de autorreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana” (p. 21).

¹⁴⁵ “Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca” (Borges, 1984, p. 121).

Lo anterior se puede exhibir a partir del escudriñamiento sobre la identidad, la cual se la podría caracterizar, siguiendo los planteamientos de Sanfélix¹⁴⁶, a partir de la enunciación de varias preguntas: ¿quiénes somos, por qué somos tal, cómo hemos llegado a ser, no sólo en sentido autobiográfico, sino también en un sentido más amplio, histórico y universal.

Para avanzar en la resolución de las mismas Montaigne se vale de la escritura -enmarcada en *Los Ensayos*-, vistos como un espacio donde se muestra y a la vez se refleja, como un espacio de despliegue de la subjetividad reconfigurada a partir de la reflexión en la cual Montaigne dice de sí en diversas formas, poniendo en tensión permanente lo que ha sido, es o pretende ser. La variedad de formas de decir que recaen sobre él mismo expresan sus experiencias de vida, su trasegar, el movimiento de la vida en aras de conquistar cierta sabiduría¹⁴⁷.

Atendiendo a lo enunciado la escritura de sí subsume el conocimiento de sí y al mismo tiempo la formación de sí, apoyándose en un método distante del científico o el formal, para darle paso a un método más filosófico-literario, que posibilita que el autor francés se describa tal como se ve y que ponga por escrito sus impresiones de cara a juzgarse por su interior.

Desde esta óptica Montaigne escribe porque necesita comunicar algo -su particular visión del mundo-, pero sobre todo decir algo de sí, conocerse¹⁴⁸ en la cual se anuncia el advenimiento de un hombre diferente al resto de los mortales, alguien que centra la mirada en las márgenes, en los vericuetos, en el abismo de lo que significa ser un ser humano. Al ser el ensayo un camino y un paseo intelectual que conduce a diferentes lugares de ensoñación, posibilita que su autor se otorgue cierta libertad complaciente, debido a que la elaboración de sus escritos están en íntima conexión con un retorno a una condición pérdida de vida, como por ejemplo la de los griegos¹⁴⁹. Uno de sus máximos exponentes, como lo fue Sócrates, trata de responder a la inquietud sobre la naturaleza y realidad última del hombre, frente a su esencia.

¹⁴⁶ Sanfélix (1997).

¹⁴⁷ "El hombre cabalga sobre el misterio del ser y trata de distinguir en cada acto lo que es de lo que no es; en cada momento configura una distinción y un discernimiento. El hombre afirma, asevera, juzga con su mero existir. Es y existe. En cuanto es, presenta y representa el ser. En cuanto existe, subsume la nada en su vivencia para afirmarse en el ser" (Guillén, 2005, p. 178).

¹⁴⁸ "El hombre se torna acto (actualidad) y no va a ninguna parte porque ya está ahí, afirmado en su estar siendo, decidiéndose en cada enfrentamiento en los hechos (acto) y admirando la gravedad de lo que tienen enfrente" (Guillén, 2005, p. 171).

¹⁴⁹ En la medida en que escribir es vivir, es andar, es travesía, "el ensayo se mueve entre el riesgo y la seguridad; entre la aventura y el orden" (Urriago, 2010, p. 67).

Estipula que el hombre es su alma, es lo que lo diferencia específicamente de cualquier otra cosa. Para él, el alma es la razón, la sede de la actividad pensante y ética; es el yo conciente, la conciencia y la personalidad intelectual y moral; en consecuencia, cuidar de sí mismo implica cuidar el alma.

El conocerse a sí mismo involucra un conocimiento del alma, y es a partir de una subjetividad argumentada que Montaigne se traduce y reconfigura en *Los Ensayos*, siendo este ejercicio embebido por el juicio y por una postura estética; es el artista configurando un arte que a su vez lo reconfigura en perspectiva dialógica. No obstante, es menester indicar que dicho conocimiento se concibe no desde una posición egocéntrica, sino desde una postura en la cual desea mostrarle a otros formas diferentes de erigir la vida propia y la vida colectiva, debido a que “no hay en la tierra un ser humano capaz de declarar quién es, con certidumbre. Nadie sabe qué ha venido a hacer a este mundo, a qué corresponden sus actos, sus sentimientos, sus ideas, ni cuál es su nombre verdadero, su imperecedero nombre en el registro de la luz”¹⁵⁰.

Montaigne acomete la empresa para tratar de dar cuenta del hombre, de aproximarse a su verdad (buscada, contemplada y disfrutada como tal), al significado de la vida humana, a su origen y al lugar que se ocupa en la existencia. Plantearlo de esta forma implicaría, por un lado, asumir que el hombre es el verdadero artífice de su propio conocimiento, y que no hay acción más noble y preeminente que ocuparse de aquellas tareas que lo aproximen al conocimiento último de las cosas, al deseo puro de conocer y de contemplar la verdad; y por otro, reconocer que por diversos medios se llega a un mismo fin (el autoconocimiento).

Centrar la reflexión en la experiencia anecdótica presupone colocar un énfasis en aspectos morales, en el derecho que tiene cada persona para ser libre de desarrollarse a su gusto, a su propia manera. Al respecto Taylor enuncia que la comprensión de la acción humana y sus capacidades características, implica reconocer la existencia de “nuevas concepciones del bien y nuevas localizaciones de las fuentes morales: el ideal de autorresponsabilidad, junto a las nuevas definiciones de la libertad y la razón que lo acompañan, y el sentido de dignidad conectado con ello”¹⁵¹.

¹⁵⁰ Guillén (2005, p. 173).

¹⁵¹ Taylor (1996, p. 193).

El hombre que se hace a sí mismo a su imagen y voluntad (puesto que puede ser lo que quiera), denota su capacidad de decisión y de elección según sus intereses y deseos, capacidad que está soportada en una libertad autoregulada debido a que puede escoger su propio destino, y por ende, es responsabilidad suya encontrarse a sí mismo. Esta libertad expresa su indeterminación, su naturaleza cambiante y su carácter creador a partir de las elecciones que realiza; lo anterior posibilita que tenga una nueva conciencia de sí mismo al mirar hacia al mundo y hacia las posibilidades que le ofrece.

Si bien antes el hombre puede reconocerse como raza, pueblo, partido, institución, familia u otra forma cualquiera de lo general, Montaigne anuncia y coloca como centralidad el poder de lo subjetivo, la necesidad del hombre de mirarse hacia su interior puesto que la salida ante los males del mundo es hacia adentro, y en esa perspectiva si se admite lo que se es, se puede obtener lo que se quiere.

El ensayo es, entonces, un campo de combate en donde se presentan tres contiendas simultáneamente. Por un lado, están las fuerzas del pasado y del futuro que chocan en un eterno presente; por otro lado, se encuentra la pugna entre las determinaciones sociales y la emergencia del individualismo que privilegia la autonomía y la libertad; finalmente, la lucha del hombre consigo mismo de cara a develar su esencia.

Estas contiendas se subsumen y se desplazan por parte de Montaigne en la indagación de su subjetividad, puesto que solamente a partir de ella y por ella es viable soportar puntos de vista sobre los diversos temas y problemas que conlleva la existencia humana. El conocimiento del mundo y de sí a partir de la propia situación, la representación in situ de los pormenores de la vida están regidos a un compromiso de participación, responsabilidad y autenticidad en donde se espera trascender de una cotidianidad sin sentido, al conocimiento pleno de lo que significa ser un hombre y del significado de su vida en el mundo.

Teniendo como referente lo enunciado, la empresa de Montaigne expresa la conjunción entre libertad y responsabilidad, siendo estos aspectos los que se desarrollarán en el siguiente apartado.

2.3 La actividad de ensayarse como tarea moral

La indagación en relación al conocimiento de sí no solamente engloba que quien la enuncie se asuma desde una perspectiva existencial, sino que también implica una postura en relación a aquello que se considera bueno, deseable, socialmente aceptable, o, desde Montaigne, aquello que posibilite una vida buena, una vida virtuosa. Lo anterior apunta a ofrecer una salida posible a las condiciones de vida cambiantes y miserables de la época, en la que los hombres del momento no se han detenido a configurar en perspectiva de humanidad su presente y futuro.

“Si no sacamos de nosotros mismos la ley de obrar bien, si la impunidad nos resulta justicia, ¡a cuántas clases de maldad tenemos que abandonarnos cada día!”¹⁵².

Desde el autor bordelés, la disquisición sobre sí conlleva una serie de reflexiones en relación a aquellos aspectos a tener en cuenta para alcanzar las virtudes de un buen hombre; reflexiones que al tenor de la época se anuncian como un deber, por ende la intención de Montaigne de elucidar los aspectos que puedan cimentar una subjetividad emergente, propia, personal¹⁵³.

Con referencia a lo anterior Buber menciona que “cuando se disipa una imagen del mundo, esto es, se acaba la seguridad en el mundo, pronto surge un nuevo interrogar por parte del hombre que se siente inseguro, sin hogar, que se ha hecho cuestión de sí mismo”¹⁵⁴, el cual se concreta en la indagación sobre lo que se debe hacer. Al respecto Montaigne responde que

¹⁵² L. II, 16, “La gloria”, p. 725.

¹⁵³ Fierro y Roncallo (2014) expresan que “frente al miedo y la ansiedad, la alternativa subjetiva se presenta como salvación” (p. 207). En Montaigne se puede denotar que no son los otros los encargados de asegurar la vida, sino que es tarea de cada quien armarse y apropiarse de las herramientas que posibiliten la continuidad de la vida en condiciones dignas y humanas; en consecuencia, es menester actuar rectamente de cara a asegurar la vida del hombre. Así lo indica Nietzsche (s.f) al indicar que “la moral es, primero, un medio de conservar la comunidad en general y de evitar su aniquilamiento: en segundo lugar, constituye un medio de mantener la comunidad en un determinado nivel y de asegurar algunas de sus cualidades” (p. 63). Si bien la lectura del autor centra su mirada en los demás, Montaigne no desconoce la importancia del buen vivir colectivo, no obstante, su método apunta a pensar en sí mismo como acto primordial para poder entender lo que significa y representa la vida del hombre. Al estudiarse busca encontrar la mejor forma de actuar correctamente para sí, por conexión, dicho actuar tendría una incidencia en la forma de relacionamiento con los demás.

¹⁵⁴ Buber (2014, p. 33).

el movimiento fundamental es verse a sí mismo, conocerse de cara a gobernarse, ser el amo de sí mismo.

“Cada cual forja su fortuna con su comportamiento”¹⁵⁵.

“Cada cual según su conciencia concibe en su corazón esperanza y temor por sus actos”¹⁵⁶.

Lo anterior supone ser amigo de sí mismo de cara a cuidarse y ocuparse de sí. Al recuperar el mandato Socrático, Montaigne señala que el principio básico de la vida virtuosa presupone reorientar la mirada, desplazarla desde lo externo, desde el mundo de los hombres y las cosas, hacia el mundo interior, hacia uno mismo; buscar lo que conviene y rechazar lo que daña.

“... el inicio de toda virtud es la reflexión y la deliberación, y que su fin y perfección es la constancia”¹⁵⁷.

Este desplazamiento presupone interpretar las acciones realizadas de cara a identificar la intención que subyace a las mismas. Dilucidar sobre la responsabilidad de lo actuado es para Montaigne la manera de encontrarse a sí mismo en los hechos. A partir de intentar explicar sus actos busca comprenderse como autor de los mismos, adentrarse en la interioridad de cara a develar las intenciones tras el actuar¹⁵⁸.

“En cuanto al mando, que parece tan dulce, considerando la flaqueza del juicio humano y la dificultad de elegir en cosas nuevas y dudosas, estoy muy convencido de que es mucho más fácil y más grato seguir que guiar, y de que constituye un gran descanso para el espíritu poder limitarse a mantener la vía trazada y a responder de uno mismo”¹⁵⁹.

Esta búsqueda de la y en la interioridad se puede evidenciar, por ejemplo, en Séneca, quien discurre en relación al análisis de sí mismo en concordancia con el descubrimiento de las maneras más adecuadas para dirigir el actuar. Lo anterior se observa cuando menciona que “la sabiduría consiste en no

¹⁵⁵ L. I, 42, “La desigualdad que hay entre nosotros”, p. 329.

¹⁵⁶ L. II, 5, “La conciencia”, p. 428.

¹⁵⁷ L. II, 1, “La inconstancia de nuestras acciones”, p. 391.

¹⁵⁸ Para Muñoz (1993, p. 110) “El hombre debe vivir de acuerdo con la naturaleza y el poder hacerlo supone la habilidad sistemática de percibir los hechos y razonar correctamente sobre ellos”. A partir de lo anterior se lograría el conocimiento pleno de sí, y finalmente, se alcanzaría la sabiduría.

¹⁵⁹ L. I, 42, “La desigualdad que hay entre nosotros”, p. 324.

apartarse de ella y formarse según su ley y su ejemplo”¹⁶⁰, o cuando indica que “el hombre feliz es aquel para quien nada es bueno ni malo, sino un alma buena o mala, que practica el bien, que se contenta con la virtud, que no se deja elevar ni abatir por la fortuna, que no conoce bien mayor que el que puede darse a sí mismo, para quien el verdadero placer será el desprecio de los placeres”¹⁶¹.

Esta perspectiva soporta la importancia del juicio recto, del control de las acciones de cara a adecuarlas en función de lograr una verdadera felicidad, la cual reside en la virtud. Desde Séneca se muestra que la indagación de sí mismo reside más en la valoración de lo actuado, que en una reflexión sobre el sentido profundo de dicho obrar, esbozando de esta manera una perspectiva de la moral anclada a la interioridad y a la dilucidación de las intenciones de quien actúa¹⁶².

En Montaigne esto se evidencia al utilizar su propio juicio como soporte de su reflexión, la cual pretende identificar los motivos que indujeron al sujeto a obrar de una determinada manera.

“... los demás no te ven, te adivinan mediante conjeturas inciertas; ven no tanto tu natural como tu artificio. Así pues, no te atengas a su sentencia; atente a la tuya. Debes emplear tu propio juicio”¹⁶³.

Al esbozarse desde esta perspectiva Montaigne expresa la necesidad de “tener establecido un modelo por dentro con el cual examinar nuestras acciones”¹⁶⁴, modelo que propugna por el registro de los acontecimientos en conjunción con la búsqueda de los motivos ocultos de los mismos. Es un deseo de honradez que contrasta con el reconocimiento de las máscaras que otros llevan en tanto no les interesa el conocimiento de la propia condición.

“Hay quien tiene la vista clara, pero no la tiene recta, y por lo tanto ve el bien y no lo sigue”¹⁶⁵.

¹⁶⁰ Séneca (2001, p. 50).

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 51.

¹⁶² “Y, si quieres poner atención, te darás cuenta de que una gran parte de la existencia se nos escapa obrando mal, la mayor parte estando inactivos, toda ella obrando cosas distintas de las que debemos” (Séneca, 1986, p. 96).

¹⁶³ L. III, 2 “El arrepentirse”, p. 926.

¹⁶⁴ *Ibid.*

¹⁶⁵ L. I, 24, “La pedantería”, p. 175.

A ellos, la felicidad del existir se concreta en un obrar sin sentido, casi mecánico, determinado por las exigencias externas, mientras que en Montaigne, la existencia es un enigma que genera interrogaciones, angustia y terror. Frente a ella es menester definirse y comprenderse a sí mismo de modo único e irrepetible, y para ello se requiere considerar que “el bien se alcanza por vía del autoconocimiento y por la autodefinición que cada uno pueda hacer de sí mismo”¹⁶⁶.

Al respecto Hadot indica la importancia de formar el espíritu, de ejercitar el pensamiento en función del hombre, ese objeto de investigación inaprensible, puesto que “para poder soportar los golpes de la fortuna, la enfermedad, la pobreza, el exilio, hay que prepararse por medio del pensamiento para su eventualidad”¹⁶⁷. Es un viaje del pensamiento hacia la formación del hombre, hacia su orientación en la vida y elevación a una forma de sabiduría.

“... en la incertidumbre y perplejidad que nos procura la impotencia para ver y elegir lo más conveniente, dadas las dificultades que entrañan los distintos accidentes y circunstancias de cada cosa, a mi juicio lo más seguro, si otra consideración no nos incita, es refugiarse en la opción en la que haya más honestidad y justicia, y puesto que se duda sobre el camino más corto, seguir siempre el recto”¹⁶⁸.

De ahí que la finalidad de *Los Ensayos* sea el conocimiento de lo propio de sí, anunciando un modo de vida como promesa de libertad y felicidad. En esta perspectiva dilucidar lo que uno puede llegar a ser en función del conocimiento propio conocimiento, requiere de una forma narrativa, en tanto la narración es una apertura que indica que el camino virtuoso es el camino a la verdad, vivir plenamente y hacer de la vida una obra de arte.

Montaigne escribe para ser, para atestiguar su conversión como hombre que se designa a sí mismo en la acción, en la enunciación y en la asunción de responsabilidades. En consecuencia, “... el descubrimiento y consolidación de la identidad se convierte ante todo, en una tarea individual que debe ser llevada a cabo de manera racional y responsable”¹⁶⁹, definida en función de la interioridad.

¹⁶⁶ Fierro y Roncallo (2014, p. 208).

¹⁶⁷ Hadot (2009, p. 138).

¹⁶⁸ L. I, 23, “Resultados distintos de la misma decisión”, p. 160.

¹⁶⁹ Fierro y Roncallo (2014, p. 204).

En relación con lo expresado, Navarro indica que la reflexión moral que atestigua Montaigne no busca “la adecuación al modelo preestablecido del sabio, ni la purificación de su alma por la expiación de sus pecados, sino el desarrollo de un conocimiento íntimo de sí mismo, un profundo acto de autoconsciencia que aspira a lograr una identidad plenamente humana”¹⁷⁰.

En esta perspectiva, al asumirse como sujeto moral, Montaigne se designa a sí mismo en la acción de retratarse en *Los Ensayos*, en donde enuncia y asume la responsabilidad de cuidar de aquello que es suyo, de lo que depende de sí mismo. Cabe agregar que este movimiento de formación o transformación de sí mismo a la luz de sus escritos revela una operación estética y ética, en vista que sienta las bases y guías para vivir a partir de la comprensión crítica de las razones sobre el actuar cotidiano.¹⁷¹

La tarea del hombre es entonces movilizarse de cara a reconocer y asumir lo que tiene frente a sí: su humanidad, su vida, la cual hay que esculpir como si fuera una obra de arte, dotarla de los atavíos necesarios para vivir con mayor honestidad. Si “*en todas partes se puede obrar bien o mal*”¹⁷², y “*cada cual forja su fortuna con su comportamiento*”¹⁷³, el llamado que hace Montaigne gira en torno a moderar las emociones, ejercitar el buen juicio y saber cómo vivir¹⁷⁴. Para lograr lo anterior es necesario retratarse, adquirir la conciencia de sí mismo, soportar de manera permanente y consciente lo que se es a partir de la narración permanente de las vivencias del espíritu.

Ante lo planteado, el siguiente capítulo abordará la relación entre escritura e identidad, en el entendido que es a partir de *Los Ensayos* que Montaigne soporta las bases para vivir plenamente de cara a alcanzar la sabiduría.

¹⁷⁰ Navarro (2003, p. 90).

¹⁷¹ Sobre la consideración anterior, Séneca (1986) menciona que “lo superfluo nos hace sudar; ello es lo que nos desgasta la toga, lo que nos obliga a envejecer en la tienda de campaña, lo que nos empuja hacia regiones extranjeras: lo suficiente está al alcance de la mano” (p. 106).

¹⁷² L. II, 38, “La soledad”, p. 276.

¹⁷³ L. II, 42, “La desigualdad que hay entre nosotros”, p. 329.

¹⁷⁴ Para Bakewell (2017) la humanidad del hombre radica en “comportarse de una manera que no sea simplemente ordinaria, sino ordenada (regulada, metódica, regular, moderada...). Significa vivir apropiadamente, o *à propos*, de modo que uno estime las cosas según su valor correcto, y se comporte de la manera que corresponde adecuadamente a cada ocasión” (p. 249).

3. LA IDENTIDAD NARRATIVA: VIAJE Y APRENDIZAJE PERSONAL

En *Los Ensayos* se expresa la convergencia entre una identidad personal (subjetiva) y una identidad narrativa, en razón a que Montaigne a partir de sus escritos pretendió develarse a sí mismo, sumergirse en las profundidades de sí para dar cuenta de lo más íntimo y personal de su existencia. Este ejercicio, anclado al proceso de narrarse, muestra entonces que la identidad es resultante de la articulación entre acción, reflexión y escritura, siendo entonces sus escritos posibilidad estructurante de la identidad. Al denotar lo anterior, se está enunciando que en Montaigne hay un interés en dejar esbozada su identidad a partir del texto, lo cual está en consonancia con la pretensión de edificarse a la par de la construcción de sus escritos.

Al respecto Marcús refiere que “las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él. Necesitamos entenderlas como producidas en lugares históricos e instituciones específicas, en formaciones discursivas y prácticas específicas, a través de estrategias enunciativas específicas”¹⁷⁵. En esta perspectiva la identidad va más allá de un proceso anclado a la estructuración de la personalidad, a saber quién se es con respecto a otros hombres, en tanto que presupone la consignación de los relatos relacionados con el actuar en el mundo, y fundamentalmente, la reflexión que sobre dicho obrar se realiza. Por supuesto, y como se ha mencionado, el accionar de Montaigne y el posterior ejercicio de deliberación hay que entenderlo al tenor de la época en que transcurrió la vida del autor bordelés; los cambios en las esferas de la vida social, al igual que el conflicto religioso, fue el escenario en donde Montaigne emprendió su viaje personal, el cual mostró a un hombre que se pensó a sí mismo en función del conocimiento que intentó extraer de sí de cara a lograr una autodefinición¹⁷⁶.

De hecho, Montaigne nos muestra su actuar, el cual está enmarcado en las vivencias cotidianas, en los actos públicos y privados que se concretan en una temporalidad determinada, los cuales expresan la variabilidad del trasegar diario y el dinamismo de las posturas personales, así como la inestabilidad de los comportamientos, de las opiniones, de las emociones.

¹⁷⁵ Marcús (2011, p. 190).

¹⁷⁶ “Perteneciendo a una época de incertidumbres y desordenes, signado por los delirios de los pensamientos, la insensatez de los comportamientos, las melancolías y las muertes, el autor de *Los Ensayos* se esfuerza por protegerse de las amenazas de su siglo como condición sine qua non para alcanzar la felicidad” (Rodríguez, 2006, p. 2).

“Nuestra forma común es seguir las inclinaciones del deseo, a la izquierda, a la derecha, hacia arriba, hacia abajo, según nos arrastre el viento de las ocasiones. Sólo pensamos lo que queremos en el instante que lo queremos, y cambiamos como ese animal que adopta el color del sitio donde lo ponen. Lo que nos hemos propuesto ahora, lo cambiamos poco después, y poco después volvemos sobre nuestros pasos; no es sino oscilación e inconstancia”¹⁷⁷.

A la luz del relato anterior, Montaigne declara que ante el movimiento humano es necesario fijar la esencia de la subjetividad debido a que el hombre es incapaz de decirse a sí mismo de manera concreta y definitiva. Esta necesidad se erige como propósito de vida fundamental de cara a que el hombre logre la conquista de cierta sabiduría que lo ubique en una perspectiva de trascendencia. Con la finalidad de alcanzar lo anterior, el plasmarse, el representarse, el pintarse, se convierte en el método que le permite a Montaigne pensar su vida, recrearla, concretarla al tenor de la mutabilidad del tiempo y del espíritu. Es una escritura práctica, o por decirlo de otra manera, es la práctica de la vida vuelta escritura, puesto que Montaigne se escribe a sí mismo buscando establecer su identidad a la luz de un proceso permanente de reflexión en donde las historias que cuenta son correlativas a la identidad que pretende edificar¹⁷⁸.

En este panorama, al ir más allá del relato de su actuar, Montaigne sienta el fundamento de la comprensión del mundo subjetivo, de aquello etéreo que busca dilucidarse y confinarse en la seguridad de lo escrito.

Esta construcción narrativa emanada a partir de un hombre capaz de acción, busca colmar el vacío constitutivo de la existencia, de ahí que a partir de la reflexión Montaigne procure alcanzar y mostrar sus rasgos identitarios, en los cuales se evidencia la articulación entre lo inmutable y lo cambiante, entre la permanencia y la no permanencia. Así lo indica cuando expresa que *“Nuestra acción no es más que un agregado de piezas”¹⁷⁹*, y el pensamiento que le acompaña es un objeto que no tiene forma determinada.

¹⁷⁷ L. II, 1, “La inconstancia de nuestras acciones”, p. 329.

¹⁷⁸ Villoro (2002, p. 34) afirma que “puesto que el hombre es actividad transformadora, elección de posibilidades que proyecta, es entonces trascendencia”. Lo anterior está en consonancia con el ideal del hombre del Renacimiento, el cual elige para sí una realidad propia en donde debe forjar para sí su propio ser.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 396.

“Describo sobre todo mis pensamientos, objeto informe, que no puede convertirse en producción efectiva. A duras penas puedo inscribirlo en el cuerpo aéreo de la voz”¹⁸⁰.

Al no tener certezas frente a la esencia de nuestro ser, Montaigne proclama la necesidad del hombre de divagar en las profundidades de sí, de convertirse a sí mismo en centro de reflexión, buscando replantearse y revelarse. Esta reflexión, filosófica, muestra la exploración del hombre sobre sí mismo, quien se asume como objeto privilegiado de estudio e indagación. Lo anterior es posible en tanto Montaigne deja claro que el acceso a la interioridad es una tarea que cualquier hombre puede emprender.

“... cada cual constituye una enseñanza excelente para sí mismo, con tal de que tenga la capacidad de espiarse de cerca. Esto no es mi doctrina, es mi estudio; y no es la lección de otros, es la mía”¹⁸¹.

No obstante implica que quien la asuma debe ubicarse desde una perspectiva de hombre afortunado puesto que va a hablar de su vida y del vivir. *“No hay descripción tan ardua como la descripción de uno mismo, ni ciertamente tan útil”¹⁸²*, empresa que apuntala hacia el cultivo y conquista de la virtud. Vivir, entonces, *“supone una manera de estar en el mundo, una manera que debe practicarse de continuo y que ha de transformar el conjunto de la existencia”¹⁸³*. Al plantearse de esta forma, se asiste a la emergencia de una forma de vida que propugna por la reflexión honesta de la experiencia personal, en donde la escritura mostraría la diversidad de la propia vida.

“Sudamos con abundancia, temblamos, palidecemos y nos ruborizamos por las sacudidas de nuestras figuraciones, y, tumbados en la cama, sentimos el cuerpo agitado por su impulso, a veces hasta la expiración”¹⁸⁴.

En esta perspectiva, Mielgo expresa que *“tratándose la vida de todo cuanto sólo a nosotros nos suceda, y pudiendo sólo vivir nuestra vida individual e intransferible, a primera vista parecería reconfortante concluir que nuestra*

¹⁸⁰ L. II, 6, “La ejercitación”, p. 441.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 439.

¹⁸² *Ibid.*, p. 439.

¹⁸³ Hadot (2006, p. 236).

¹⁸⁴ L. I, 20, “La fuerza de la imaginación”, p. 125.

vida, la única que hemos vivido y la única de la que tenemos genuino conocimiento, merece ser plasmada en un texto”¹⁸⁵.

Dicho merecer está en correspondencia con un llamado vital, a saber, la necesidad de la sinceridad, la honradez y la responsabilidad con la propia vida; para ello es menester saber de ella, tratar de ver aquello cotidiano que a la vez está oculto a los ojos de quien observa.

Ya lo indica Montaigne cuando refiere que *“hay que hablar claro, debe mostrarse lo que hay de bueno y de limpio en el fondo del tarro”*¹⁸⁶. Esta claridad está en consonancia con el deber que tiene el hombre sobre sí mismo; de fundamentar una reflexión permanente, propia, íntima, personal, de cara a acceder a un conocimiento verdadero de sí.

En este panorama, Montaigne nos muestra la historia de una vida reflexionada, que se explaya y concreta en la permanente narración de sí; una historia contada e interpretada, donde “el relato es la dimensión lingüística que proporcionamos a la dimensión temporal de la vida”¹⁸⁷. El contar, el narrar, articula y organiza la variabilidad de la experiencia subjetiva, así, la escritura es el retrato que Montaigne ofrece y se ofrece a sí mismo; es la puesta en escena de una vida meditada bajo los propios preceptos; una perspectiva sobre el mundo personal a interpretar¹⁸⁸.

*“... nada hay tan contrario a mi estilo como una narración extensa -me interrumpo con mucha frecuencia por falta de aliento; no tengo composición ni desarrollo que valgan, ignoro más que un niño las frases y los vocablos que sirven para las cosas más comunes; por eso he optado por decir lo que sé decir, acomodando la materia a mi fuerza”*¹⁸⁹.

¹⁸⁵ Mielgo (2011, p. 10).

¹⁸⁶ L. I, 18, “Que nuestra suerte debe juzgarse sólo tras la muerte”, p. 105.

¹⁸⁷ Ricoeur (1999, p. 342).

¹⁸⁸ Para Weinberg (2009) el acto de interpretación “es a la vez una forma de intelección del mundo y de participación en y de ese acto de intelección. Se trata además de enunciar, un hacer diciendo, un decir haciendo, arraigado en el presente, en el acto de enlazar situación y situación enunciativa con enunciado y sentido” (p. 29). En consonancia con lo anterior, “... el acto de reflexionar y entender el mundo se traduce en una serie de recorridos: el movimiento del pensamiento, el vuelo de la mente, se convierten en dramatización de un proceso mental, de un viaje intelectual” (p. 121).

¹⁸⁹ L. I, 20, “La fuerza de la imaginación”, p. 136.

Este ejercicio subjetivo deja en un segundo plano las determinaciones sociales y culturales, para darle primacía al mundo interior, al cual se accede en soledad y alejado de las preocupaciones cotidianas¹⁹⁰. Lo anterior, como decisión estratégica de cara a alejarse de las determinaciones sociales que alteran el adentramiento en el mundo interior.

Al respecto Raga indica que en Montaigne se muestra el rechazo de lo ajeno, de lo exterior, debido a que contamina la búsqueda, la tarea a alcanzar, a saber, “discernir lo que nos pertenece”¹⁹¹. Ello implica el rechazo a la vanidad, a la presunción, a los avatares de la costumbre.

El aporte del autor deja la puerta abierta para indagar y determinar aquello que pertenece al hombre, frente a lo cual, la respuesta esbozada por Montaigne será el vivir para sí mismo, premisa que presupone un dominio de sí, una libertad interior y un ideal de autosuficiencia en función de alcanzar por sí mismo la felicidad¹⁹².

“En todo y por todas partes mis propios ojos me bastan para mantenerme a raya: no hay otros que me vigilen de tan cerca, ni que yo respete más”¹⁹³.

Esta respuesta no es posible si no hay ocasión de hablar de sí, de pintarse, de retratarse, puesto que dicho acto permite soportar un conocimiento propio en función del develamiento de la esencia del hombre, y en consecuencia de la condición humana. Desde Montaigne, sus ensayos, son posibilidad interpretativa, en la cual se identifica una interrogación crítica, una indagación por fuera de los cánones establecidos; es, en palabras de Forster¹⁹⁴, la “expresión de una escritura desfondada, abierta, multívoca y celosa amiga de la metáfora”, la cual según el autor, configura una artesanía de la sospecha.

¹⁹⁰ Para Desan (2017, p. 19) “Every retirement implies the taking of a position and a reaction with regard to a particular conjunctural situation in which the individual concludes that he no longer has a place”. “Cada retiro implica la toma de una posición y una reacción con respecto a una situación coyuntural particular en la que el individuo concluye que ya no tiene un lugar” (Traducción propia).

¹⁹¹ Raga (2010, p. 39).

¹⁹² Lo anterior de cara a partir de este mundo “mejor y más contento” (L. II, 28, “Todas las cosas tienen su hora”, p. 813).

¹⁹³ L. I, 22, “La costumbre y el no cambiar fácilmente una ley aceptada”, p. 140.

¹⁹⁴ Forster (s.f, p. 2).

“Vemos que el alma, en sus pasiones, prefiere engañarse a sí misma, formándose un objeto falso y fantástico, incluso en contra de su propia creencia, a dejar de actuar contra alguna cosa”¹⁹⁵.

“Deseo singularmente que nos juzguen a cada uno por sí mismo, y que no me deduzcan de los ejemplos comunes”¹⁹⁶.

Al tenor de lo anterior, y como se ha indicado, la identidad sería fruto de una construcción discursiva, en donde el arte de componer el escrito es correlativo a la estructuración de la identidad. Conocerse, entonces, consistiría en un ejercicio de autointerpretación soportado en la suspensión del juicio articulado con la narración de una vida ordinaria y corriente, que se concreta en el relato escrito. A partir de lo enunciado, *Los Ensayos* serían como un laboratorio donde se desarrollan experiencias de pensamiento en función de la reflexión de sí, de las divagaciones de la imaginación; es autocreación permanente, y nunca inacabada, de la historia de una vida; la puesta en práctica del verbo *essayer*.

Desde los postulados de Ricoeur, somos narratividad, “nos encontramos entramados al ser la narración de un relato, de un entrecruzamiento de diversos relatos pasados y presentes. La subjetividad queda constituida como un texto, como síntesis de lo heterogéneo”¹⁹⁷, en donde el modo de ser de Montaigne se revela al hablar de sí mismo, mostrando entonces una conciencia de la autoindividualidad, del valor de la agencia humana. En esta misma línea de pensamiento el autor indica que “el conocimiento de uno mismo consiste en ser una interpretación de sí mismo”¹⁹⁸, y a partir de ahí se podría asumir la identidad como posibilidad, en donde el acto de pensar soporta el acto de preguntarse y de narrarse. Mediante la enunciación de sí mismo en la escritura, Montaigne interviene en el curso de su vida develando los rasgos de su ser. Expresado de esta manera *Los Ensayos* se asumirían como un viaje, donde se explayan las posibilidades de dialogo entre el pasado y el presente, entre lo establecido y lo cambiante, porque, en palabras de Burke, “todo movimiento nos revela”¹⁹⁹, iluminando lo oculto, lo no sabido, lo no conocido.

¹⁹⁵ L. I, 4, “Cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos”, p. 67.

¹⁹⁶ L. I, 36, “Catón el joven”, p. 269.

¹⁹⁷ (n.d, p. 339) Tomado de: <https://textosontologia.files.wordpress.com/2012/09/identidad-narrativa-paul-ricoeur.pdf>.

¹⁹⁸ Ricoeur (1999, p. 227).

¹⁹⁹ Burke (1985, p. 54).

El viaje le permite a Montaigne aprender de sí, hacer conciencia de sí mismo en función de comprender los vericuetos de la existencia, por ende *Los Ensayos* se vuelven un campo para probarse pero también para asumirse en actitud combatiente en función de dar cuenta de territorio de la subjetividad que no ha sido conquistado. Entre la sospecha y la experimentación, la escritura de *Los Ensayos* apuesta por la expansión de lo humano en momentos de caos y barbarie, expansión que apuntala una identidad móvil, dinámica, en tanto es fruto de los movimientos de quien busca detentarla. Con esta enunciación se indica que la indagación sobre la identidad pasa por experimentar lo que significa la vida humana, experimentación que requiere de un catalizador (*Los Ensayos*) que permita volver sobre lo andado en perspectiva de configuración y reconfiguración de lo que se es.

Ya lo expresa Hadot al indicar que “al cuestionar al individuo en los propios fundamentos de su obrar, éste toma conciencia del problema viviente que representa para sí mismo”²⁰⁰. En Montaigne la preocupación por sí mismo muestra el llamamiento existencial de comunicar la experiencia del existir, de acceder a otro nivel de lo humano, en donde el autor es su propio referente.

*“No imagino ningún estado para mí tan insoportable y horrible como tener el alma viva y afligida sin ningún medio para manifestarse”*²⁰¹.

*“No escribo mis acciones, me escribo yo, mi esencia”*²⁰².

Lo anterior se puede comprender a partir de los planteamientos de Villoro, quien indica que el hombre del renacimiento, el hombre moderno, es un pequeño mundo, un microcosmos; “el hombre está constituido por distintos niveles de ser que reflejan, en pequeño, los del universo. El hombre reproduce el todo, es en sí mismo un pequeño todo”²⁰³, cuya potencia estriba en que puede llegar a ser lo que se proponga, lo que elija.

Articulando lo anterior a Montaigne, se podría expresar que al elegir su tarea se autoconfigura, se autodetermina, construye su propio mundo en función de la recuperación de una subjetividad imperfecta, común e insignificante. Si a la luz de sus capacidades, de su raciocinio y de su libertad, el hombre puede erigir algo nuevo, *Los Ensayos* serán la concreción de la representación de la naturaleza humana en acción, la cual muestra un

²⁰⁰ Hadot (2008, p. 37).

²⁰¹ L. II, 6, “La ejercitación”, p. 436.

²⁰² *Ibid.*, p. 441.

²⁰³ Villoro (2002, p. 24).

emparejamiento entre la imagen de sí y un discurso de sí. En esta unidad autosuficiente se exhibe la polifonía de voces que reclaman un estatus de autenticidad, de validez y verdad, de ahí que la relación entre autor y obra se concreten y recreen en la variedad de discursos que señalan la importancia del viajar, más no de llegar a un destino²⁰⁴.

“... te aseguro que me hubiera gustado muchísimo pintarme del todo entero y del todo desnudo”²⁰⁵.

Desde Llinàs, el viaje no completado, la dilucidación de lo que Montaigne es y pretende conocer de sí, será el resultado de las circunstancias que ha vivido, de la jerarquización de las vivencias, de cómo se ve en el mundo que le rodea, de cómo valora los hechos²⁰⁶, en otras palabras, de la recuperación de la historia vital en función de la transformación de la razón y la experiencia, la cual queda fijada en *Los Ensayos*, sin embargo, Montaigne como ser de carne y hueso continua indicando lo dinámico de la existencia humana, y aquí, lo fijo y lo dinámico no encuentran un punto que los ponga a la par puesto que si la esencia de Montaigne está en sus escritos, ¿qué pasa con el autor que los produce?.

Esta circunstancia donde Montaigne es juez y parte, narrador y protagonista de la narración, es irresoluble, debido a que no es posible poner al mismo nivel la identidad personal (construida a partir de su nacimiento, en las circunstancias cotidianas) y la identidad que se pretende determinar en *Los Ensayos*. Llinàs al igual que Raga²⁰⁷ denotan esta situación, planteando entonces una situación paradójica que muestra lo infructuoso de la búsqueda²⁰⁸.

Sin embargo, ante este callejón sin salida, Montaigne expone una manera particular de entender la filosofía, asumida como el arte de vivir, en tanto que su accionar fija la idea según la cual la actividad fundamental del ser humano debe ser la afirmación del vivir, afirmación que debe estar

²⁰⁴ Arendt (2016) refiere que el ensayo como forma literaria, como ejercicio intelectual, se aleja de la pretensión de mostrar una totalidad de elementos para darle paso a “una secuencia de movimientos que, como en una suite musical, están escritos en idéntica tonalidad o en tonalidades afines. La secuencia misma está determinada por el contenido” (p. 31).

²⁰⁵ Palabras de advertencia al lector con que abre la obra (p. 50).

²⁰⁶ Llinàs (2012, p. 63).

²⁰⁷ Raga (2010).

²⁰⁸ Al no tener la pretensión de fundamentar una verdad absoluta, un conocimiento universal del hombre, Montaigne nos muestra a partir de *Los Ensayos* que probar, enjuiciar, ensayar es un acto filosófico conducente a alcanzar la sabiduría.

emparejada con una aceptación de sí.

*Mi arte y mi habilidad se han empleado para hacerme valer a mí mismo; mis estudios, para aprender a hacer, no a escribir. He dedicado todos mis esfuerzos a formar mi vida. Ése es mi oficio y mi obra. Soy menos artífice de libros que de cualquier obra*²⁰⁹.

*“Mi oficio y mi arte es vivir”*²¹⁰.

El acto de escribir forma la vida, por ende, la identidad es la articulación de las distintas piezas en las que Montaigne se va configurando. Así lo refiere Thiebaut al indicar que “quizá la única forma de conocimiento de sí -saber quiénes somos- sea este saberse a trozos, en diferentes con-textos, en diferentes momentos, con ocasión de diversos -y ajenos- aconteceres”²¹¹; es la emergencia de la conciencia reflexiva de estar – siendo.

Montaigne asume la acción de vivir como su tarea fundamental, su ocupación, su oficio, su obra capital, como lo indica Rodríguez²¹², “el arte de vivir es un proceso permanente de desconstrucción-construcción a través del permanente ensayarse, probarse; atiende a la necesidad de hacer una plástica subjetiva, intransferible y nunca acabada”, en donde el ensayo se asume como una ejemplificación de sí mismo al encontrarse una correspondencia entre la forma del ensayo y la forma de sí.

Para Montaigne, el narrarse se convierte en un modo de interpretar su mundo subjetivo, la consignación de sus relatos sientan las puntadas para la construcción de sí, para expresar la temporalidad profunda de la existencia, y construir a su vez una idea de hombre y de mundo de los hombres.

*“Ciertamente, no es poco tener que gobernar a otros habida cuenta de que para gobernarnos a nosotros mismos se presentan tantas dificultades”*²¹³.

²⁰⁹ L. II, 37, “La semejanza de los hijos con los padres”, p. 902.

²¹⁰ L. II, 6, “La ejercitación”, p. 440.

²¹¹ Thiebaut (1990, p. 181).

²¹² Rodríguez (2006 p. 8).

²¹³ L. II, 42, “La desigualdad que hay entre nosotros”, p. 324.

De los anteriores planteamientos se deduce que el conocimiento del hombre no se da de manera directa e inmediata, sino que requiere de la mediación de la palabra volcada en la escritura, puesto que a partir de ella se consigna para la posteridad las acciones realizadas y las reflexiones que se deriven de ellas. En consecuencia, la pregunta por la identidad se responde apelando a la narración de la historia de vida de quien se interroga, o como lo refiere Betancur, “es una autocomprensión dinámica, que vamos constituyendo, de nosotros mismos, por lo cual debe ser abordado mediante el estudio de lo que dice el hombre de sí mismo, es decir, a través del lenguaje y de los símbolos”²¹⁴.

En referencia a lo planteado, y para reafirmar lo expuesto en el presente capítulo, a continuación se desarrollará el apartado que da cuenta de la relación entre *Los Ensayos* y la autoedificación personal que su autor acomete a partir de ellos.

3.1 Los Ensayos como ejercicio de sí y como posibilidad de autoedificación personal

Como se ha indicado, y con el propósito de asentar lo declarado en otros apartados del presente documento, para Montaigne la escritura de *Los Ensayos* se establece en función de un recorrido por las entrañas de la subjetividad, en perspectiva de identificar los rasgos constitutivos de la propia vida. La escritura le permite al autor bordelés la ejemplificación de sí mismo a partir de un escarbamiento y un develamiento permanente de aquello que lo erige como sujeto de indagación, más que de certezas. La posibilidad de conocerse y juzgarse desde la propia interioridad no es más que una apuesta por hacer suya la experimentación de la vida, la cual se reflexiona, se resignifica y se transfigura a partir de una operacionalización estética reflejada en la escritura.

En este escenario, el repliegue del mundo y el adentramiento en la subjetividad en pro de encontrar lo propio de sí, es una llamada vital, a la par que una necesidad existencial, en vista que sólo quien se conoce podrá a ciencia cierta hablar con propiedad de lo que significa vivir como hombre, ser un hombre. La escritura, entonces, revelará aquello que estaba oculto tras el velo de lo cotidiano y lo determinado por las convenciones y ocupaciones sociales.

²¹⁴ Betancur (2005, p. 97).

No obstante, para Montaigne, transitar por esta intencionalidad implica reconocer que más que investigar por la esencia del hombre, es menester identificar algunos rasgos que posibiliten delinear su contorno. En esta línea de pensamiento Burke expresa que “supuesto su deseo de total honradez, y su conciencia de las máscaras que otros llevan, Montaigne sólo podía tratar algunos de sus temas centrales discutiendo acerca de sí mismo”²¹⁵. El discutir sobre temas personales como sus humores, sus dolores, la relación con las mujeres, sus viajes, las experiencias relacionadas con sus cargos públicos, entre otros aspectos, muestran a un hombre en permanente ejercicio, en actitud vigilante de todo aquello que le acontece en pro de decantar los pormenores de su obrar²¹⁶.

“... jamás nadie penetró más en su materia, ni escrutó con más detalle sus elementos y consecuencias”²¹⁷.

El adentrarse en la interioridad con el propósito de descubrir lo oculto de lo evidente, la esencia de sí, el sentido de la vida, la particularidad específica de la condición humana, conlleva la reflexión permanente sobre las experiencias vitales en clave de la recreación de un ideal de vida de corte filosófico en donde se promulga la determinación del hombre a partir de los actos que realiza²¹⁸. Al poner como referente la autonomía y el cultivo de la interioridad, Montaigne muestra que la vida es una obra de arte, la cual hay que esculpirla en función de erigir al hombre, de mostrarlo en su condición natural. Sobre la base de lo indicado, la escritura de sí devela la apertura del hombre que se moviliza en pro de obtener una sabiduría personal; se escribe para ser, para mostrar los movimientos que posibilitan la autoedificación personal.

Esta *praxis* personal, cargada de una libertad y una responsabilidad para consigo mismo, presupone para quien acometa la empresa de conocerse, dilucidar el tipo de vida que se requiere para alcanzar la felicidad, para vivir conforme a la naturaleza humana. Ya lo refiere Montaigne al expresar que

²¹⁵ Burke (1985, p. 52).

²¹⁶ Para Hernández (2007), hay en Montaigne una “disposición teórico-práctica, pues aquel que se estudia no sólo tiene una posición teórica que lo sitúa frente a lo que investiga, sino que además, y dado el estudio que está en cuestión, el que investiga tiene la totalidad de su vida involucrada en el asunto” (p. 4).

²¹⁷ L. III, 2, “El arrepentirse”, p. 924.

²¹⁸ González (2011) apoyándose en los planteamientos de Gadamer menciona que “las vivencias producen en el ser, el deseo de emprender la aventura de una investigación, a partir de entonces son intencionales, se traducen en estructuras de sentido, se registran, se abarcan como actos de conciencia” (p. 126).

"es vivir felizmente... lo que constituye la dicha humana"²¹⁹, es la única felicidad efectiva y concreta frente a las pretendidas grandezas del hombre.

De ahí que es menester hablar con propiedad de lo que se sabe a primera vista, revelar, reflexionar y traducir lo cotidiano asumiendo la suspensión del juicio, puesto que si bien las experiencias propias son fundamentales en el autoconocimiento, no se puede fiar completamente de las experiencias sensoriales en tanto hay en el hombre una incapacidad para encontrar un conocimiento verdadero fuera de todo cuestionamiento. Ya lo menciona al referirse a las causas de ciertos sucesos, (por ejemplo los motivos que ocasionan el mareo), frente a lo cual *"no podemos estar seguros de la causa principal; reunimos unas cuantas, a ver si por azar es una de ellas"*²²⁰.

Al mencionar lo anterior se revela la imposibilidad de un conocimiento verdadero, cierto, estable, en tanto que por un lado, el filósofo no es un científico, sino un sabio que desea vivir bien, y por otro, el hombre es asumido como ignorante de todo aquello que le atañe a él; por ello, Montaigne al ubicarse en una aptitud de suspensión del juicio, puede asumirse en actitud contemplativa y alcanzar la tranquilidad de espíritu. En consecuencia, la examinación de la existencia humana, de la propia subjetividad, reconociendo que se sabe lo que no se sabe, posibilita viajar libremente y sin restricciones, recorrer la condición humana en pro de proveer aproximaciones y decantar lograr algunas certezas.

*"Nada es único y raro con respecto a la naturaleza, aunque sí con respecto a nuestro conocimiento, que es un miserable fundamento de nuestras reglas, y que nos suele presentar una imagen muy falsa de las cosas"*²²¹.

En efecto, las movilizaciones en perspectiva de la determinación de lo que el hombre conoce de sí mismo, presupone reconocer y aceptar la experiencia de manera adogmática, vivir conforme la naturaleza, prepararse para conseguir la tranquilidad de ánimo y la prudencia en todas las cosas; autoafirmarse, autodominarse, disponerse para asumir lo inevitable de la existencia²²².

²¹⁹ L. III, 2, "El arrepentirse", p. 937.

²²⁰ L. III, 6, "Los carruajes", p. 1031.

²²¹ *Ibid.*, p. 1043.

²²² Desde Montaigne el afianzamiento del hombre sobre su propia humanidad se convierte en una tarea capital puesto que filosofar es el ejercicio de preparación para la muerte, así lo indica en el ensayo "Que filosofar es aprender a morir", al expresar que *"la meta de nuestra carrera es la muerte, es el objetivo al que nos dirigimos"* (p. 109). Si bien es menester conducir la vida de manera ordenada, vivir conforme la naturaleza, también es importante

En los marcos de las consideraciones anteriores, se observa claramente una concepción de hombre asumido como posibilidad interpretativa en tanto que al decirse se evidencia la conexión entre vida y pensamiento, entre obra y reflexión, revelando entonces, que al retratarse, el hombre no es quien pensaba que era. La escritura es por tanto soporte de fijación, una forma de inmortalizar la vida del hombre y su búsqueda de la felicidad al mostrar quién es y qué espera de la existencia.

"En cuanto a mí, puedo desear en general ser otro; puedo condenar mi forma general y disgustarme de ella, y suplicar a Dios por mi completa reforma y por la disculpa de mi flaqueza natural. Pero a esto no debo llamarlo arrepentimiento, me parece, como tampoco a mi desagrado por no ser ni ángel ni Catón. Mis acciones se ajustan y se acomodan a lo que soy, y a mi condición. No puedo hacerlo mejor"²²³.

De cara a alcanzar este propósito, Séneca refiere la necesidad "que el hombre no se deje corromper ni dominar por las cosas exteriores y sólo se admire a sí mismo, que confíe en su ánimo y esté preparado para cualquier fortuna, que sea artífice de su vida"²²⁴. Este mensaje refleja una máxima que posibilitaría que el hombre se salvara a sí mismo con respecto a las tribulaciones asociadas a la crisis de la existencia. En conjunción con lo enunciado, la filosofía tendría una connotación medicinal, casi terapéutica, al proporcionar las reglas para que el hombre oriente su vida en pro de un buen vivir. En ese sentido Quiroz expresa que "aquello que depende del destino o del azar no es bueno para el hombre, sino que lo realmente valioso para el hombre es su acto inteligente y visionario, su actuar hacia un fin de contenido propio y que sea controlado y no un fruto de la casualidad"²²⁵.

Como puede observarse, la declaración moral de Séneca y el aporte de Quiroz indica, en palabras de Hadot²²⁶, ejercicios espirituales que guiarían no sólo alcanzar un bienestar, sino la sabiduría, siendo entonces el centrar la atención en sí, una especie de terapéutica filosófica, una forma de lograr la autoedificación personal.

aprender a no tener miedo de morir debido a que hace parte del orden de la vida, al igual que es parte indisoluble de lo que es el hombre. El alistamiento ante la muerte durante la vida le permite al hombre vivir sin temor, sentirse libre de toda sujeción.

²²³ L. III, 2, "El arrepentirse", p. 933.

²²⁴ Séneca (2001, p. 61).

²²⁵ Quiroz (2013, p. 133).

²²⁶ Hadot (2006).

Para quien acometa esta empresa, este propósito supone, no solamente dominar las pasiones²²⁷ (recurriendo a los medios que tenga a su alcance), sino también asumir un compromiso existencial, representado en la decisión de hablar de su propia vida, de conversar consigo mismo, de movilizarse hacia la apertura, hacia el deseo de transformación; ahí descansa la génesis de la experiencia filosófica.

En Montaigne, su modo de ser, se revela hablando de sí, su autoedificación se da a partir de las conversaciones que sostiene consigo mismo, las cuales al plasmarse en *Los Ensayos* le permiten definirse y comprenderse de modo único e irrepetible, dándole legitimidad a su existencia, la cual se promulga y se fija en la posteridad a partir del lema: escribir es filosofar, filosofar es vivir.

Significa entonces que si bien Montaigne se configura desde la interioridad, requiere del concurso de los demás, del lector, para afianzar las conquistas obtenidas en relación a la invención de sí, a la autocomprensión y autodefinición de lo que es capaz el hombre.

Hecha la observación anterior, en el siguiente apartado se enunciará el lugar del lector dentro del entramado de reflexiones presentes en *Los Ensayos*, lugar que lo coloca como aquel que certifica, da testimonio de las verdades y certezas develadas por Montaigne.

3.2 Escritura, identidad y alteridad

Como ejercicio de pensamiento, la escritura denota una apuesta por transitar por infinidad de temas, cuestiones y asuntos, los cuales buscan ser comprendidos para reafirmarlos, cuestionarlos o rebatirlos. A partir de la escritura, Montaigne pudo desplegar su capacidad de crítica y reflexión en pro de la reconfiguración permanente de su existencia.

En este panorama, y como se ha ilustrado, la escritura permite que el hombre se conozca, así como también es un ejercicio de liberación de las ataduras del mundo, de los compromisos públicos y sociales; de la crisis del hombre. Al expresarse de esta manera, se está indicando que la escritura de

²²⁷ “El hombre que ha dominado sus pasiones ha entrado en posesión del territorio más fecundo, igual que un colono que se ha adueñado de bosques y pantanos. La tarea más urgente e inmediata es sembrar en el terreno de las pasiones vencidas la semilla de las buenas obras espirituales. Dominar no es sino un medio, no un fin. Si se interpreta de otra manera esta victoria, crecerá toda clase de hierbas y de cizañas en el fecundo terreno, y pronto empezará todo a prosperar y a prosperar con más impetuosidad que antes” (Nietzsche, s.f, p. 66).

Los Ensayos funge como posibilidad constituyente de verdad, la cual se instituye a partir del reconocimiento de la mutabilidad del hombre, lo que desemboca en un proceso permanente e inacabado.

Si la vida del hombre es un perpetuo fluir, si ningún conocimiento será cierto porque todo se mueve²²⁸, Montaigne estaría indicando que el saber de sí es una cuestión abierta, que podrá concretarse a partir del lector, el cual es el receptor y depositario de las revelaciones que el autor bordelés va anunciando en sus relatos. La escritura de sí, el ensayarse, no es más que la promulgación de una invitación para que el lector se asuma como juez, como evaluador de la sinceridad y la honorabilidad de quien se muestra desnudo, ordinario y normal.

“Escribo mi libro para pocos hombres y para pocos años”²²⁹.

Esta invitación ubica a *Los Ensayos* en un escenario público puesto que lo que se desea es compartir con otros el proceso de introspección y confiarle los hallazgos obtenidos. Para Weinberg “el ensayista busca, por una parte, dar cuenta de su propia experiencia; por otra, proponer un tema de discusión y de interpretación; por fin, entregar al lector la clave de un ejercicio espiritual a la vez que llevar a cabo la firma de un contrato de lectura, de interpretación, de veridicción”²³⁰.

En esta perspectiva, el ensayarse, y el plasmar lo ensayado en lo escrito recrea el diálogo, las conversaciones que Montaigne se propone entablar con lectores concretos.

“La mitad de la palabra pertenece a quien habla, la otra mitad a quien la escucha”²³¹.

Así pues, el lector, al ser un confidente de las revelaciones, se vuelve un amigo del escritor debido a que se presta para expresar sus opiniones frente a lo revelado, opiniones que son sinceras, al igual que lo escrito por el autor.

²²⁸ En el ensayo titulado *Los carruajes*, Montaigne afirma que “no avanzamos, más bien giramos y damos vueltas de acá para allá; andamos sobre nuestros pasos. Me temo que nuestro conocimiento es endeble en todos los sentidos. No vemos ni muy lejos ni muy atrás. Abarca poco y vive poco, tan limitado en extensión de tiempo como en extensión de materia” (p. 1042).

²²⁹ L. III, 9, “La vanidad”, p. 1127.

²³⁰ Weinberg (2009, p. 40).

²³¹ L. III, 13, “La experiencia”, p. 1249.

A partir del establecimiento de reglas de juego, se sentarán las condiciones del contrato de lectura con el que se busca la interpretación de la obra. Así lo indica el perigordino al anunciar que sus escritos se han elaborado de buena fe, y en ellos asiste la intención de mostrarse ante los demás de manera simple, natural y común²³².

El ponerse al descubierto de manera sincera refleja los valores que Montaigne quiere transmitirle al lector, a saber, la responsabilidad de asumir lo que dice sin ningún tipo de pretensiones ni subterfugios. De esta manera el contrato que se establece tiene un horizonte moral y ético debido a que lo escrito refleja el talante de quien escribe, en tanto que el lector se asumirá como una persona que no le interesa ni causará ningún daño al escritor.

Al respecto Montaigne afirma que *“es un excelente medio para ganarse el ánimo y la voluntad de otros someterse a ellos y tenerles confianza, con tal de que sea libremente y sin la constricción de ninguna necesidad, y de que sea a condición de manifestar una confianza pura y neta, con al menos el semblante libre de todo escrúpulo”*²³³.

Podría decirse que en la relación escritor-lector se presenta una perspectiva de una escritura elaborada a varias manos puesto que el lector, a través de las interpretaciones que realice, completará lo escrito, lo nutrirá y cargará de nuevas significaciones. Así pues, se observa claramente, que si bien la obra literaria da cuenta de la vida del autor, es algo que pertenece a lo público debido a que el escritor necesita un intermediario, un interlocutor que reconozca y afiance su condición de autor.

“uno debe arreglarse, y uno debe ajustarse y componerse para mostrarse en público. Pues bien, yo me engalano sin descanso, ya que me describo sin descanso”²³⁴.

Dicho afianzamiento es la piedra angular del autoconocimiento, puesto que el lector ratifica y da prueba de la identidad del autor y de su obra.

En efecto, la confianza que Montaigne deposita en el lector²³⁵, la apertura de la obra al escrutinio público, es coherente con la idea según la cual el otro es constitutivo, hace parte de un conocimiento y de una experiencia de sí. Sin el

²³² Palabras de advertencia al lector con que abre la obra (p. 50).

²³³ L. I, 23, “Resultados distintos de la misma decisión”, p. 163.

²³⁴ L. II, 6, “La ejercitación”, p. 440.

²³⁵ “Libero al otro a su antojo de tener mis condiciones y principios, y le considero simplemente en sí mismo, sin relación, y lo visto según su propio modelo” (L. I, 36, “Catón el joven”, p. 268).

lector no se podrá afirmar la condición de autor, ni tampoco podrá declarar que si bien el escritor es espectador de sí mismo y del mundo, requiere la ratificación de lo elaborado a partir de la lectura de su obra.

En consecuencia, el lector es el mediador para que Montaigne logre su identidad, con él establece una relación existencial, un pacto comunicativo como condición de la mirada de sí. Así pues, el dilucidar la identidad implica, para el autor, la salida de sí mismo para llegar a sí mismo²³⁶, constituido como sujeto que se descubre en su permanencia y en la interrelación con otros. Si el ensayo es el lugar del autorretrato, la lectura hecha por el lector fungiría como escenario de confirmación de aquellos rasgos delineados por Montaigne con respecto a su identidad.

Si bien el libro es el lugar donde tiene asidero la identidad, Montaigne proclama la necesidad que las figuras de sí sean completadas con la lectura, para evitar, como lo menciona Llinàs, “ser un caníbal que se devora a sí mismo”²³⁷.

Como puede observarse, la relación entre ensayo, ensayista y lector, soporta una triada que configura una perspectiva de la identidad como una unidad múltiple, en donde es a partir de las distintas piezas, que Montaigne se va configurando. Al indicarlo de esta manera, se está afirmando que hay una polifonía de voces que influirían en la dilucidación de la identidad; por un lado estaría el texto escrito el cual poseería mejor información de lo que puede pretender la opinión del escritor; por otro lado está el autor, quien muestra una dualidad incluyente (su faceta como escritor y como protagonista de la obra); y finalmente, el lector, quien asume la tarea de lectura en correspondencia con la dilucidación de los criterios de verdad expuestos en el texto y representados en el escritor.

Así pues, la identidad que Montaigne pretende develar, muestra que ésta es una construcción temporal e inacabada debido a la presencia de las constantes interpretaciones y revisiones de lo escrito por parte del escritor y del lector. Esta supervisión permanente soportarían rasgos identitarios, más que una identidad como tal, puesto que mostrarían dos yoes, el que está plasmado en la obra y el de carne y hueso, que se contrapondrían entre sí.

²³⁶ La identidad sólo se hace con los otros puesto que no es posible que el yo se pueda reconocer y distanciarse al mismo tiempo de sí mismo.

²³⁷ Llinàs (2006, p. 67).

Ante esto Montaigne declara que si bien su identidad se gesta en soledad, y está encarnada en sus escritos, ella nunca será privada, puesto que para que sea, requiere ratificarla a partir del accionar del lector. Se es auténtico en otra parte, el escrito, y además se es prisionero de él. La salida avoca apoyarse en otro que descubra la llave de la prisión y resuelva el misterio de la oscuridad²³⁸.

²³⁸ El misterio de la oscuridad, con su brillante luz perturba mi ser, todo en ella está presto a mis sentidos, todo en ella embarga mi ser, sin embargo observo lo inalcanzable de lo finito, lo volátil de lo existente, y en ese momento me pregunto: ¿será cierto lo que ven mis ojos? No hay una respuesta fácil a semejante pregunta, no hay una respuesta inmediata frente a aquello que es tan sutil como enigmático, solo se que no hay luz al final del túnel (me acuerdo de ti Sábado, si... porque en todo caso hay un solo túnel, oscuro y solitario... el mio). Y entonces, en qué radica la belleza de la oscuridad, por qué me atrae su brillantez? Cual caminante sin faro, me aferro a tu luz; oscuridad amiga, oscuridad amada. Desearé dejar de gozarme tu compañía? Como sinfonía sin fin, me aferro a ti, me entrego a ti, aunque se que el camino, nuestro destino, ya está establecido... tu conmigo y yo contigo, juntos en una danza íntima, nuestra... en una danza en círculos, donde no hay comienzo ni final; porque lo que representas para mi es indescriptible, y desde allí, desde lo inconmensurable, te digo... bienvenida (Elaboración propia).

4. CONCLUSIONES

A lo largo del documento se han exployado variadas maneras de entender y asumir el ensayo, a saber: forma de ejercitación del juicio y ejercitación de sí; diálogo que refleja el ejercicio del vivir y del pensar; constelación de representaciones y significaciones asociadas a vivencias y reflexiones; camino, travesía, paseo intelectual que muestra el riesgo y al mismo tiempo la seguridad de quien pretende transitar por ellos; la consumación ética y estética de la posibilidad del autodescubrimiento en función de un determinado ideal de vida individual; medio de transformación individual; piedra angular de la redefinición de lo que significa ser hombre; zona de frontera, un espacio fruto de las sensibilidades, las memorias y las identidades de quien los escribe; escenario de expresión de las propias contradicciones en el marco de la transfiguración, de la conversión de su propia vida; moldeador del juicio, de la conducta y de las costumbres de la vida cotidiana; espacio de despliegue de la subjetividad reconfigurada a partir de la reflexión donse se muestra y a la vez se refleja lo propio del hombre; un laboratorio donde se desarrollan experiencias de pensamiento en función de la reflexión de sí, de las divagaciones de la imaginación; autocreación permanente, y nunca inacabada, de la historia de una vida en donde se explayan las posibilidades de diálogo entre el pasado y el presente.

Al hacer hincapié en las diversas consideraciones sobre el ensayo, se denota, en primer lugar, la prevalencia de aquella concepción que lo caracteriza como un espacio, como un lugar físico que permite plasmar la subjetividad, al representar y reflejar la condición humana en acción. Como escenario de recreación de las vivencias del hombre, el ensayo problematiza lo sabido sobre él mismo, repensando y confrontando lo que se conoce de él con las diferentes tradiciones de pensamiento que pretenden dilucidar su esencia. Significa entonces que el ensayo es una experiencia viva en vista que posibilita sentar para la posteridad la indagación del hombre por el hombre, de sus vínculos consigo mismo y con el mundo en razón a la responsabilidad que le asiste como ser histórico, social y ético.

En segundo lugar, el ensayo se asume como un campo de combate, al poner al hombre de cara a un presente de definiciones y a un futuro de acciones a emprender que ha postergado en razón a lo que siente, piensa y anhela. Al considerarlo de esta forma, se está indicando que el ensayarse es una forma de probarse, de resistir y hacerle frente al miedo de lo venidero, a lo incierto de la vida.

Por miedo corremos, herimos, estamos en constante fuga; por miedo nos llamamos móviles, nos vendemos simulacros, nos escondemos de nosotros mismos y de los demás; por miedo herimos y dejamos que un cristal valioso se quiebre en mil pedazos; y después qué?. Somos una oda al miedo, nos paraliza, nos impide reconocer que hay que enfrentar las luchas en solitario y también con otros.

El ensayarse, es entonces, una manera de decir que se dejará de tenerle miedo al miedo, de anunciar la certeza de lo incierto en confabulación con la necesidad de la seguridad. A partir del ensayo y del ensayarse se explayan los giros en la mirada, en los ángulos de visión que expresan el caminar del hombre en el mundo, en el que se propugna dejar tras de sí las huellas que permitan cimentarse en la cotidianidad de la existencia.

A partir de *Los Ensayos* Montaigne revela como sus sentires embriagan la tranquilidad del corazón, como las estaciones reflejan los cambios y la diversidad de los tiempos, al igual que la finitud del tiempo y del espacio dentro de la inmensidad del horizonte.

En tiempos de turbulencia signados por las decisiones que el hombre debe tomar, el autor bordelés invita a pensarnos más allá del tiempo y el espacio, a desear enunciar las preguntas que no se han hecho, que no se han dicho, en correspondencia con la única finalidad de la vida, la preparación ante la muerte.

Finalmente, como ejercicio de recreación del mundo y de las movilizaciones del hombre para acomodarse en él, el ensayo muestra la polifonía de la existencia humana, anunciando el modo de vida que se lleva y aquel que se debe cultivar, a saber, asumir una manera filosófica de comportarse, la cual pasa por la realización permanente de ejercicios de introspección²³⁹ de cara a tomar conciencia de sí.

²³⁹ Introspección. Un día cualquiera; situaciones, acontecimientos, hechos, vivencias... cotidianidad, y aun así... eme aquí, divagando al tenor de la noche, de la luna y las estrellas, dejando que transcurran los minutos, permitiendo que estas emociones profundas sigan habitando en mi corazón, y así, con la paciencia de quien ahora contemplar la vida y contemplarse a sí mismo en ella, abandonarme a la locura de la ensoñación, de la creación, de la contemplación. ¿Algo existe del otro lado de lo ilógico?. La razón, ¡no!; la fe, ¡quizás!; el corazón, ¡tal vez!; la invención de lo cotidiano, ¡posiblemente!. El sentido de la conquista en tensión con la inmensidad del caos, ¡sí!, algo así planteaba Sabato en su libro "Antes del fin". Amigo Ernesto, gracias por acompañarme el día de hoy, y contigo en mis pensamientos, habito en la trascendencia de lo cotidiano, y me doy cuenta que no estoy solo, estoy acompañado. ¿Y qué tengo para ofrecer?. La abstracción de lo imposible de lo real. No hay una respuesta pertinente, sensata, cuerda, reflexionada, solo estoy yo... tal vez esa sea la solución al acertijo.

Si el ensayo es una posibilidad y el ensayarse una obligación, Montaigne nos estaría diciendo lo imperativo de vivir la vida asumiendo la toma de conciencia de sí, puesto que solamente a partir de ella el hombre puede tomar posesión de lo que le compete; su existencia, la cual requiere conducirla filosóficamente, con arreglos a fines y propósitos particulares, tal como se expresa en el ensayo “La ejercitación”, al declarar que *“cada cual constituye una enseñanza excelente para sí mismo, con tal de que tenga la capacidad de espiarse de cerca. Esto no es mi doctrina, es mi estudio; y no es la lección de otros, es la mía. Y, sin embargo, no se me debe echar en cara que la comunique. Lo que me sirve a mí, puede también, accidentalmente, servir a otro”*. En efecto, ante la pregunta por cómo vivir, el autor bordelés expresa que hay que dejar que la vida sea la propia respuesta; la vida debe ser un objetivo en sí misma, un propósito en sí misma.

Si al ensayarse se recrea la escritura de la subjetividad como reflejo de la condición humana, preguntar por la identidad en *Los Ensayos* supone la apertura hacia la interrogación por las maneras de ser y estar en el mundo. A partir de lo anterior la identidad se concretaría en la perspectiva de definir quién y cómo es el hombre, frente a lo cual Montaigne sienta la idea que indica que lo más relevante es saber la manera en que se orienta y se conduce la vida.

Si el ensayarse es la oportunidad de delinear los contornos del hombre, y el ensayo la bóveda celeste que posibilita el registro incesante del dinamismo del hombre, la indagación por la identidad sería aquella necesidad imperante de posibilidades de llegar a ser lo que se es en tanto que se va a ser o se está siendo, un proyecto en curso, inacabado en el que se pretende transitar por los lugares ocultos de la propia humanidad.

Aquel que se cuenta a sí mismo, delineándose y plasmándose para la posteridad, muestra la historicidad y temporalidad de la existencia, los modos de relación con el mundo, así como las limitaciones de la humanidad; es la contemplación perfecta vuelta praxis, o más bien, la praxis perfecta es la contemplación. Contemplación asumida como meditación, reflexión, comprensión y apropiación de sí, en la cual Montaigne nos indica que la identidad está anclada a la práctica de la vida que se vuelve escritura.

A partir de lo descrito, la escritura sería como un canto sombrío²⁴⁰, como proyección de múltiples posibilidades que no necesariamente anunciarían un futuro feliz, sino más bien, la soledad del hombre, para quien es imperioso asumirse, de cara a poder llevar su existencia.

En razón a lo anterior, pensar en Montaigne en función de la relación ensayos-identidad, supuso una apuesta arriesgada e inestable, en donde no era claro lo que se quería apostar, al igual que lo que se quería apostar, y mucho menos, lo que se esperaba perder. El decidir, pensar y crear, como momento vital de la existencia se concretó en el arrojo de querer cursar la Maestría en Filosofía. Transitarla, habitarla, vivenciarla y abandonarla, ha implicado e implica el desafío de forjar/encontrar ámbitos de sentidos en los cuales está en juego mi ser, mi intelecto, mi sentir, mi estar; mi condición de hombre asumiendo diversidad de roles y situado en atrevimiento de pensamiento y de reflexión, a pesar de los miedos latentes.

El aproximarme a otros (en muchos casos desconocidos) me ha permitido abrir el obturador y ampliar la capacidad lectura y de comprensión del conocimiento en aras de pensar lo pensado, para así, convertirlo en punto de arranque en pro de acercarme a mundos no transitados. Lo anterior ha transformado mi trasegar en momento vital, en experiencia de vida, en interés de encontrar un lugar que me permita ubicarme en la historia y desde ahí construir futuro, colocarme en movimiento constante hacia lo desconocido.

²⁴⁰ Los cantos sombríos. ¿Qué tengo para ofrecer?. ¿Por qué tengo que tener algo para ofrecer, no basta con ser, no basta con el estar, no basta con el sentir?. Cantos de alegría y de esperanza, de asombro, inquietud y fortuna recorren mi ser. Mil trompetas tocan al unísono con mil tambores, el sonido es estridente, vital, potente... perturbador. En devenir producimos sinfonías, sintonías, armonías... encuentros. Encuentros que han propiciado el mirarme más allá de cara a ubicarme de manera diferenciada con respecto a mis propias sinfonías. ¿Qué tengo para ofrecer?. Tambores, trompetas y demás. ¿Qué tengo para ofrecer?. Sinfonías... inacabadas, aun no descubiertas, aun en elaboración, aun en composición. Sinfonías en devenir. Como dice Hector Laboe: "yo soy el cantante y lo mío es cantar". Tengo para ofrecer mi canto, y con él... mi ser. Tengo para ofrecer notas altas y notas bajas, nunca la perfección, tal vez nunca la armonía, más bien... el encuentro de mis notas aun sin pulir, aun en organización dentro de la partitura, aún en construcción, aún... por descubrir. Y a mitad de camino surge este subtítulo y las palabras que encarna: ¡el destino no tiene por qué cumplirse!. ¿Qué tengo para ofrecer?. Mis composiciones. Mis tristezas y las alegrías a la luz del proceso de organización de cada nota en la partitura. ¿Qué tengo para ofrecer?. Los ritmos de mi corazón. ¿Qué tengo para ofrecer?. Música... Do, re, mi, fa, sol... Música... y más música. Porque lo sombrío está en la composición.

El toparme con Montaigne representó una oda al dolor bajito, imperceptible, ligero y fulminante, puesto que permanentemente me invitó a descender a los infiernos para no volver a ser el mismo. En ese proceso se han realizado movimientos a la luz de interpretar, aprender y crear, los cuales han estado permeados y embebidos de mi subjetividad apuesta, presta y dispuesta; recompuesta, los cuales me motivan y me impulsan a salirme de mí mismo pero conmigo mismo, en aras de llegarme a conocer; de reconocer mi proceso histórico de cambio a la luz del proceso investigativo.

Pensar en Montaigne y sus ensayos ha implicado una búsqueda de lugares seguros y de interpretaciones de sentido que giraron circularmente en torno a la categoría de la identidad. No podría hablar de logros y conquistas; hablar de una conquista intelectual es demasiado exagerado puesto que hasta ahora solo he conseguido sacar mi espada para lidiar una de muchas batallas.

En ese orden de ideas, el tránsito me ha permitido empezar a decantar algunas ideas fuerza enmascaradas bajo el signo de preguntas, las cuales están relacionadas con la categoría referenciada (la identidad), y en esa dinámica he asumido formas diferentes de acercarme a ella, mostrando que lo cercano y lo lejano se funden como pareja de baile en la pista de la indecisión, del miedo y la duda.

Teniendo como referencia *Los Ensayos* de Montaigne la excusa consciente de introspección aparece no como ejercicio terapéutico, y si como ejercicio que me permitió estar alerta y en ritmo de movilización frente a aquellas orquestaciones emergentes que evidencian y expresan unas maneras diversas de asumir, y de ubicarme ante la vida, ante el mundo, ante mi realidad.

Por ello puedo decir que al igual que Montaigne, me movilicé, me muevo entre la vivencia, la sobrevivencia y el aprendizaje; porque cada cual encuentra lo que busca y cada cual busca lo que necesita.

5. BIBLIOGRAFIA

- Adorno, Theodor (1954). "El ensayo como forma", En: *Notas sobre literatura*. Edición Rolf Tiedemann.
- Arendt, Hannah (2016). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Editorial Planeta Colombia S.A. Bogotá.
- Bakewell, Sarah (2017). *Cómo vivir una vida con Montaigne*. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá.
- Betancur, Marta Cecilia (2005). "Falsos presupuestos del problema de la identidad personal. De la identidad personal a la identidad narrativa", En: *Revista Estudios de Filosofía*, No. 31. Universidad de Antioquia.
- Bleznick, Donald (1964). "Naturaleza del ensayo", En: *El ensayo español del siglo XVI al XX*. Ediciones de Andrea. México.
- Borges, Jorge Luís (1984). *Obras Completas 1923 – 1972*. Emecé Editores S.A. Buenos Aires.
- Bouwsma, William J. (2001). *El otoño del renacimiento (1550-1640)*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Buber, Martin (2014). *¿Qué es el hombre?*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Burke, Peter (1985). *Montaigne*. Alianza Editorial, España.
- Burke, Peter (2000). *El renacimiento europeo. Centros y periferias*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius (2002). *Figuras de lo pensable. Las encrucijadas del laberinto VI*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Colomer, Eusebi (1997). *Movimientos de renovación. Humanismo y renacimiento*. Ediciones Akal, S.A. Madrid.
- Cordero, Néstor Luis (2005). *Siendo, se es. La tesis de Parménides*. Editorial Biblos. Buenos Aires.

- Desan, Philippe (2017). *Montaigne, a Life*. Princenton University Press, USA.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2017).
- Duch Lluís, Lavaniegos Manuel, Capdevila Marcela y Blanca Solares (2008). *Antropología simbólica y corporeidad cotidiana*. Editor Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM. México
- Fallaci, Oriana (1983). *Un hombre*. Editor Javier Vergara. Argentina.
- Frankl, Viktor (1991). *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder, Barcelona.
- Forster, Ricardo (s.f). *La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales*.
- Gagin, Francois (2002). "Los ensayos de Montaigne: las experiencias de una vida", En: *Revista Piedra de Panduro*, No. 4. Universidad del Valle, Cali.
- Gagin, Francois (2011). "Ocio, humanismo y vida académica. El ethos del filósofo", En: *Revista Praxis Filosófica*, No. 16. Universidad del Valle, Cali.
- Garin, Eugenio (1984). *La revolución cultural del renacimiento*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Gómez Martínez, José Luis (1981). *Teoría del ensayo*. Ediciones Universidad de Salamanca. España.
- González Agudelo, Elva María (2011). *Sobre la experiencia hermenéutica o acerca de otra posibilidad para la construcción del conocimiento*. Revista Discusiones Filosóficas, Año 12 No. 18. Universidad de Caldas.
- Guillén Vargas, Germán (2005). *La experiencia de ser. Tratado de metafísica*. Editorial San Pablo, Bogotá.
- Guthrie, William K. (2010). *Los filósofos griegos*. Fondo de cultura económica. México.
- Hadot, Pierre (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Ediciones Siruela, S.A, Madrid.
- Hadot, Pierre (2008). *Elogio de Sócrates*. Editorial Paidós. Barcelona.

- Hadot, Pierre (2009). *La filosofía como forma de vida*. Editorial Alpha Decay, S.A., Barcelona.
- Hale, John (1996). *La civilización del renacimiento en Europa (1450-1620)*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Hankins, James (2007). *The Cambridge Companion to Renaissance Philosophy*. Cambridge University Press.
- Hartle, Ann (2003). Michel de Montaigne. Accidental philosopher. Cambridge University Press. United Kingdom.
- Heidegger, Martin (2006). *Carta sobre el humanismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Heller, Ágnes (1994). *El hombre del renacimiento*. Ediciones Península, Barcelona.
- Hernández Barajas, Angélica (2007). *Montaigne: la escritura como práctica vital*. Revista Cuadrantephi No. 14, Bogotá.
- Langer, Ullrich (2006). "Montaigne's political and religious context". *The Cambridge Companion to Montaigne*. Cambridge University Press.
- Lázaro Cantero, Raquel (2007). *El escepticismo moderno de Montaigne*. XXX Revista de Filosofía, suplemento I. España.
- Lázaro, Raquel (2012). "La actualidad de Michel de Montaigne en el debate contemporáneo sobre la identidad". *Revista Taula, quaderns de pensament*, núm. 44, pág. 39-53. Universitat de les Illes Balears. España.
- Leibniz, G. W (1889). *La monadología*. Biblioteca económica filosófica. Madrid.
- Leibniz, G. W. (1983). *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Editorial Nacional, Madrid.
- Lenis Castaño, John Fredy (2009). "Construcción narrativa de la identidad", En: *El sujeto contemporáneo: una perspectiva analítico-filosófica*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín.

- Llinàs Begon, Joan Lluís (2012). “La escritura autobiográfica como actividad filosófica: de Montaigne a Rousseau”, En: *Congreso Internacional III Centenario del nacimiento de Jean-Jackes Rousseau*. España.
- Luckmann, Thomas (1996). *Teoría de la acción social*. Editorial Paidós. España.
- Marco Aurelio (1990). *Meditaciones*. Editorial Gredos. Madrid, 1990
- Marcús, Juliana (2011). *Apuntes sobre el concepto de identidad*, En: Intersticios - Revista Sociológica de Pensamiento Crítico, Vol. 5. Buenos Aires.
- Mattoni, Silvio (2001). *Montaigne el sujeto del ensayo*. Nombres, revista de Filosofía, año XI, No. 16. Argentina.
- Mielgo Bregazzi, Daniel (2011). El cuidado de sí. Ensayos. Edición Biblioteca Nueva, S. L., Madrid.
- Montaigne, Michel Eyquem de (2007). *Los Ensayos*. Editorial Acantilado, Barcelona.
- Moran, Dermot (2011). *Introducción a la fenomenología*. Editorial Anthropos. México.
- Morin, Edgar (2009). “La humanidad de la humanidad. La identidad humana”, en: *El método vol. 5*. Ediciones Cátedra. Madrid.
- Muñoz Barquero, Elizabeth (1993). *Libertad, necesidad? Sobre los estoicos antiguos y Spinoza*, En: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, vol. 31, número 75. Costa Rica.
- Navarro Reyes, Jesús (2003). *Lo propio y lo ajeno: génesis de los Ensayos de Montaigne*. Revista Cuadernos sobre Vico, No. 15-16. España.
- Nicol, Eduardo (2008). *El problema de la filosofía hispánica*. Ediciones Espuela de Plata. España.
- Nietzsche, Friedrich (s.f). El caminante y su sombra. Ediciones y Distribuciones Mateos. España.
- Nubiola, Jaime (2010). *El taller de la filosofía. Una introducción a la escritura filosófica*. Ediciones Universidad de Navarra, S.A. Pamplona.

- Pico Della Mirandola, Giovanni (2004). *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- Price, Roger (1998). *Historia de Francia*. Cambridge University Press, Madrid.
- Quiroz Pizarro, Roberto (2013). *En el caminar de los estoicos*. Revista Byzantion Nea Hellás, No. 32. Editorial Universidad de Chile
- Raga Rosaleny, Vicente (2010). *Escepticismo, ironía y subjetividad en los Essais de Michel de Montaigne*. Tesis doctoral, Universidad de Valencia, España.
- Reale, Giovanni y Antiseri, Dario (1995). *Historia del pensamiento filosófico y científico. Antigüedad y edad media*. Editorial Herder, Barcelona.
- Ricoeur, Paul (1999). *Historia y narrativa*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- Rodó, José Enrique (1993). *Ariel, motivos de proteo*. Fundación Biblioteca Ayacucho. Caracas.
- Rodríguez Jaramillo, Antonio (2006). *Montaigne, la ética, la 'manera' moderna*. Revista Estudios de Filosofía No. 33. Tomado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-36282006000100006&lng=en&tlng=es.
- Rodríguez Jaramillo, Antonio (2010). *El sujeto como humana condición: ensayos del señor de Montaigne*. Revista Praxis Filosófica, No. 30, enero-junio.
- Rubén Darío (1982). "Lo fatal", En: *Páginas escogidas*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Sábato, Ernesto (1964). *El escritor y sus fantasmas*. Editorial Aguilar. Argentina.
- Sánchez y Villanueva (2010). *El fundamento lógico-metafísico de la identidad personal en la filosofía de Leibniz en torno a 1686. Análisis, influencia y revisiones*. Universidad de Granada, España.
- Sanfélix Vidarte, Vicente (1997). *Las identidades del sujeto*. Editorial Valencia, España.

- Sartre, Jean Paul (1946). *El existencialismo es un humanismo*. Documento electrónico, recuperado de: <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/766.pdf>
- Starobinski, Jean (1998). “¿Es posible definir el ensayo?”, En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nro. 575. Ediciones Cultura Hispánica.
- Seneca (1986). *Epístolas morales a Lucilio I*. Editorial Gredos S.A., Madrid.
- Séneca (2001). *Sobre la felicidad*. Alianza Editorial S. A. España. Versión y comentarios Julián Marías.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Editorial Paidós Ibérica, S.A. Barcelona.
- Teller, Janne (2012, p. 29). *Ven*. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá
- Thiebaut, Carlos (1990). *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad moderna*. Visor Distribuciones S.A., Madrid.
- Trias, Susana (2003). “Montaigne: la identidad como ensayo”, En: *Revista de Filosofía*, vol. 21, No. 44. Venezuela
- Unamuno, Miguel de (2017). *Niebla*. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá.
- Urriago Benitez, Hernando (2010). “Montaigne en los orígenes de la poética del ensayo: subjetivismo, dialogismo, voluntad de estilo e interpretación”, En: *Revista Entreartes*, No. 9. Universidad del Valle, Cali.
- Villoro, Luís (2002). *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Weinberg, Liliana (2009). *Pensar el ensayo*. Siglo XXI Editores S.A. México.
- Zweig, Stefan (2008). *Montaigne*. Editorial Acantilado, Barcelona.